EL GATO QUE CUIDABA LAS BIBLIOTECAS

SOSUKE NATSUKAWA

Grijalbo

EL GATO
QUE CUIDABA
LAS
BIBLIOTECAS
SOSUKE NATSUKAWA
Grijalbo

PRÓLOGO

Así comenzó todo

«Qué raro, los libros están desapareciendo», pensó extrañada Nanami, cruzada de brazos y con la vista fija en una de las estanterías de la biblioteca.

Se trataba solo de una descorazonadora impresión que no lograba explicarse, sobre todo teniendo en cuenta que aquella vieja biblioteca atesoraba un vasto catálogo de libros y que allí se realizaban decenas de préstamos a diario —y así debía ser, dado que la función de los libros no era acumular polvo sobre los estantes—. Aun así, Nanami no conseguía quitarse de encima aquella fuerte sensación: había más huecos en los estantes de lo que era habitual.

Si Nanami hubiera estado allí empleada como bibliotecaria, habría podido echarle un escrupuloso vistazo al inventario de volúmenes prestados y devueltos, y confirmar o desmentir de inmediato sus temores; o si, por otro lado, hubiera sido una sagaz detective, se las habría arreglado para saber qué estaba pasando a partir de las posibles pistas y evidencias diseminadas por el lugar. Pero era solo una joven estudiante de segundo curso de secundaria, habituada a visitar la biblioteca cada tarde. Así lo había hecho desde muy niña, acompañada por su padre. Era esa costumbre lo que le había hecho especialmente sensible al orden de los libros y su ubicación en las estanterías y a sus variaciones y cambios. Sin duda, estaba más al tanto de ese tipo de detalles que el propio bibliotecario y seguramente habría sabido captar determinadas pistas mejor que cualquier detective.

Lo que en primer lugar llamó su atención fue la aparición de huecos aquí y allá donde normalmente no los había, pero, sobre todo, que tales huecos no parecían llegar a llenarse nunca y permanecían constantemente vacíos en los estantes.

La isla del tesoro, de Stevenson, había desaparecido de su lugar correspondiente en la sección de literatura juvenil, y *Ana de Las Tejas Verdes*, con su hermosa cubierta blanca, tampoco se dejaba ver por la de infantil, al tiempo que ni rastro quedaba del periplo del capitán Nemo a lo largo de sus *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

En la sección de libros ilustrados, se echaban en falta tanto *Búho en casa* como *Frederick*, dos libros infantiles por los que Nanami sentía especial cariño. ¿Y qué podía decirse de la sección de literatura? Lo mismo: ni el niño prodigio de *Bajo las ruedas* ni el anciano pescador de *El viejo y el mar* se encontraban por sitio alguno, y, poco a poco, la

joven había ido teniendo la certeza de que algo extraño ocurría, de que de manera

imperceptible habían ido abriéndose más y más huecos por aquí y por allá, entre las muchas estanterías que tapizaban las paredes de la biblioteca.

¿Qué estaba pasando? ¿Es que la gente no devolvía los libros prestados…? ¿Por qué? La cuestión comenzaba a incomodar a Nanami y trató de sacudírsela de encima. Al fin y al cabo, aquel edificio era enorme y contenía una colección inabarcable de volúmenes. Los años habían pasado por aquella biblioteca y su existencia misma resultaba, en parte, caduca y trasnochada, con su aire enrarecido y su olor a moho, sus rincones empañados por la penumbra y su somnolienta quietud. ¿Qué persona en su sano juicio iba a querer pasar su tiempo libre en un lugar así?

Los lectores adultos que acudían a la biblioteca, sin embargo, no parecían haberse percatado de la transformación que en ella venía produciéndose. Tampoco sus empleados, ocupados siempre en sus correspondientes quehaceres.

—¿Qué está ocurriendo? —se preguntó Nanami en voz baja, apoyando la palma de la mano en la mejilla, sin esperar que nadie contestara la pregunta.

Un distraído recorrido por las estanterías que cubrían las paredes circundantes no era suficiente para percibir cambio alguno en ellas, pero una mirada atenta y más cercana, tras dar unos pasos en la dirección adecuada, descubría pequeñas cavidades oscuras y verticales, cual encías melladas, quizá solo evidentes para quien, como Nanami, estuviera sobradamente familiarizado con el lugar. Sí, no cabía duda, se reafirmó la niña: allí faltaban libros.

—¿Dices que deberíamos hacer un recuento de libros? —interpeló el anciano señor Hamura desde detrás del mostrador frontal de la planta baja, haciendo resonar en toda la sala su voz seca y áspera, amplificada por las condiciones acústicas del techo. En cualquier caso, no había apenas visitantes a quienes molestar. Solo una anciana que pasaba en ese mismo instante ante el mostrador le lanzó una ceñuda mirada de reojo.

Nanami hizo lo posible por mantener la compostura y un tono de natural indiferencia en su respuesta.

—Así es. De libros que deberían estar aquí y no están por ningún sitio. Y no me refiero a uno o dos libros solamente.

El anciano bibliotecario entornó los ojos y, después de observar a la joven en su uniforme escolar, dijo:

—Vaya, vaya. Una calamidad, sin duda. —Acto seguido, volvió a bajar la vista hacia la ficha que se encontraba rellenando con asombrosa parsimonia—. Pero, si vas a protestar cada vez que falte un libro en su estante, tal vez tú misma deberías dejar de llevártelos prestados a casa, ¿no crees?

Nanami ladeó la cabeza, dubitativa. ¿Acaso el señor Hamura intentaba confundirla?

Enseguida comprendió que el anciano había tratado de restarle importancia al asunto recurriendo a su anticuado e irónico sentido del humor.

—¿Algo más, Nanami? —El hombre levantó la vista de la ficha y cerró el archivo abruptamente. Volvió a contemplar a la muchacha mientras se acariciaba suavemente la barba canosa y desordenada—. Recuerda que esto es una biblioteca. Aquí se viene a leer y también, precisamente, a tomar prestado cualquier título disponible. Es normal que unas veces encuentres determinados libros en los estantes y otras veces no. Así son las cosas aquí y así han sido desde que eras una cría y venías con tu padre a leer…, qué sé yo, *La pequeña oruga glotona*, por ejemplo. Mira, allí, sobre esa pared, están pegadas las normas de uso de la biblioteca, por si se te han olvidado.

«Hoy es uno de esos días, ¿eh…?», pensó Nanami, dejando escapar un suspiro.

El caso del anciano señor Hamura era un tanto particular: después de jubilarse, había continuado encargándose del mostrador y se había convertido en una reliquia de la biblioteca, omnipresente y omnisciente. No era mala persona, a pesar de su carácter a menudo agrio y arisco. De hecho, Nanami había sabido de muchos títulos y autores gracias a sus atentos consejos y recomendaciones. Cuando se encontraba irascible, no obstante, era verdaderamente intratable. Y aquel era uno de esos días…

Sus dedos huesudos tamborilearon sobre las fichas.

—Esta biblioteca es vieja, como yo. Y la vejez, por si no lo sabes, es agotadora y hace que las cosas se olviden con facilidad. De acuerdo, es posible que se haya perdido algún que otro libro, pero no es asunto de vosotros, los jóvenes. Cada uno a lo suyo,

¿comprendes?

«Vaya sermón…». Los pensamientos de Nanami ya se alejaban del mostrador de la planta baja y ascendían a la primera para revolotear frente a la sección de literatura inglesa y sus *Cumbres borrascosas*, cuya lectura se disponía a finalizar aquel mismo día o, a lo sumo, al día siguiente. Debía, por tanto, empezar a pensar qué libro querría leer a

continuación, aunque, desde luego, esta vez se abstendría de pedirle consejo al señor Hamura.

—No vayas a creer que no te agradezco que te preocupes por el buen estado de nuestra biblioteca —continuó el anciano—, pero debes comprender que bastante trabajo tengo ya como para…

De pronto, el timbre de un teléfono móvil que sonó desde uno de los bolsillos de Nanami obligó al anciano a interrumpir su amonestación. No se trataba de una llamada entrante, sino de la alarma que avisaba a la muchacha de la llegada de una determinada hora. Sin tiempo que perder, Nanami rebuscó en su bolso y extrajo un inhalador para el asma; tras colocárselo en la boca y presionarlo, aspiró la rociada de medicamento emitida. El frágil estado de sus bronquios la obligaba a repetir aquella acción varias veces al día. Sabía que, si no ponía la alarma, olvidaría tomar su dosis de la tarde y que tal descuido le haría sufrir un inevitable acceso de tos. Su padre había insistido, por tanto, en que mantuviera la alarma puesta todas las tardes.

El señor Hamura esperó a que Nanami terminase de usar el inhalador antes de proseguir, ahora en un tono más suave:

—De acuerdo, jovencita. Prometo echarles un vistazo a las estanterías. Me complace ver que cuidas de tu salud tanto como de los libros.

«¿¡A qué viene eso!?», se preguntó Nanami sin —naturalmente— exteriorizar sus palabras. Tras una leve reverencia a modo de despedida, se dio media vuelta y se alejó del mostrador sin lograr apagar la tímida protesta que reverberaba en su cabeza: «¡Pues sí que me ha sido de ayuda el señor Hamura…!». Efectivamente, Nanami comenzaba a pensar que el señor Hamura tal vez estuviera dando señales de una incipiente senilidad, o, lo que es lo mismo, que chocheaba.

A sus trece años, Nanami Kosaki era una adolescente como cualquier otra: cursaba segundo de secundaria y disfrutaba de su tiempo libre. Pero, no habiéndose prodigado en ejercicio ni paseos ni excursiones desde temprana edad —debido a sus molestas afecciones respiratorias —, la tez de su rostro conservaba una palidez excesiva y su complexión física, menuda de por sí, tendía a una delgadez etérea, características ambas que la diferenciaban de las demás niñas. Todo leve ejercicio físico y cualquier ligero nerviosismo bastaban para hacerle sentir el galope de una multitud de caballos en el interior de su pecho. Durante la escuela primaria, había sido ingresada en el hospital numerosas veces debido a ello. Tan delicada condición le había impedido salir a jugar

con los demás niños y disfrutar del aire libre, y era la principal razón por la que, una vez terminadas las clases, había adquirido el hábito de acudir sola a la biblioteca.

Aunque algunas personas la miraban con un cierto atisbo de compasión, Nanami nunca se había sentido desvalida en su vida diaria. Obviamente, la condición física que padecía no era algo que deseara para sí, pero al menos nada de malo había en poder disfrutar plácidamente y con plena libertad de la lectura de cuantos libros quisiera. En la biblioteca había encontrado su particular refugio, y precisamente por eso, por ser como una segunda casa para ella, le alarmaba tanto la desaparición de los libros.

«Bah… Y al señor Hamura no se le ocurre nada mejor que pedirme que lea las normas de la biblioteca…», seguía protestando Nanami para sus adentros.

Al llegar a la primera planta, se dejó caer sobre una de las sillas del área de lectura y hundió la cabeza entre sus brazos. De entre la hilera de mesas disponibles —aquellas enormes y envejecidas mesas—, había elegido el lugar de siempre, uno con mucha claridad, junto a la ventana.

El libro permanecía abierto ante ella, sobre la mesa, pero los ojos de Nanami no miraban sus páginas. «Ese viejo cascarrabias… Encima de que me tomo la molestia de avisarle…».

—Nanami, ¿te encuentras bien?

La voz procedía de Itsuka Imamura, compañera de clase y amiga, sentada frente a ella.

De alta estatura y postura siempre impecable, Itsuka parecía al menos de un curso superior, aunque no lo fuera. Su pelo corto pulcramente peinado le otorgaba un aura de mujer del que Nanami, con el pelo largo recogido en una sencilla coleta, carecía.

Apiadándose de su amiga, Itsuka sonrió amargamente mientras desviaba la mirada al hueco que comunicaba la planta baja con la primera.

—El tío Ham y su cara de perros. Esté de mal o buen humor, siempre tiene la misma cara —resopló.

—Hoy debo de haberle pillado en uno de sus peores días. Supongo que tiene mucho trabajo, porque creo que ni siquiera ha entendido lo que le he dicho —murmuró Nanami con el mentón apoyado sobre el dorso de las manos.

La idea de llamar «tío Ham» al señor Hamura, con un apelativo que sonaba casi cariñoso y que no encajaba en absoluto con el rostro terrible y plagado de arrugas del bibliotecario, había sido de Itsuka, y a Nanami le hacía gracia por el contraste que surgía entre significado y significante.[1]

—Pero, Nanami, ¿estás segura de lo que dices? ¿De verdad crees que los libros están desapareciendo? —Itsuka echó un vistazo alrededor—. A mí me parece que si algo abunda aquí son libros.

Más allá del área de lectura, a ambos lados del pasillo, filas de toscas estanterías de acero se sucedían repletas de volúmenes y más volúmenes: «literatura japonesa»,

«economía», «filosofía», «folclore»…, rezaban los distintos rótulos adheridos a los bordes de los estantes, designando la temática correspondiente y apuntando a una extensión de libros que se prolongaba infinitamente hacia el fondo, más allá de lo expuesto a primera vista.

Era un espectáculo maravilloso. Sin duda lo era. Desde la claridad solar del área de lectura, aquellas largas hileras de estanterías enormes que se prolongaban en alternante claroscuro, entremezclándose con la penumbra hasta difuminarse, constituían un panorama verdaderamente grandioso.

—¿Entre esa montaña inabarcable de libros crees posible saber si falta

alguno? —seguía preguntando Itsuka.

—Es que…, ¿sabes lo que pasa, Itsuka?, que no son ni los volúmenes nuevos ni las obras populares del momento los que desaparecen. Por eso la gente no se da cuenta —insistía Nanami—. Son los libros antiguos los que echo en falta, los clásicos: *Crimen y castigo*, por ejemplo, o *Papá Goriot*…

—¿Y resulta que no es el bibliotecario quien se da cuenta, sino una estudiante cualquiera de secundaria…?

—¿Cómo que una estudiante cualquiera?

—Bueno, es él quien debería estar al tanto de todo lo que aquí ocurre, ¿no crees? No los lectores. Nosotras solo estamos aquí de visita, como cualquier otro lector.

Nanami e Itsuka se tenían la confianza suficiente como para permitirse aquel tono burlón. No solo eran vecinas y a menudo iban juntas al instituto, sino que, además,

ambas pertenecían al club de tiro con arco; de hecho, los días de prácticas acudían a la biblioteca portando sus respectivos arcos, bien envueltos en paño negro.

—Muy bien, aceptemos que los libros estén desapareciendo… —concedió Itsuka—.

¿Cuál sería el motivo? ¿Qué negocio podría sacar de ello quien esté haciendo algo así?

Ni siquiera sería rentable venderlos por internet.

—No lo sé. Pero…

De pronto, Nanami se detuvo y miró alrededor. Apenas había lectores en la sala. Bajó la voz de todos modos.

—Sospecho de una persona en concreto.

Ante la actitud enigmática de su amiga, Itsuka adoptó una expresión seria. Aparte de una anciana que miraba distraídamente al exterior, sentada junto a una de las ventanas, y una madre joven y su pequeño, más lejos aún, ante la sección de libros infantiles ilustrados, no había nadie a la vista. Con toda seguridad, nadie digno de sospecha.

—¿No estarás imaginándote cosas? —preguntó Itsuka.

—Todavía no puedo señalar nada con certeza. Pero he visto varias veces a una persona un poco extraña a la que considero nuestro principal sospechoso. Naturalmente, todavía no le he dicho nada de esto al tío Ham.

—Haces bien. Si le pillas de malas, solo empeorarías la situación al contárselo —admitió Itsuka.

—Pero no es que el tío Ham sea, en el fondo, una mala persona, ¿eh? —le defendió Nanami—. Además, me ha recomendado muchos libros interesantes.

—¿Incluyendo el libro que estás leyendo ahora? —preguntó Itsuka, señalando el ejemplar de *Cumbres borrascosas* abierto ante Nanami.

Esta asintió con la cabeza.

—Así es. *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë, es una de las recomendaciones del tío Ham.

—¿Cómo puedes leer un libro tan grueso y con la letra tan pequeña?

—Pues no está nada mal. Trata de un hombre de origen humilde que en su infancia sufre las burlas de una niña de familia acaudalada. Tras cambiarse de identidad, el hombre regresa dispuesto a ajustar cuentas con aquella niña, convertida ya en mujer. El tío Ham me aseguró que incluso a él le había gustado la novela.

—No lo veo —sentenció Itsuka con gesto de desagrado.

La anciana mujer que miraba distraídamente hacia el exterior, a través de la ventana, se puso en pie y caminó, ayudándose de su bastón, en dirección al ascensor.

—Me voy —dijo Itsuka, poniéndose en pie de un brinco, tal vez animada por la acción de la anciana.

—¿Y los deberes? ¿No los terminas?

—Es que me ha llegado un mensaje de mi hermano: dice que papá y mamá volverán tarde a casa y que si, por favor, puedo encargarme de la cena.

—Tus padres siempre están ocupados. Qué faena.

—Bueno… Peor lo tienes tú, sin madre —observó Itsuka en tono franco, al tiempo que asía el arco que descansaba sobre la pared contigua.

Así era. La madre de Nanami había muerto siendo todavía ella una niña, y desde entonces se había criado bajo el cuidado paterno. El hecho de que Itsuka pudiera expresarse de una manera tan directa sin herir los sentimientos de Nanami era una señal más de la confianza que ambas amigas se tenían.

—No puedo imaginar algo así: un hogar sin madre… —añadió Itsuka —. Me duele solo de pensarlo.

—Anda, anda, qué exagerada eres —rechazó Nanami—. Además, en mi caso, ni siquiera tengo que cocinar.

—Ah, pues en eso te va mejor que a mí; había olvidado que a ti te lo hacen todo, ¿eh?

Efectivamente, el hogar de Nanami se beneficiaba de la ayuda de una asistenta que venía a hacer la limpieza, otra la colada y una más la comida, de manera que Nanami

podía permitirse pasar todo el tiempo que quisiera leyendo en la biblioteca, sin por ello tener la casa descuidada.

—Igualito que nosotros… —continuó Itsuka, no sin ironía—. ¡Con lo ocupada que está mi madre siempre…! En cuanto descuida la casa dos o tres días por el trabajo, todo queda hecho un completo desastre. A mi hermano pequeño le da por comer sin parar y no recoge ni limpia nada.

A Nanami le divertía el modo en que Itsuka contaba sus cosas y rio con ganas mientras experimentaba una inexplicable envidia. Encargarse de cocinar no debía de ser especialmente apetecible para Itsuka, pero al menos tenía un hermano a su lado, para compartir la mesa con ella, mientras que Nanami siempre comía sola, por más que tuviera quien le cocinara. Cuando era más pequeña, su padre volvía a casa para la cena, pero ahora ni siquiera eso.

—Hasta luego —se despidió Itsuka y se dirigió al ascensor. Tras unos metros, se detuvo y se volvió hacia Nanami—. No le des más vueltas a eso, ¿quieres? Nada de entrometerte donde no te llaman, ¿de acuerdo? Mejor, ocúpate de cuidarte, que no estás para muchos trotes.

Y alzando grácilmente la mano con la que sujetaba el arco, Itsuka

volvió a darle la espalda a su amiga y a enfilar sus pasos hacia el ascensor, mientras Nanami la seguía con la mirada, agradecida de la relación fraternal de la que disfrutaban y feliz de la confianza que se tenían.

De niña, mientras cursaba educación primaria, fue hospitalizada en reiteradas ocasiones debido al asma, y ello, sumado a lo sucedido a su madre, había creado un ambiente de compasión y pena, un sentimiento de lástima a su alrededor que había llegado a hacérsele insoportable. Por eso otorgaba tanto valor a la franqueza, sencillez y naturalidad de Itsuka; bastaban las palabras más espontáneas por su parte, el saludo más directo, un simple «Hola, ¿qué tal?», para que Nanami se sintiera arropada.

«Debería invitarla a cenar a casa», pensó Nanami. No tenía muy claro si a su padre le parecería bien, pero ella se moría de ganas de hacerlo.

Mientras pensaba en ello, Nanami volvió la vista a las páginas de *Cumbres borrascosas*: la venganza de Heathcliff empezaba a hacerse efectiva.

1

Caminamos juntos, somos inseparables

El área de lectura se tiñó de los tonos rojizos del atardecer. Nanami alzó la vista para contemplar, a través de la ventana, la puesta de sol y notó una leve bajada de la temperatura. Pese a que las hojas de los árboles apenas habían comenzado a adquirir sus otoñales ocres y granates, el frío acechaba ya, impaciente por la llegada del invierno, deseoso de descender sobre la ciudad y dejar atrás los agradables días del otoño.

A Nanami no le disgustaba el frío, pero el aire seco hacía empeorar su asma, y allí, donde vivía, era precisamente en invierno cuando más seco se tornaba el ambiente. En cualquiera de los casos, ya hiciera frío o calor, la joven se encontraba siempre constreñida, de un modo u otro —en cuanto a radio y posibilidades de acción—, por los rigores de su afección respiratoria, y en tal sentido el paso de estación apenas alteraba su rutina diaria. Como para el resto de sus compañeras de clase, el cambio estacional traía consigo un cambio de uniforme y nuevas prendas de abrigo —bufandas, chaquetas…— que se añadían a la llegada del frío. Fuera como fuese, estaba a punto de terminar de leer *Cumbres borrascosas*. El tiempo volaba para ella mientras leía en la biblioteca.

Afuera, desde el patio de un colegio de educación primaria contiguo a la biblioteca, llegaba, lejano y difuso, el alegre alboroto de las voces de los niños, que, entre las largas sombras de la arboleda proyectadas por el sol poniente sobre el patio de recreo, perseguían incansables una pelota de fútbol.

—¿Cómo es posible que se haya hecho tan tarde? —exclamó Nanami, levantando la vista del libro y recorriendo con ella la sala de lectura, completamente vacía y vagamente iluminada, en toda su extensión, por los últimos rayos de sol que se colaban transversalmente por la ventana. La mujer y el niño sentados junto a la sección de libros ilustrados también habían desaparecido.

No era raro, sin embargo, encontrarse vacías las salas de la vieja biblioteca a aquellas horas próximas al cierre (el reloj de la pared señalaba pocos minutos para las seis de la tarde), de modo que, como muchas otras tardes, Nanami cerró el libro, lo guardó en su cartera y

se dispuso a salir en completa soledad. O eso había creído ella, porque de pronto reparó en la presencia de un hombre ante una de las estanterías.

Era alto y llevaba puesto un traje gris. Estaba solo. Se encontraba de espaldas a Nanami y era imposible verle el rostro; sin embargo, la joven tuvo una fuerte corazonada.

«¡Es él!», pensó.

Lo había visto con frecuencia merodeando por allí, con su traje impecablemente planchado y su gorra plana pasada de moda, a juego con el traje. Por el aspecto, no debía de tratarse de un simple oficinista, sino de alguien de cierta categoría. Nada había en él que indujera a la sospecha, pero Nanami había establecido una relación de causa y efecto entre las ocasiones en que lo veía y las subsiguientes desapariciones de libros.

Aquella era, precisamente, la persona sospechosa a la que se había referido al hablarle a Itsuka sobre el asunto de las desapariciones.

«Naturalmente, no puedo estar segura de que se dedique a robar los libros, pero me da en la nariz que…».

Nanami interrumpió sus pensamientos. Aquello le producía un gran nerviosismo y solo deseaba calmarse, apaciguar su ansiedad. Pero ¿era él…? Nanami esperó y, en cuanto el hombre se hubo alejado y desapareció al fondo de las últimas estanterías, se puso en pie y se acercó hasta donde lo había visto en primer lugar. Miró los estantes frente a ella.

Recordaba haber leído las obras de Edogawa Ranpo y de Conan Doyle que allí debían encontrarse, y recordaba suficientemente bien la disposición de los volúmenes que ocupaban ese estante. Enseguida, localizó las obras completas de Sherlock Holmes y descubrió que, al lado de estas, se abría un hueco de considerable tamaño. Los libros desaparecidos se correspondían con los diez primeros volúmenes de las aventuras completas de Arsène Lupin, es decir, una tercera parte del total de los treinta libros que componían el conjunto de la serie. Nunca hasta entonces había echado en falta tal cantidad de una sola vez. Y, por si fuera poco, Lupin…, ladrón de ladrones. ¡Había que ser osado para robar a Lupin! ¡Y en semejante cuantía!

A Nanami le encantaban las novelas de Lupin, maestro del disfraz y

experto en artes marciales, misterioso ladrón de guante blanco que siempre encontraba el modo de ayudar a los desfavorecidos. De niña, lo tenía por un héroe y lo leía con auténtica pasión, escondida bajo las sábanas de la cama, al abrigo de la penumbra, hasta que su padre la descubría y la obligaba a dormir. Leyó y releyó tantas veces *La aguja hueca*, también conocida como *El castillo de Cagliostro*, y aquella otra novela que llevaba por título *813*, que casi acabó sabiéndoselas de memoria.

A continuación, la joven escudriñó en la dirección por donde el hombre había desaparecido y localizó su sombra entre el hueco de una larga hilera de estanterías. Una décima de segundo le bastó a Nanami para percatarse del voluminoso maletín negro que portaba. Se apresuró a seguirle los pasos, y enseguida alcanzó el hueco de las estanterías. Asomó la cabeza hacia el pasillo justo a tiempo para verlo doblar la esquina de la sección de literatura francesa.

La muchacha lo siguió con el mayor sigilo posible, pero cierto temor se cernió sobre ella.

Frunció el ceño. «Recuerda, Nanami: evita la agitación y los nervios; son garantía de que te sobrevenga un ataque de asma». En sus oídos, resonaban las palabras de advertencia que el médico solía repetirle con suavidad al final de cada una de sus revisiones rutinarias, y desde lo más profundo de su pecho ya se oía, todavía lejano y apenas perceptible, un agudo silbido que vaticinaba la inminencia de un ataque de asma. Aun así, Nanami continuó caminando tras el hombre, pero, al llegar al rótulo de literatura francesa, el silbido había cobrado intensidad y parecía haberse extendido por todo el volumen de sus pulmones.

—No puedo… —susurró secamente. Era una mala señal.

Apoyó la espalda en la estantería e inmediatamente echó mano de su inhalador, y, tras aspirar la debida dosis de medicamento pulverizado, trató de recuperar el ritmo respiratorio. Debía calmarse, debía calmarse… Contó lentamente hasta diez y trató de recuperar la tranquilidad.

«Esto de jugar a los detectives… quizá no sea para mí», pensó. Y apenas se le había cruzado esa idea por la mente, notó que las fuerzas la abandonaban y que desfallecía. Se deslizó hasta acabar sentada en el suelo, con la espalda todavía apoyada sobre la estantería, justo bajo

un rótulo en el que podía leerse: LITERATURA FRANCESA.

Nunca había lamentado no poder corretear por el bosque como Huckleberry Finn ni desfilar por las vías de ferrocarril como Gordie y sus amigos, pero le irritaba enormemente quedarse paralizada en momentos tan inoportunos como aquel, cuando de verdad deseaba entrar en acción.

—¡Menuda Lupin estoy hecha! —susurró, medio quejándose, medio aceptando sus circunstancias. Le inundaba una gran rabia al desplomarse de tal manera y quedar fuera de juego durante unos minutos, sobre todo porque su mente se mantenía activa y lúcida a pesar del bloqueo de los bronquios. Al menos, en aquel momento había logrado desprenderse de toda duda acerca de lo que estaba sucediendo en la biblioteca.

Ni el mismísimo tío Ham podría reírse más ni despreciarla cuando cayera en la cuenta de que una buena cantidad de los libros de Lupin había desaparecido. Restaba saber quién era ese hombre y bajo qué extraño propósito robaba los libros. ¿Qué podía empujarle a hacer una cosa así? Nanami no concebía ningún motivo posible.

Todavía inmóvil, mientras pensaba en ello, Nanami mantenía la mirada fija en el pasillo por donde había visto esfumarse al hombre. De pronto, algo captó su atención.

—¿Eh? —exclamó, en apenas un bisbiseo inaudible.

La joven había vislumbrado un leve destello entre las altas estanterías de acero sumidas en la penumbra de aquellas horas, tan densa que los fluorescentes, con su perezosa y macilenta luz, apenas lograban contrarrestar —obviamente, no por ser aquella la sección de literatura francesa habría uno de esperar encontrar allí una esplendorosa iluminación ni una pomposa decoración de estilo rococó—. Cuando sus ojos se acostumbraron un poco más a la oscuridad, Nanami descubrió una tenue luz azulada muy pálida, proyectada al final del pasillo, frente a los estantes que albergaban las obras de Baudelaire y de Flaubert. Pero lo más extraño era que la pared había desaparecido allí donde brillaba aquella luz y que, más allá del hueco dejado por esta, el pasillo se prolongaba en una aparente sucesión interminable de estanterías.

—¿Cómo es posible…? —se preguntó, llena de estupor.

Para ella, la biblioteca era un laberíntico jardín que había recorrido por todos sus recovecos, entre ocasionales enfados del tío Ham

cuando, de niña, se internaba en la oficina o en el depósito de libros. Así pues, conocía al dedillo cada rincón, y estaba segura de no haberse encontrado nunca ante aquella pálida luz azulada ni ante aquel largo pasillo cuya entrada la luz iluminaba.

Trató de salir de su estupor y de ponerse en pie, pero no pudo. Una voz grave que resonó a sus espaldas paralizó toda posibilidad de acción.

—No te acerques —dijo la voz.

Alarmada, Nanami se volvió de inmediato, para descubrir que allí no había nadie. Sin moverse de donde estaba, observó con mayor atención y descubrió por fin un pequeño bulto agazapado entre las sombras, bajo la sección de literatura italiana. Algo con…

¡orejas! ¡Y con ojos, brillantes y hermosos ojos verdes!

—¿Un gato?

Efectivamente, era un gato. Estimulado tal vez por la voz de Nanami, el felino se incorporó y comenzó a acercarse lentamente a la joven, con sus rayas atigradas, marrones, negras y blancas, delineando perfectamente su elegante silueta. Nanami pudo contemplar la belleza de sus ojos verdes como el jade cuando el gato se situó frente a ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, con su voz grave, el felino.

Paralizada por el asombro, la joven no fue capaz de responder.

—Menuda crisis asmática, ¿eh? —insistió el gato—. Pero ya estás mejor, ¿verdad?

El contenido amable de dichas palabras contrastaba con cierto aire intimidatorio en el tono de voz. Después de parpadear dos o tres veces, Nanami asintió con la cabeza.

—Sí…, creo que sí —admitió.

—Bien —dijo el gato y, tras asentir escueta y serenamente con la cabeza, miró hacia la leve claridad azulada—. Déjalo estar. Es inútil. De nada te servirá perseguirlo. Nunca lo atraparás.

Su voz, de imponente resonancia, parecía provenir de lo más profundo de su estómago.

Si ya era raro encontrarse a un gato en una biblioteca, desde luego más raro aún era que este pudiera hablar. Nanami se llevó ambas manos al pecho y respiró profundamente.

Los ruidos parecían ir remitiendo y, por tanto, el ataque de asma también.

En algún libro había leído que una crisis asmática especialmente virulenta podía llegar a producir alucinaciones en el paciente, debido a la súbita bajada de los niveles de oxígeno en el cerebro. Sin embargo, la presencia de aquel gato era demasiado vívida como para tratarse de una visión. La muchacha volvió a mirarlo.

—Eres… un gato, ¿verdad?

—Vaya pregunta. ¿Acaso parezco un perro?

Que un gato hablador le preguntara a un humano si le parecía un perro no hacía sino añadir más confusión al asunto. Naturalmente, Nanami carecía de los elementos suficientes para determinar que ese ser que tenía ante sí pudiera ser realmente un gato.

Al fin y al cabo…

—Al fin y al cabo, los gatos no hablan —señaló la joven.

—Qué tontería. Lo único que no hacemos es decir sandeces sin parar, como hacéis vosotros los humanos. Nos limitamos a hablar cuando es debido y a callar también cuando es debido.

Aquel era, desde luego, un gato muy particular. Nanami nunca había visto nada parecido. Desconcertada, se llevó las manos a la cabeza.

—En cualquier caso —prosiguió el felino—, solo debo advertirte de una cosa. No te acerques a ese pasillo, ¿lo has comprendido?

—¿Por… qué?

—Simplemente, no te acerques.

—Habrá alguna razón… Además, ¿adónde conduce ese pasillo que se ha abierto al fondo? —Nanami estaba empeñada en que el animal le contara lo que estaba sucediendo—. Que yo sepa, ahí no debería haber ningún pasillo.

—Bien, jovencita, permíteme explicártelo de otro modo: ¡no te metas donde no te llaman!

Sin duda, semejante contundencia invalidaba cualquier nueva pregunta.

—Esto es más serio de lo que imaginas —continuó el gato—. Internarte por ese pasillo no te traería nada bueno. Si cometes la imprudencia de…

Nanami lo interrumpió.

—¿Qué sabes del hombre que rondaba por aquí hace unos minutos?

La osada actitud de la joven pareció pillarlo por sorpresa. Tan imperturbable y seguro de sí hasta ese momento, el felino se mostró repentinamente contrariado. Nanami insistió.

—¿Estaba robando libros?

—Eh… Sí, pero…

—¿Y se los ha llevado al fondo de ese extraño pasillo?

—¡Jovencita! —El tono de voz del gato se intensificó—. Acabo de decirte que no es asunto tuyo, ¿de acuerdo? Deja que te lo explique. Es muy fácil: lo único que tienes que hacer es cerrar la boca, taparte los oídos, mirar hacia otro lado y largarte de aquí. Y, por supuesto, olvidarte de esto. ¡Aaah!

El gato había lanzado un repentino maullido de dolor al notar la mano de Nanami cerrarse sobre la base de su cuello. La joven lo agarró con firmeza suficiente para levantarlo del suelo y mantenerlo sujeto, en vilo, ante sí.

—¿Qué…, qué haces?

—Los libros sustraídos… ¿están o no están al fondo de ese pasillo?

—¡Suéltame! ¡Te lo advierto por tu bien!

Los ojos del gato relampaguearon llenos de fiereza, pero, aparte de eso, no había nada que el animal pudiera hacer. Suspendido en el aire, su única movilidad consistía en balancear su grueso rabo de un lado al otro.

—Dime qué debo hacer para recuperar los libros —exigió Nanami.

—¿No acabo de decirte que es peligroso?

—Si es peligroso, entonces al menos es posible. Así que explícame qué debo hacer para traer los libros de vuelta.

El gato clavó la vista en Nanami, con un gesto fiero en el que bullía una mezcla irreconciliable de rabia, hastío y desconcierto.

—¿Qué harás si me niego?

—Seguiré sujetándote así, colgando, hasta que el brazo se me quede dormido y no pueda moverlo más.

—No digas estupideces…

—Parezco frágil, pero tengo mucha fuerza en los brazos. Los he entrenado cargando libros pesados durante años.

Por muy en serio que se expresara Nanami, el gato no parecía dispuesto a dar ninguna explicación, hasta que finalmente, después de unos instantes de silencio, volvió a hablar, esta vez con evidente resignación.

—Bájame…

Nanami obedeció y, una vez en el suelo, el gato se estremeció.

—Mira que eres rara. A la mayor parte de la gente le basta oírme hablar para salir corriendo. Pero a ti no te doy miedo.

—Obviamente, pertenezco a la menor parte de la gente.

—Ni siquiera eso, porque quienes no salen corriendo se limitan a ignorarme y hacer como si nada.

—Ah, ya veo —aceptó Nanami mecánicamente—. Reconozco que me he llevado una buena sorpresa, pero es verdad que no me das ningún miedo. Lo que me preocupa realmente es el robo de esos libros tan importantes para mí.

—¿Qué libros son tan importantes para ti?

—Los de Arsène Lupin —respondió Nanami con serenidad. La mirada de la muchacha era afilada y seria, pese a la calma aparente. El gato debió de percibir tal intensidad, porque a partir de ese momento se mostró más cauto. Contempló a la muchacha como si tratara de sondear sus intenciones y, a continuación, preguntó con su voz grave

y sedosa:

—¿De verdad quieres recuperar los libros?

Nanami volvió a asentir con la cabeza, y a continuación dijo:

—Ahora, seguro que vas a replicarme que una chica enclenque y con asma no puede hacer nada…

—El asma no tiene nada que ver con esto —aseveró el gato—, y el que seas una chica o un chico tampoco. Si te internas por ese pasillo, lo único que te servirá de ayuda serán tu honestidad y tu valentía.

—En tal caso, no veo que haya ningún problema. Mentalmente, me considero una persona fuerte.

—Hum… —El gato la observó fijamente—. Sí, supongo que lo eres. —Entonces, inspiró profundamente y preguntó—: ¿De verdad estarías dispuesta a acompañarme?

—Si ello me permite recuperar los libros…, sí.

—No puedo asegurarte nada, jovencita. Pero, de acuerdo, intentémoslo.

Nanami asintió con firmeza.

—Antes de nada —dijo—, ya está bien de llamarme «jovencita». Me llamo Nanami.

Encantada. —Y tras levantar la pata del gato con su mano izquierda, le estrechó la garra con la derecha.

—Yo soy Tora, que significa «tigre». El nombre me viene por las rayas atigradas de mi pelaje.

A pesar de la aclaración, su voz mantenía cierta hosquedad. Al menos, no trató de zafarse de la mano de la niña, aunque Nanami notó un leve tirón de la garra, quizá involuntario.

¿Por qué se había decidido a confiar en aquel gato? No lo entendía. De lo único que estaba segura era de no haber sentido ningún miedo cuando lo oyó hablar por primera vez. Más bien al contrario, su voz había estimulado en ella cierta nostalgia difícil de explicar.

La joven había experimentado temores de mucho mayor calado en su vida que los que aquel gato pudiera procurarle: en no pocas ocasiones había tenido la impresión de encontrarse a un paso de la muerte, cuando el aire parecía no alcanzarle los pulmones y un dolor punzante se abría paso en su cabeza hasta apagar las voces de las personas a su alrededor. En dichas ocasiones, había llegado a creer que era el fin, que todo se acababa ahí.

Mucho era lo que Nanami había tenido que sacrificar en la vida como para dejarse amedrentar por un gato parlanchín, por muy extravagante que pudiera parecer.

—Qué cantidad de libros… —dijo asombrada la muchacha con un suspiro, mirando a su alrededor mientras seguía los pasos del gato. Habían comenzado a caminar entre las estanterías de la sección de literatura francesa, que tan bien conocía, pero enseguida les había envuelto una suave claridad y al momento ya se internaban ambos por aquel extraño pasillo de luz pálida.

A cada lado de este, sobre innumerables estantes, reposaban largas hileras de libros que Nanami desconocía. Muchos de los títulos estaban escritos en alfabetos indescifrables, plagados de símbolos irreconocibles e impresos sobre envejecidas y lujosas

encuadernaciones de piel o tela. También los había sin lomo ni cubiertas, deshilachados, de páginas amarillentas y desnudas que apenas se mantenían unidas. Y el pasillo se alargaba y se alargaba sin fin.

—A pesar de esta abundancia que ves —dijo Tora—, el número de libros va disminuyendo poco a poco.

—¿Por qué?

—Supongo que está relacionado con el progresivo empobrecimiento mental de las personas. Es una pena. —La ligereza en el tono de voz no se correspondía con la gravedad de lo que acababa de decir—. Pero ahora tenemos un asunto más acuciante que resolver —señaló.

—Te refieres a los libros robados y al hombre que he visto hace un rato, ¿no? Supongo que se habrá internado por este pasillo.

—Efectivamente. Él siempre anda de un lado para otro, sin descanso, así que es posible que no demos con él.

—Pero, si llegáramos a encontrárnoslo, ¿qué deberíamos hacer?

—Hablar.

Sorprendida por la sencilla respuesta del gato, Nanami hizo un gesto de no haber comprendido. El felino hizo caso omiso al ademán y continuó:

—Como he dicho antes, es la honestidad lo que va a permitirte recuperar los libros y salir ilesa de este laberinto por el que vamos internándonos. Tendrás que ser completamente sincera cuando hables, y no dejarte tentar un solo instante por la mentira. Recuérdalo.

—Pero ¿crees que alguien capaz de sustraer los libros de la biblioteca va a atender a razones, por muy sinceras que sean? —objetó Nanami.

El gato guardó silencio y el único sonido que se oyó en el pasillo de tenue resplandor fue el eco acompasado y percutido de los pasos de la joven al caminar.

—Aguda observación… —respondió Tora.

—¿No me digas? Me estás asustando.

—Que te asustes o dejes de asustarte no es asunto mío. Muchos de quienes han osado internarse en este laberinto, con la misma intención que tú, han perdido la cabeza y el juicio al tratar de hablar con ese hombre.

Cierto desasosiego se adueñó de Nanami y decidió no replicar nada.

—Y quienes perdieron el juicio —continuó el felino— lo olvidaron todo acerca de los libros.

—Eso es terrible.

—Por primera vez, estoy de acuerdo contigo. A mí también me parece terrible.

—Y, sin embargo —dijo Nanami con una sonrisa amarga en los labios al percibir la desazón del gato—, creo que todo saldrá bien.

—¿Cómo es posible que puedas creer algo así?

—No lo sé, pero lo creo —aseguró la joven con voz queda.

El caso es que, caminando junto al gato, cualquier inquietud y

nerviosismo experimentados por Nanami habían desaparecido, sin que ella misma supiera explicarse por qué. El gato lanzó una fría mirada a la joven.

—El optimismo sin fundamento es un verdadero peligro —señaló—, y la vanidad el mayor enemigo del ser humano.

Desconcertada, Nanami le devolvió la mirada.

—Vaya, no esperaba escuchar al mismísimo Hamlet en una circunstancia como esta.

—Pero si oscuros nubarrones se asomasen a nuestro horizonte, una buena dosis de optimismo no nos vendría nada mal. Démosle la bienvenida al optimismo en tiempos inciertos.

—Qué cosas tan complicadas dices.

—Por supuesto. Soy un gato —contestó él alzando innecesariamente la voz hasta hacerla resonar en el pasillo.

A medida que avanzaban, el resplandor tenue fue paulatinamente transformándose en una luz blanca cada vez más intensa.

—Por cierto…, no es Hamlet, sino Macbeth. —La voz de Tora recuperó su suavidad habitual y sus palabras fueron diluyéndose en la blancura de aquella luz.

Atrás dejaron el pasillo atestado de estanterías de libros y, para sorpresa de Nanami, la intensa luz blanca iluminó un sendero de tierra recorrido por marcas de ruedas de carruaje.

Poco después, una arboleda baja y de hoja ancha se hizo visible, flanqueando el camino.

Desde un cielo despejado, el sol repartía su luz con generosidad y Nanami tuvo que taparse los ojos con la mano, a modo de visera, para otear el panorama que se extendía ante ellos.

—¿Un castillo? —musitó.

Más allá, ante ellos, siguiendo el sendero donde se hallaban, se vislumbraba una soberbia edificación de piedra a la que bien podría llamársele «castillo». Se elevaba sobre el horizonte, con sus imponentes muros de piedra, coronados por una gran torre y una

hilera de banderas grises —sin emblema alguno— ondeando en lo más alto.

Inmóviles centinelas con fusiles anticuados escudriñaban el horizonte desde diversos puntos, bajo las banderas, y en la parte inferior, ante el majestuoso arco del portón frontal de entrada, amarrado a férreas cadenas, un puente levadizo permitía atravesar el foso. Sí, no había ninguna duda. Aquello era un castillo en toda regla.

De pronto, el suelo vibró y un estruendo a sus espaldas advirtió de la llegada de un carruaje tirado por dos caballos, que se aproximaba a gran velocidad, atravesando el bosque. Nanami tuvo el tiempo justo para lanzarse apresuradamente al borde del camino y esquivarlo. El carruaje ignoró a la muchacha y continuó hasta atravesar el puente levadizo sin aminorar la marcha. Nanami frunció el ceño.

—¿Eh? ¡Más soldados!

Efectivamente, además de los apostados en lo alto del castillo, divisó también a una pareja ante el puente levadizo.

—¿Crees que podrían dispararnos? —preguntó.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te acobardas? —ironizó Tora.

—Mira esos fusiles. Más vale tenerles miedo.

—Tranquila. No son más que para eso, para dar miedo. Quienes de verdad tienen fuerza no enarbolan armas de fuego. Son los débiles quienes ladran con mayor virulencia.

Y, apenas había terminado de decir aquello, el gato puso rumbo hacia la entrada del castillo. Sin pensárselo dos veces, Nanami se apresuró a seguirlo. Cuando llegaron al puente levadizo, la pareja de soldados que cerraba el paso se limitó a hacer un leve gesto de saludo en silencio, sin impedirles el paso. A pesar de no realizar ningún tipo de amago con los fusiles, a Nanami le bastó verles el rostro para que se le hiciera un nudo en la garganta: de un color grisáceo, pálido y terroso, y carentes del menor indicio de vitalidad. Eran rostros inertes, de rasgos inexpresivos. Bastaba un solo segundo para olvidarlos y se diría que bajo su piel color ceniza no corría la sangre.

—Los dos son casi iguales y, además, ese color… —observó Nanami.

—Son los «hombres grises». Todos los demás son iguales.

En efecto, todos los demás guardianes tenían el mismo aspecto indiferenciable, incluidos aquellos que llevaban las riendas del carruaje de caballos. Resultaba horrendo contemplar la plomiza homogeneidad de aquellos rostros a plena luz del día, bajo aquel cielo despejado.

—Los hombres grises… —repitió Nanami entre susurros mientras ambos se adentraban en el castillo—. Creo que me suena de algún libro.

—Considérate afortunada por ello.

—¿Por haberlo leído?

—Sí. No hay mucha gente que sepa nada acerca de ellos —explicó Tora, que avanzaba algunos pasos por delante de Nanami—. Y no hay que desestimar su peligro —continuó sin volverse hacia la joven—. Hubo, sin embargo, un tiempo pasado en que se conocía su peligro y se dejó constancia escrita de ello en diversos libros. Es un conocimiento casi olvidado hoy día.

Sobre la modulación sosegada de su voz flotó un aire de melancolía.

—A mí su aspecto me parece demasiado desagradable como para poder olvidarlo fácilmente —replicó Nanami.

—Mejor. Harás bien en recordar el desagrado que te producen. El problema es que el mundo de hoy va tiñéndose de gris y eso les permite mimetizarse con el entorno. Cada vez llaman menos la atención y la gente los olvida.

Atravesaron la muralla y el cielo se abrió sobre sus cabezas: habían llegado a una plaza.

Lo que encontraron allí fue aún más extraño. En medio de la plaza, se erguía algo parecido a un gigantesco altar de cuyo centro salían llamas y una negra columna de humo. Varios soldados de rostro gris permanecían inmóviles, vigilantes alrededor de aquella columna, mientras otros portaban grandes cajones de madera de los que extraían objetos que lanzaban al fuego. Pese a su actividad y a que de tanto en tanto elevaban la voz para darse alguna instrucción, sus rostros grises e inexpresivos dotaban a aquella escena de una difusa impresión de irrealidad.

A espaldas de Nanami y el gato volvió a oírse el fragor de los cascos de los caballos, y un nuevo carruaje pasó ante ellos y se detuvo frente a la gran hoguera. De inmediato, un grupo de soldados corrió hacia el vehículo y se dispuso a desalojar frenéticamente, con palas y rastrillos, los objetos que transportaba y a esparcirlos por el suelo. Al contemplar aquello, Nanami frunció el ceño una vez más.

¡El cargamento del carruaje consistía en libros!

Los había gruesos y finos, ligeros y pesados, y de todo tipo de encuadernación, esparcidos en el suelo como si de basura se tratara.

—Pero… ¡si son libros! —exclamó la muchacha.

—Así es. Traen aquí los libros para quemarlos.

—¿Por qué?

—Piensan que es lo correcto, lo que debe hacerse.

A Nanami aquello no le satisfizo como respuesta.

Arrastrándolos con los rastrillos, los soldados agrupaban los libros y, con palas, iban introduciéndolos en unos cajones. Más soldados se encargaban de cargar con los cajones hasta el pie del gran altar, y otros de arrojarlos a las fauces del fuego.

Nanami siguió con la mirada el carruaje, que se alejó hacia el lado contrario de la plaza.

—Estoy temiéndome lo peor… —comenzó a decir—. ¿Crees que las aventuras de Arsène Lupin han ido a parar al fuego?

—No —negó tajantemente el gato—. Ahí solo arden los libros débiles. Los soldados no pueden con los fuertes. Estos los llevan a otro lugar. Y el problema reside precisamente en ese otro lugar…

Apenas hubo terminado Tora de pronunciar aquellas palabras, Nanami volvió la cabeza hacia atrás con la certeza de que alguien la llamaba. Debió de ser una impresión falsa, porque allí no halló a nadie. Pero al girarse, captó su atención la torre que se elevaba a sus espaldas, sobre la plaza. En su base, podía verse una magnífica escalera de piedra, tan amplia que cinco o seis hombres podrían ascender por ella a la vez.

—¿Y eso? —preguntó Nanami.

—¿A qué te refieres? ¿Al castillo?

—No…, allí, al fondo.

Y, sin tiempo que perder, caminó en dirección a aquello que señalaba. Tora entornó sus ojos de jade y siguió a la muchacha. Bordearon el gigantesco altar de fuego y llegaron hasta el pie de la escalera. Ninguno de los soldados de cara gris con quienes se cruzaron mostró el mínimo interés por ellos. Asimismo, ninguno de los dos guardianes situados a cada lado del inicio de la escalera les impidió el paso. Ambos se limitaron a dirigirles un escueto saludo.

—Qué raro. Se supone que soy yo quien debe guiarte —susurró el gato —, pero finalmente eres tú quien está guiándome a mí.

Nanami respondió con una leve sonrisa y, de inmediato, comenzó a ascender por los escalones. La pendiente no era pronunciada, pero los peldaños parecían sucederse sin fin. En cuanto hubo alcanzado el final, Nanami se llevó las manos al pecho y trató de respirar profundamente.

—¿Estás bien? —preguntó el gato.

—De momento, sí —contestó ella pese a ser consciente de no estarlo del todo. No podía negar el desasosiego que le producía encontrarse en un lugar tan extraordinario como aquel. Temía que la larga caminata hasta allí y el ascenso de la escalera le provocaran un nuevo ataque de asma, pero no sentía miedo, y, para su propio asombro, el ritmo respiratorio se mantenía en calma.

—Eres más fuerte de lo que parece —la elogió Tora.

—Ojalá tengas razón, pero Itsuka siempre dice que me ande con cuidado, que mis fuerzas no dan para mucho.

—Mentalmente, al menos, no me cabe ninguna duda de que lo eres — insistió el gato, sin ofrecer más explicaciones, mientras atisbaba hacia el interior del lugar que se les presentaba ante la vista.

La torre, tosca y austera por fuera, ofrecía allí, al final de aquel tramo de escaleras, un aspecto amplio y suntuoso, con un pasaje de techo alto que se alargaba ante ellos más allá de donde les alcanzaba la vista y una extensa alfombra roja cubriendo el suelo.

Nanami avanzó sin dudarlo. Gruesas columnas flanqueaban el corredor y, a medida que avanzaban, se descubrían, aquí y allá,

nuevos tramos de escaleras de caracol que conducían a diferentes pasajes y estancias del castillo. Junto a cada columna, un circunspecto soldado de rostro gris custodiaba el lugar.

La gruesa y mullida alfombra roja amortiguaba sus pasos y los silenciaba, haciendo de su marcha, entre aquella doble hilera de columnas y soldados, una experiencia similar a la que vivía de niña cuando se perdía en las intrincadas ilustraciones de aquellos libros infantiles que tanto le gustaba leer.

Después de caminar un rato, llegaron ante una gruesa puerta de madera. Un soldado de rostro gris apostado a un lado se dirigió a ellos en un tono de voz plano, completamente inmóvil y sin mirarlos.

—Para pasar al despacho de su excelencia el general, deberán identificarse. ¿Cuál es el propósito de su visita?

—¡Venimos a ver a su excelencia el general! —anunció el gato con enérgica determinación.

El soldado pareció no saber qué réplica ofrecer ante el expeditivo anuncio por parte de Tora, y solo después de unos instantes se movió levemente y les dirigió una mirada indiferente. Nanami se puso algo rígida sin poder evitarlo, pero aún transcurrieron unos segundos más antes de que el soldado reaccionara con un súbito taconeo y volviera a ponerse firme.

—¡Su excelencia el general tiene visita! —gritó, y, después de un instante, los soldados ubicados en las inmediaciones fueron repitiendo en orden, uno tras otro, el aviso:

—¡Su excelencia el general tiene visita!

—¡Su excelencia el general tiene visita!

Idénticas palabras declamadas sin inflexión ni emoción continuaron repitiéndose como un eco, por turno, alejándose por el pasillo hasta hacerse inaudibles, momento en el cual la puerta comenzó a abrirse lentamente.

—Entremos —dijo el gato con su voz grave y tranquila.

Ante ellos, tras la puerta, hallaron una amplia sala cuyo suelo, al igual que el del pasaje, se encontraba cubierto por alfombras rojas, y de

cuyo techo colgaban, en fila, enormes lámparas de araña. Sobrios cortinajes de color gris, carentes de diseño alguno, ocultaban la pared del fondo, y, ubicado sobre una tarima elevada tres escalones por encima del suelo, un trono tapizado de terciopelo rojo destacaba sobre la monotonía del entorno.

Comparadas con la luminosidad del centro de la sala, las paredes se encontraban sumidas en una relativa penumbra, bajo la cual soldados de rostro gris montaban guardia, repartidos a lo largo de las paredes, con una separación de algunos metros. Al reparar en ellos, Nanami sintió un leve estremecimiento.

—Esto no tiene buena pinta, ¿eh?

—No te preocupes —dijo el gato con su habitual tono sosegado—. Como ya te he dicho antes, quienes son verdaderamente fuertes no necesitan alardear de tener armas.

A pasos tranquilos, Tora se adentró en la sala. Nanami lo siguió, observando unos objetos de forma cúbica y color blanco dispuestos regularmente a ambos lados de la alfombra central, aún algo distantes. A medida que se acercaba, pudo ir comprobando que eran de piedra y que su superficie estaba perfectamente pulimentada y era

impolutamente blanca. Se trataba de cubos perfectos del tamaño de la mesa de la biblioteca que ella misma solía ocupar, solo que estos eran macizos, sin patas ni huecos para cajones. Debían de ser pedestales. O, tal vez, dados gigantes.

Mientras los miraba, a Nanami se le escapó un hilo de voz.

— *Veinte mil leguas de viaje submarino*…

Efectivamente, sobre uno de los pedestales, reposaba dicha obra de Julio Verne.

—Y, mira, sobre este hay un volumen de *El Señor de los Anillos*. Exponen los libros como si fueran piezas de museo.

Había más de una decena de cubos a cada lado, y, sobre todos ellos, reposaban libros.

— *La historia del doctor Dolittle*, *La isla del tesoro*, *Moby Dick*…

—Los conoces todos, ¿verdad?

—Me han hecho pasar los mejores momentos de mi vida, así que son como amigos —

explicó Nanami.

—Comprendo. Y no hay nada mejor que un buen amigo.

Los siguientes eran *Los tres mosqueteros* y el libro ilustrado *Frederick*. A todos ellos, Nanami los había echado en falta en la biblioteca recientemente. Al llegar al último pedestal, el más cercano al trono, Nanami se detuvo. Diez viejos volúmenes se encontraban pulcramente expuestos allí, bañados por la luz brillante y lustrosa del pedestal blanco. El lomo descolorido, las esquinas romas… Sí, no cabía duda, aquellos eran los diez primeros volúmenes de la serie completa de Arsène Lupin, que tantas veces había visto en las estanterías de la biblioteca.

—¡Qué grata e inesperada visita! —resonó de pronto una voz sobre sus cabezas, haciendo que Nanami diera un respingo. La voz procedía de un hombre de complexión fuerte situado de pie junto al trono. Nanami no podía explicarse por qué no lo había visto antes. Era el mismo hombre de la biblioteca, con su traje y gorra plana, escoltado por dos guardias adornados con todo un pomposo y refulgente mosaico de condecoraciones sobre la pechera del uniforme.

Sin alterarse y flanqueado por aquellos dos escoltas de tan extraordinario como anticuado uniforme, el hombre del traje dominaba con su presencia el amplio espacio de la sala alfombrada de rojo. Al quitarse la gorra, Nanami volvió a estremecerse. Su rostro era tan gris como el de los soldados, solo que, a diferencia de lo impersonal de las facciones de muñeco de estos, el rostro del hombre mostraba, al menos, ciertas particularidades notables: una nariz aguileña y un poblado bigote azul oscuro, dos ojos grises de mirada penetrante. Sin duda, debía de tratarse de un personaje distinguido.

Entregó su gorra a uno de los escoltas y miró a Nanami con aire inquisitivo. A continuación, realizó una forzada inclinación de cabeza, a modo de saludo.

—Bienvenidos a la sala del general.

—¿La sala del general?

—Así es. La sala del general —confirmó el hombre con teatralidad.

—Y usted… ¿es el general?

—Ni que decir tiene…

Extendió ampulosamente el brazo derecho y añadió:

—Supongo que debo daros la bienvenida, pero lo cierto es que tenemos tan pocas visitas por estos lares… En fin, no se hable más: bienvenidos.

Tal y como si se encontraran en una sala de conciertos, la voz del general resonó, densa, a través de tanta amplitud. Su actitud era, sin duda, calmada y llena de elegancia. Al menos, en apariencia, porque algo en ella resultaba intimidante. Tras dirigir la mirada a los pies de Nanami, el general frunció el ceño.

—Vaya, cuánto tiempo… Así que tú también has venido. Supuse que ya te habrías rendido.

Nanami echó un vistazo a sus pies.

—¿Os conocéis? —preguntó a Tora llena de asombro.

—Me temo que sí, aunque no se puede decir que seamos amigos —confirmó el gato, y volviéndose al general—: Hemos venido a pedirte que devuelvas los libros.

—Siempre con la misma cantinela… Resulta un poco empalagoso, ¿sabes? Los libros son para la gente, a ella le pertenecen. ¿Acaso quieres interponerte entre la gente y los libros?

—Menuda tontería —susurró Nanami para sí y continuó hablando entre dientes—: O

sea que se lleva los libros y quiere hacernos creer que es por el bien de la gente. Si se entera el señor Hamura…

—Veo que eres una muchachita osada —replicó el general a modo de reprimenda.

Obviamente, la había oído—. Pero no has comprendido nada. Sí, concedo que hemos sustraído unos cuantos libros, pero no nos ha quedado más remedio que hacerlo. Se trata de una acción necesaria e inevitable.

—No entiendo lo que trata de decirme. Usted, como todo aquel que quiera llevarse un libro de la biblioteca, tendrá que hacerlo bajo

préstamo. Y para ello existe un procedimiento que debe cumplirse. Tanto si se trata de un colegial como de un general, ambos tendrán que pasarse en todo caso por el mostrador de préstamo y comunicárselo al bibliotecario. De lo contrario, estarán cometiendo un robo. Así de claro.

Era obvio. Si tío Ham estuviera allí, de seguro haría un comentario repleto de ironía y sarcasmo ante semejante obviedad.

El general, asombrado, elevó una ceja.

—Salta a la vista que no solo eres valiente, sino también muy lista.

Se dio la vuelta y tomó asiento en el trono flanqueado por los dos escoltas, que permanecían de pie, sosteniendo sendos rifles anticuados. Cruzó las piernas. Ilumi-nados por la claridad procedente de la lámpara de araña sobre sus cabezas, conformaban un pintoresco conjunto.

—A pesar de ello, todavía no estás preparada para entenderlo —continuó el general—.

No conviene llegar a conclusiones precipitadas, pero erróneas. Sí, todo esto lo hacemos por vosotros, pero veo que no lo entendéis y me pregunto si alguna vez llegaréis a comprenderlo.

El general de rostro gris elevó la mirada, llena de melancolía, a la rutilante lámpara de araña.

—Es duro tener que quemar los libros —prosiguió el general—. Supongo que lo habéis visto. A diario, transportamos los libros desde distintos lugares del mundo hasta la plaza y nuestros soldados se encargan de quemarlos. Para ello no escatiman esfuerzos.

Pero no resulta tan sencillo. Los libros no se resignan fácilmente a quedar convertidos en ceniza y humo. Sobre todo, los fuertes.

El general extendió la mano derecha en dirección a la sala antes de continuar.

—Aquellos cuyas páginas atesoran una fuerza mayor terminan expuestos en esta sala, y aquí esperamos a que vayan perdiendo su energía. Incluso los libros más fuertes irán sufriendo desgaste. Al menos, mientras estén aquí, a buen recaudo, la gente irá olvidándolos.

Ese es el propósito de esta sala.

—Pero aún no comprendo el sentido de todo esto. —La voz enérgica de Nanami reverberó en la amplitud del lugar.

El general fue dejando caer lentamente el brazo derecho y, a continuación, lo extendió hacia la joven, concediéndole el turno de palabra.

—Adelante. Explícate.

—Es muy sencillo. ¿Por qué queman los libros? —preguntó.

—Una pregunta de simple respuesta. —El general se acarició el bigote —. Porque son peligrosos.

Nanami no esperaba tal contestación. El general volvió a ponerse en pie y caminó lentamente sobre la tarima del trono.

—Has oído bien. Porque son peligrosos —repitió—. Aquellos cuyas historias datan de épocas remotas y han sido transmitidas a hombres y mujeres, superando el devenir de los tiempos, son los más peligrosos.

—¿Que los libros son peligrosos?

—Así es. No todos, naturalmente. Los hay inofensivos, que tratan de asuntos triviales y superfluos, y ofrecen emociones pasajeras y entretenimiento banal. Personalmente, no tengo nada contra estos. Pero hay muchos que no son así; valgan como ejemplo estos que veis aquí. El peligro de estos libros es que conducen a las personas por un camino equivocado.

Nanami guardó silencio, no porque estuviera de acuerdo, naturalmente. De hecho, si había tenido la valentía y determinación de abrir la puerta y adentrarse en la sala no había sido precisamente para quedarse callada. El problema era que la explicación del general resultaba tan absurda que apenas dejaba lugar a la réplica: ¿qué argumentación podía ofrecer contra algo que no tenía sentido?

—El mundo cambia a una velocidad vertiginosa. —El general caminó hasta el borde izquierdo de la tarima, se giró prestamente a la derecha y volvió a situarse en el medio para continuar su discurso—. No hay nada que los libros viejos puedan enseñarnos.

Todo lo contrario, solo crean confusión y equívoco por medio de lo que encontramos escrito en sus páginas. Sin embargo, hay gente que

todavía hoy se empeña en leer las estupideces escritas en el pasado. Estas obras que nos rodean aquí, todas ellas, perpetúan los vicios de otras épocas, pertenecen a otro tiempo y su lectura solo puede servir para desorientarnos. Es, por tanto, inadmisible que sigamos prestándoles atención. El ser humano debe ser libre y aspirar a una vida plena.

—Y seguro que quemar libros va a ayudar a ello… —arguyó Nanami. Todavía no había encontrado una objeción contundente para el discurso del general, pero un leve comentario irónico sobre alguno de los puntos flojos del discurso podía espolear a ese hombre a continuar.

—Por supuesto que ayuda —prosiguió él —. ¿Y sabes por qué? Porque no debo dejar en tus manos la opción de decidir si vas a leerlos o no.

—Eso sí que es una estupidez.

La expresión del general volvió a teñirse de melancolía.

—Echa un vistazo a estos rifles. —Tras retroceder y acercarse a uno de los escoltas, el general acarició tiernamente la reluciente arma que sostenía, como si de un pequeño animal se tratara—. Son mosquetes. En apariencia, no es más que un hermoso objeto de decoración, completamente inofensivo. Pero no debes dejarte engañar por las apariencias. En realidad, tienen un peligro extraordinario. Un solo dedo basta para apretar el gatillo y eliminar a quien tengas delante. Y el peligro asociado a los libros no dista mucho de este. No son pocos quienes sienten curiosidad y acuden a los libros descuidadamente, sin saber el riesgo que ello entraña. Nosotros solo tratamos de protegerles; traemos los libros hasta aquí y los quemamos para librarles de ellos.

El general dejó de acariciar el fusil y, con gesto magnánimo, se volvió hacia Nanami.

—No importa. Es demasiado complicado, de manera que no debes preocuparte —le dijo a la joven.

Su voz conservaba la misma severidad y arrogancia de que había hecho gala el general desde el principio, pero esta vez a Nanami le pareció apreciar, semioculta, una sucinta inflexión de condescendencia. La joven sintió entonces un particular y extraño alivio.

—No tienes por qué preocuparte. Todo está bajo mi control.

Su gruesa y potente voz resonaba por el lugar, envolviéndolo todo a su paso. Desde su posición sobre la tarima, extendió ambos brazos tal y como si con su acción quisiera liberar a Nanami de la confusión y perplejidad que sentía. La joven sacudió la cabeza como si tratara de zafarse del aire tibio y enrarecido de la sala, pero sostuvo la mirada del general y contuvo la respiración. La mirada del general parecía tan vacía como si sus ojos fueran de cristal.

—Qué raro… —musitó Nanami. Le dio la impresión de que se le desvanecía la consciencia y trató de aferrarse a ella y no dejarla escapar. «No tienes por qué preocuparte. Todo está bajo mi control». Aquellas palabras que debían servir para tranquilizar al interlocutor sonaron huecas a oídos de Nanami.

Se llevó la mano al cuello. Estaba sudando, pese a que no hacía calor en la sala. Notar aquel sudor le produjo un desagrado considerable. Desde sus pies, oyó al gato dirigirse a ella en voz baja.

—Lo comprendes, ¿verdad? Comprendes lo peligroso que puede llegar a ser este hombre, ¿no?

Oír su voz grave y suave la tranquilizó.

—Algo no encaja —replicó la joven—. Sus modales son elegantes y seguros, pero hay algo en él que me desagrada enormemente.

—Si eres capaz de captar eso es precisamente por lo valiente que eres. Como te dije, aquí solo te servirán tu fuerza interior y tu honestidad.

—Mi honestidad…

—El general solo sabe valerse de trucos retorcidos —continuó el gato —. No actúa desde la verdad, ni sabe hacer de la honestidad su fuerza. Habla y habla, pero no habla de nada. Trata de absorber la verdad de quienes lo visitan y utilizarla a su favor.

Nanami no terminaba de entender aquello.

—No todas las personas poseen tu fuerza interior —prosiguió el felino —. Al contrario, quienes carecen de ella superan en cantidad a quienes la tienen, y, paradójicamente, se muestran mucho más seguros de sí mismos. Actúan de manera irreflexiva, pero cargan la responsabilidad de sus acciones sobre los hombros de los demás. Y ello les lleva a ser aún menos críticos y más descuidados acerca de su comportamiento.

La verdad, la honestidad… dejan de tener sentido para ellos.

—Por tanto, se dejan llevar por la corriente…

—Y por discursos vacíos. Han dejado de pensar por sí mismos y, por tanto, la verdad o falsedad del discurso también ha dejado de importarles. Simplemente, dan crédito a cualquier persona persuasiva y segura de sí misma que, como el general, se presente ante ellos asegurando que va a solucionarles los problemas. Quieren vivir como cuando eran niños y dormitaban en el asiento trasero del coche mientras su padre conducía. Ni siquiera se plantean la posibilidad de sentarse ellos mismos en el asiento del piloto y conducir el coche, y así pasan la vida adulta comportándose como niños a quienes hay que darles todo hecho.

Al escuchar aquello, Nanami sintió una leve presión en el pecho que, afortunadamente, no llegó a convertirse en un nuevo ataque de asma. La muchacha no entendía con exactitud en qué consistía eso de la «fuerza interior»; de lo único que estaba convencida era de que tenía que mantenerse siempre muy atenta y pendiente de su precaria salud, y todo aquello que había mencionado el gato acerca de dejar de pensar solo lo asociaba a dejar de anhelar que un día pudiera surgir en su vida una persona maravillosa que comprendiese sus problemas con el asma. Pero abandonar tal anhelo le daba miedo…

—¡Joven! —La potente voz del general volvió a retumbar en el espacio de la sala.

Nanami levantó la vista. Ante ella, firmemente plantado en el centro de la tarima, el general mantenía los brazos extendidos.

—Es el momento de tomar una decisión —anunció el hombre—. Decídete. No, no hace falta que decidas nada. Simplemente, ¡sígueme! —bramó.

Nanami no podía dejar de mirar aquellos ojos de cristal y mirada perdida. Sí, la voz del general era imponente, sus gestos elegantes y sus palabras cautivadoras, pero más allá de ellas solo había vacío, estaban huecas. Nada había detrás de ellas.

—¿Quién eres? —preguntó de pronto Nanami, casi de manera inconsciente. Apenas había alzado la voz, pero el eco de la pregunta se transmitió por todo el espacio de la sala del general.

Ante semejante cuestión, el general enarcó las cejas.

—Vaya, me has sorprendido —dijo—. Es la primera vez que me preguntan eso.

—Me produces una sensación muy extraña —se atrevió a decir Nanami.

El general no respondió a ello.

—Algo es extremadamente extraño —insistió ella.

—¿A qué te refieres?

—No estoy segura, pero creo que te falta algo muy importante.

El general ladeó la cabeza y se pellizcó el bigote.

—Tal vez tengas razón… —dijo en apenas un susurro—. Sí, tal vez la tengas.

Dirigió una mirada fría a Nanami.

—Bien…, por respeto a tu audacia, voy a darte una pista. Allá va: caminamos juntos, somos inseparables… —La voz del general resonó por toda la sala.

Se mostraba tranquilo, pero también su tranquilidad estaba vacía. Parecía sentirse levemente presionado por la situación y, al mismo tiempo, parecía tan huidizo e inaprensible como el agua. Entonces, extrajo un reloj del bolsillo interior de su chaqueta y lo miró.

—En fin, se nos ha terminado el tiempo —anunció—. Debo encargarme del siguiente lote de libros. Todavía quedan por el mundo muchos libros molestos.

Uno de los escoltas le entregó la gorra y, mientras se la ponía, el general volvió a mirar a Nanami.

—Ya está bien de tanta palabrería. Es hora de que regreses. Ve despidiéndote de los libros. Sus viejas historias no deberían existir ya más que en la memoria, y bajo llave, si es posible. No puedo permitir que vuelvan a guiarte hasta aquí. —Y se llevó una mano a la gorra a modo de saludo un tanto forzado. Fue la señal de un final abrupto.

Inmóvil, Nanami siguió con la mirada cómo descendía de la tarima y se alejaba acompañado por sus dos soldados escoltas.

—¿Nanami…?

Ignorando la llamada de Tora, la joven se había acercado al pedestal de piedra más cercano.

—Hay cosas complicadas que no entiendo —dijo—, pero al menos hay algo de lo que me he dado cuenta. —Alargó su pálida mano hacia el libro que reposaba sobre el bloque de piedra—. Nunca olvidaré los libros que amo y que son tan importantes para mí.

Y, cuando estaba a punto de tocar el libro, un fuerte y agudo sonido que casi le perfora los oídos cruzó como un rayo el espacio de la sala, y a continuación la potente voz del general resonó de nuevo en el aire.

—¡No los toques! ¡Es mi colección!

Nanami se giró. El general había vuelto a ascender a la tarima y le lanzaba una mirada gélida como el hielo. Sus dos escoltas, así como todos los demás soldados apostados a lo largo de la pared de la sala, apuntaban a la joven con sus rifles.

Nanami lanzó una fiera mirada al general y, por un momento, tuvo la impresión de que algo negruzco se movía en el fondo de aquellos ojos fríos como de cristal.

—Tranquila. No están cargados. Pero no te fíes. Son armas peligrosas. Quizá sí estén cargadas la próxima vez.

Al percibir de nuevo la húmeda sensación del sudor sobre su piel, Nanami se volvió hacia Tora.

—¿No decías que todo esto no era más que fachada sin peligro real? —preguntó.

—Corrijo: antes no, ahora sí.

—¿Antes no, ahora sí?

El gato retrocedió sin ofrecer mayores explicaciones a la joven.

—Larguémonos de aquí, Nanami —dijo—. No conviene hacer enfadar al general…

—¿Acaso vas a salir huyendo?

La determinación de Nanami dejó indeciso al gato. Con todas aquellas armas apuntándola no podía evitar tener miedo, pero algo bullía en su

interior. En su cabeza se repetían las palabras que el general había pronunciado: «Los libros son peligrosos, hay que quemarlos», y, aunque no comprendía lo que allí estaba sucediendo, sabía que, si huía sin entender qué ocurría, se arrepentiría.

Lo había decidido al internarse por aquel pasillo de luz pálida y azulada; había tomado la determinación de no rendirse aquel día.

De pronto, un tenue resplandor fue abriéndose paso en la sala. Nanami miró a su alrededor y observó que algunos de los libros que reposaban sobre los pedestales de piedra comenzaban a emitir luz. Se trataba de una luz suave que iba cobrando fuerza poco a poco, y, tras unos segundos, adquirió una intensidad deslumbrante hasta abarcar todo el espacio de la sala del general.

—¿Eh? ¿Qué está ocurriendo? —preguntó el general. Por vez primera, parecía alarmado.

Los soldados comenzaron a moverse atolondradamente de un lado para otro, trastocando su habitual y maquinal orden. Tal fue la confusión creada que algunos chocaban entre sí.

No cabía ninguna duda: *Veinte mil leguas de viaje submarino* emitía luz. También *Bajo las ruedas*. Y *Frederick*. Y *La pequeña oruga glotona*.

—¡No os alborotéis! —gritó el general—. ¡Los libros solamente se han alterado un poco!

Los soldados no hicieron ningún caso a sus palabras. El miedo que sentían era tal que algunos de ellos se postraron boca abajo en el suelo, de una manera que llegaba a resultar cómica.

Nanami no sintió ningún temor ante el resplandor que surgía de los libros. Al contrario, empezó a sentirse llena de una cálida energía revitalizadora.

—Veamos… —murmuró Nanami en medio de aquella luminosidad—, ¿cuánto puede correr un gato?

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó Tora, extrañado. Pero al instante comprendió la intención de la joven y abrió sus ojos verdes.

Las reacciones de los soldados eran de lo más variopinto. Algunos se agarraban a las columnas, otros cerraban los ojos y temblaban.

—Es demasiado arriesgado —replicó el gato—. No sabemos hasta qué punto son eficaces sus rifles.

—¿Prefieres abandonar y huir con el rabo entre las patas?

—No quisiera tener que admitirlo, pero… —dijo el gato, y, como si hubiera caído por fin en la cuenta de una realidad ineludible, alzó el rostro para mirar a Nanami—. Pero me temo que no tenemos otra opción. Además, creo que tú puedes correr más rápido que yo.

—Tal vez, si la distancia es corta. Eso sí, si me das un tiempo para calentar, podría mejorar bastante —apuntó Nanami no sin cierto sentido del humor.

El gato no sonrió. No debió de hacerle demasiada gracia. En cualquier caso, el resplandor que los libros emitían quizá no se prolongase mucho tiempo. El de algunos de ellos ya empezaba a languidecer, y, si cesaba la luz, también cesaría el caos que había producido entre los soldados.

—Bien, si no queda más remedio que regresar, al menos me llevaré uno de los libros.

—Esta chica y sus libros… —dijo el gato, poniendo los ojos en blanco.

Nanami lo miró con tranquilidad.

—Ya te he dicho que nunca olvidaré los libros que son importantes para mí —insistió la joven con una leve sonrisa.

Tora no supo qué réplica darle y, después de unos instantes, suspiró.

—De acuerdo. Tú ganas —concedió por fin.

Nanami no necesitó escuchar más. En un abrir y cerrar de ojos, se abalanzó hacia el pedestal de las obras completas de Arsène Lupin y agarró el volumen más a mano: *La aguja hueca*.

Aquella inesperada acción debió de pillar por sorpresa al general, que lanzó un bramido desprovisto de palabras. Mientras Nanami y el gato se aproximaban a la puerta de salida, aquel alarido fue tornándose en una llamada desesperada.

—¡Aguardad! —gritó con voz enronquecida.

Los libros brillaron aún más como si trataran de ayudar a Nanami. Por fin, ella y el gato atravesaron aquella sala bañada en luz y traspasaron la puerta. Alertados por el tumulto, los soldados que montaban guardia a lo largo del corredor empezaron a congregarse ante la escalera principal para bloquear la salida. Obviamente, hasta ellos no llegaba la luz de los libros.

Tora cambió ágilmente de dirección y corrió hacia un pasillo transversal, seguido por Nanami. Una escalera de caracol surgió ante ellos tras la sombra de una columna y, por iniciativa del gato, ambos la ascendieron hasta alcanzar lo que parecía la parte superior de la muralla del castillo. Por suerte, no se toparon con ningún soldado allí. Tal vez habían acudido todos a la llamada de sus compañeros, porque ni uno solo se encontraba haciendo guardia bajo las banderas grises.

Sin dudarlo un instante, el gato y la joven corrieron a lo largo de la muralla. «¿Cuánto tiempo hace que no corro así?», se preguntó Nanami. De pronto, dejó de preguntarse nada, porque se oyó el restallido de un disparo. Desde abajo, los soldados apuntaban sus rifles a lo alto de la muralla y más detonaciones rasgaron el aire alrededor de ambos. Instintivamente, Nanami apretó contra el pecho el libro que sujetaba entre sus brazos.

—Con que no estaban cargados…

—¡Calla y corre!

Se dirigieron a una pequeña torre situada un poco más allá, justo encima del portón de entrada. La escalera de caracol que descendía por su interior conducía fuera del castillo y era el camino más corto para salir de allí. Lamentablemente, en el momento en que alcanzaron la torre, Nanami notó algo en la garganta.

—No creo que pueda resistir mucho tiempo más… —dijo.

—¡Vamos, falta poco! ¿Dónde está la chica fuerte de hace un momento?

—¡Calla! ¡Aguantaré como sea!

Justo cuando empezaban a descender los escalones, desde abajo les llegó el rumor de pisadas ascendentes de los soldados. Subían rítmicamente, uno a uno, cada peldaño. La joven y el gato retrocedieron y subieron de nuevo los escalones que ya habían bajado, pero se encontraron con una fila de soldados avanzando por el camino desde el cual habían llegado a la torre. Todos, con el mismo rostro gris

e inexpresivo, constituían una visión tan inquietante como horrenda.

—¿Se acabó el plan…? —Nanami sonrió con triste resignación. Con cada inspiración y cada exhalación, un asfixiante soplo se filtraba acompasada y sibilantemente por su garganta, mientras los soldados, exhibiendo sus rifles, iban aproximándose en tan perfecta formación que resultaban graciosos.

—¿Qué va a pasarnos?

—No lo sé.

—¿No podremos regresar a casa?

—Tampoco lo sé —respondió el gato meneando la cabeza. A continuación, dirigió sus ojos verdes como el jade a los soldados, que cada vez se encontraban más cerca—.

Perdóname, Nanami —añadió—. Te he metido en este lío sin necesidad alguna. He sido un cretino.

—¿Qué? ¿Te parece este el mejor momento para disculparte?

Con un inconmensurable esfuerzo por su parte, Nanami trató de calmar su respiración.

Entonces, se arrodilló y extendió sus manos hasta sostener entre ellas la cabeza del gato.

—No te disculpes, Tora. Simplemente dame las gracias. Estamos juntos en esto. —

Seguidamente se enjugó el sudor de la frente y sonrió a Tora, que permanecía algo confundido—. Además, me lo he pasado muy bien.

Y, justo entonces, una portezuela ubicada a sus espaldas, junto a la escalera, se abrió silenciosamente.

—¡Chis, por aquí! —oyeron decir.

—¿Un amigo tuyo? —preguntó Nanami al felino.

—Ni idea —contestó este.

—¡Nunca sabes nada!

Al mismo tiempo que intercambiaban aquellas breves palabras, ya estaban internándose sin pensárselo por el quicio de la puerta, y, en cuanto hubieron pasado medio de cuclillas, la puerta se cerró de golpe. Las voces de los soldados y los disparos quedaron repentinamente amortiguados, disipados, lejanos e irreales.

Llena de asombro, y todavía oprimiéndose el pecho con las manos, Nanami miró a su alrededor. Si en un principio habría asumido que tras aquella puerta no podía haber más que una angosta estancia de piedra, lo que contempló superó toda expectativa: ante sus ojos se abría un extenso pasadizo envuelto en una pálida luz azulada, flanqueado a cada uno de sus dos lados por un sinfín de estanterías repletas de libros. Era, de hecho, el extraño pasaje que habían atravesado en primer lugar y que les había conducido hasta el castillo.

—Os habéis librado por los pelos, ¿eh? —dijo con voz calmada, mientras atrancaba la puerta, la persona que los había salvado del peligro.

Al volverse, la tenue luz azulada le iluminó el rostro. Se trataba de un muchacho joven de sonrisa apacible y con gafas, de movimientos relajados y holgados que le hacían parecer alto pese a no serlo, y, en cuanto a la edad, debía de rondar los veinticinco. Sus ojos, rebosantes de inteligencia y tranquilidad, miraron a Nanami.

—Nanami, no olvides usar el inhalador —advirtió suavemente, desde su lado, el gato.

La joven volvió en sí. Sentada en el suelo, buscó en su bolsillo el aparato y se lo aplicó en la boca. Tosió varias veces y se mareó levemente.

El muchacho, de rodillas junto a ella, le acariciaba la espalda.

—¿Crees que podrás continuar después de tomarte un descanso? —preguntó.

—Creo… que sí —respondió Nanami.

—Tómatelo con calma, ¿de acuerdo? Pero, en cuanto pienses que puedes moverte, será mejor que os pongáis en marcha. No conviene quedarse demasiado tiempo por aquí.

Aunque eran palabras de advertencia, Nanami no percibió ni premura ni precipitación en el modo de expresarlas; al contrario, solo calma y tranquilidad, y ello supuso un alivio considerable para ella, después de

tanta angustia vivida y del inquietante tono de la voz del general.

El joven recogió el libro *La aguja hueca*, que había caído al suelo.

—Una buena elección que llevarse.

—¿Conoces esta novela?

—Claro, es una obra maestra.

Había un sucinto aire divertido en aquellas breves palabras. Le entregó el libro a Nanami y miró al gato, que permanecía junto a ella.

—Cuánto tiempo sin vernos —le dijo.

Aunque sus ojos verdes brillaron con mayor intensidad, Tora no respondió al saludo.

Miraba al muchacho con cierto recelo, hasta que por fin pareció decidirse a hablar.

—Mucho. Varios años, tal vez, desde aquello.

—Unos diez años, creo —apuntó el joven.

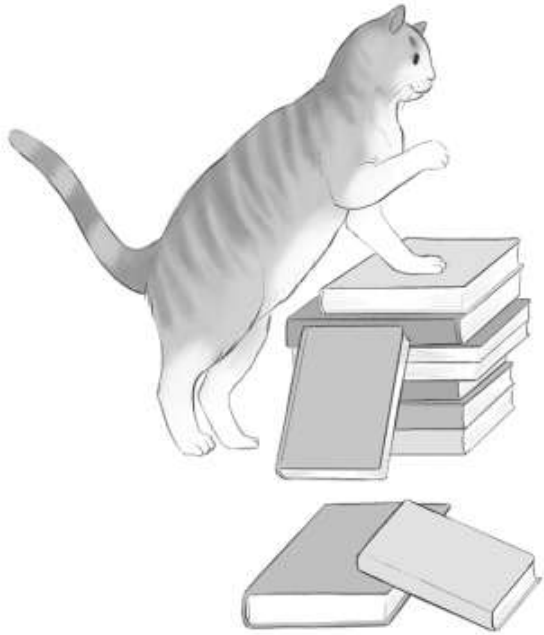
—¿Tantos? Así me explico cuánto has crecido.

Ante la mirada sorprendida de Nanami, el muchacho dejó escapar una carcajada. A continuación, asintió con la cabeza. Incluso el gato, poco dado a ello, esbozó una escueta sonrisa.

—¿Os conocéis?

—Somos viejos amigos —contestó el gato, y entornó los ojos, rememorando quizá tiempos pasados—. De la segunda generación. Solía venir a verme a menudo.

Una vez más, el joven asintió resueltamente con la cabeza.



2

Soy una creación

—¿Estás bien, Nanami?

Itsuka se volvió hacia su amiga. Ambas ascendían las largas escaleras de la estación, pero Nanami se había quedado rezagada.

—Tranquila. Simplemente, subo más despacio —contestó Nanami deteniéndose para recuperar el aliento.

Se había llevado las manos al pecho, pero de momento no había indicios de que fuera a sufrir un ataque de asma, y tras inspirar profundamente volvió a iniciar la marcha escaleras arriba.

A media mañana, no había demasiada gente en la estación. Era, no obstante, una escalera considerablemente larga en una estación en la que entraban por primera vez.

Hacía frío y se había abrigado en consecuencia. Pero ahora sudaba. Tenía la frente empapada en sudor, no solo por el ejercicio de subir las escaleras, sino también por lo nerviosa que estaba.

Precisamente, al sentirse bien, se había visto capaz de acelerar el paso, pero, al notar las consecuencias de su precipitación, decidió caminar lentamente, escalón a escalón.

—Nunca había venido tan lejos —afirmó.

—Porque solo vas de casa al instituto y del instituto a la biblioteca —replicó Itsuka en el tono animado de siempre.

—Y es la primera vez que he tomado el tren sin la compañía de mi padre.

Itsuka mostró un gesto de sorpresa, pero prefirió ahorrarse cualquier comentario superfluo.

—De niña, sufrí un acceso de asma en el tren y tuvieron que llevarme en ambulancia desde la estación. Desde entonces, ni siquiera me he planteado la posibilidad de viajar en tren yo sola.

—¿Qué te ha dicho tu padre en esta ocasión?

—Nada. No le he dicho que iba a tomar el tren, solo que iba a salir contigo a dar una vuelta.

—Eso no está bien… —replicó Itsuka sin disimular su asombro.

—Si se lo hubiera dicho, no me habría dado permiso —aseguró Nanami, esbozando una sonrisa, mientras un grupo de colegiales de primaria la adelantaba, subiendo los escalones de dos en dos—. Unos de estos días pasados, regresé tarde a casa y no veas cómo se puso… —añadió.

—Lógicamente, se preocupa por ti.

—Sí, pero también se debe, en parte, a su trabajo. Siempre está agotado, con tantas horas extra. No tiene tiempo ni de cuidarse.

Antaño, su padre la acompañaba a menudo a la biblioteca. De un tiempo a esta parte, aquello se acabó.

—Pues, como sabes, lo mismo ocurre en mi casa: tanto mi padre como mi madre se pasan el día trabajando, de la mañana a la noche, y yo sola en casa. —Suspiró Itsuka—.

Ya ves tú, nada menos que dos sueldos y… ¿para qué, si no salimos de pobres? Qué injusto es el mundo.

La sonrisa de Nanami se enfrió ante la seriedad con que se tiñó la voz de Itsuka. Esta había alcanzado finalmente el escalón superior, a pocos pasos de la salida de la estación.

Desde arriba esperó, con cara de preocupación, a Nanami.

—¿Estás segura de que puedo dejarte sola? —preguntó.

—No te preocupes, Itsuka. Ahora, concéntrate en la competición de tiro con arco. Me basta con que me hayas acompañado hasta aquí.

—La palabra «competición» suena excesivamente importante para la modestísima envergadura del evento. Ya sabes que, si no estuviera obligada a participar, te acompañaría.

—Has hecho más que de sobra, créeme. Muchas gracias, Itsuka.

—Espera, déjame preguntártelo otra vez. —Mientras ajustaba la posición del arco que portaba, Itsuka miró con seriedad a Nanami—.

¿Estás segura de que quieres acudir a la librería Natsuki y de que no habría nada en el mundo que pudiera hacerte desistir de ello?

—Correcto —confirmó Nanami con un suave movimiento afirmativo de cabeza—. En realidad, no sé bien por qué quiero ir, pero… quiero ir. Hay algo a lo que me gustaría echarle un vistazo.

Aunque se daba cuenta de que su respuesta no había sido demasiado precisa, tampoco se le ocurría qué otra cosa decir, quizá porque apenas había transcurrido una semana desde aquel extraño suceso.

El pasadizo de luz pálida no les había conducido de regreso a la biblioteca, lugar de partida, sino a un lugar desconocido.

Al igual que en la biblioteca, allí también había estanterías llenas de libros a ambos lados, pero, a diferencia de aquella, las baldas carecían de la tosquedad habitual, eran de madera lustrosa e impecablemente conservada. Por si fuera poco, unas lámparas de estilo retro que colgaban del techo a distancia regular alumbraban los elegantes juegos de té de cerámica colocados sobre unas mesas de lectura ubicadas hacia la mitad del corredor.

—Os encontráis en la librería Natsuki —anunció el joven que los había salvado momentos antes—. Y permitidme que me presente. Soy Rintaro Natsuki.

Nanami recordaba perfectamente el brillo de sus ojos y esa mirada afable tras las gafas en el momento de pronunciar su nombre. El resto de los recuerdos de ese día habían quedado algo emborronados debido al amago de ataque asmático que planeó sobre ella todo el tiempo.

Todavía no había conseguido calmar su respiración cuando Rintaro le señaló una de las sillas, invitándola a sentarse. Accedió y enseguida el joven le ofreció una manta para cubrirse los hombros y le sirvió té negro en una de las tazas de cerámica.

Sorbió pausadamente el té y notó cómo su respiración iba serenándose poco a poco.

Reparó entonces en que el corredor de libros había ido a parar a una sala de paredes de madera y aspecto común y corriente. No halló al gato por ningún sitio.

—Al cerrar con llave la librería, las paredes del fondo se iluminaron

con esa luz pálida y azulada —le explicó Rintaro a Nanami, todavía visiblemente aturdida. A continuación, añadió—: Tuve que acudir corriendo a rescataros. Hacía mucho tiempo que no sucedía nada semejante y me pilló por sorpresa.

Habló de ello como si tal cosa, sin darle importancia. No desveló, desde luego, a qué se refería en concreto con ese «hacía mucho tiempo».

—No es fácil explicarlo. Es como cuando alguien te pide que resumas o comentes un libro que te encanta.

—Lo comprendo —convino Nanami, sosteniendo la taza entre las manos—. Como si a mí me piden que explique en palabras la emoción de *Adiós a las armas*.

El joven sonrió. El reloj de mesa marcaba las siete de la tarde pasadas. Pese a la serie de eventos ocurridos, apenas había transcurrido el tiempo. No eran, en cualquier caso, horas de andar por ahí y, puesto que la librería Natsuki estaba lejos de casa, Rintaro la llevó en coche.

Lo ocurrido aquella tarde le parecía un sueño. Habían sucedido muchas cosas, pero lo peor estaba por llegar.

Una vez en casa, se encontró a su padre esperándola con un humor de perros. Nanami había albergado la leve esperanza de que aún no hubiera regresado, pero tal esperanza se desvaneció de un soplo.

—¿Qué horas son estas de volver? —la riñó.

Nanami comprendía la actitud severa de su padre. Al fin y al cabo, los días transcurrían, para ella, de casa al instituto y del instituto a la biblioteca; no existía motivo alguno por el que tuviera que demorar tanto su regreso a casa.

Naturalmente, no le hablaría del gato ni del castillo ni de los hombres de rostro gris. Le diría que había pasado el rato en casa de su amiga Itsuka y le pediría disculpas.

Esperaba con ello hacer desaparecer el enfado de su padre.

La reprimenda llegó a alargarse hasta una hora. Lo cierto es que hacía mucho que no pasaban tal cantidad de tiempo juntos y, quizá por ello —por lo poco que se habían visto últimamente—, su padre no había sabido calibrar el enfado y había tomado una actitud ciertamente fuera de lugar. Ni siquiera las tardes en que llegaba relativamente

pronto le quedaban ganas de charlar con tranquilidad, de exhausto que se encontraba.

Cuando por fin la regañina terminó y su padre le permitió marcharse a su habitación, Nanami, afligida y cabizbaja, lamentaba haberlo hecho enfadar de tal manera, pero, por

otro lado, entre sus pensamientos flotaban algunas ideas completamente ajenas a lo que acababa de ocurrir.

En cuanto cerró tras de sí la puerta de su habitación, extrajo un pedazo de papel de su bolsillo. «Pásate por Natsuki cuando quieras», le había dicho Rintaro a la vez que se lo entregaba, justo antes de despedirse. En el papel, había anotado la dirección de la librería y dibujado un mapa con indicaciones sobre cómo llegar.

Una misteriosa librería, un chico y un gato… Decididamente, no iba a dejar de ir allí porque su padre se hubiese enfadado aquella tarde. Pediría consejo a su amiga Itsuka.

A Nanami siempre le asombraba su descaro, pero era una buena amiga.

—¿Y seguro que sabes bien cómo llegar?

Nanami volvió en sí ante la pregunta de Itsuka. La cuestión era pertinente porque, aunque tenía en su mano el papel con el mapa dibujado por Rintaro, aquella iba a ser la primera vez que iba a caminar sola por las calles de un distrito diferente al suyo. Frente a la salida de la estación, localizó una parada de autobús y el área de estacionamiento para taxis, y, más allá, una avenida comercial; es decir, todo lo que uno se encuentra habitualmente delante de cualquier estación. Sin embargo, para Nanami, internarse en ese paisaje que se extendía más allá suponía toda una aventura.

Durante unos instantes, Itsuka contempló junto a Nanami el paso de los vehículos.

—Y dime, Nanami, ¿lo que te motiva a volver a la librería Natsuki es ver de nuevo a aquel gato parlanchín? —preguntó con desenfado.

Nanami se volvió hacia su amiga.

—Sí. ¿Es que no me crees?

—¿Tengo razones para creerte?

—Bueno, supongo que…

Una leve sonrisa tensa se dibujó en los labios de Nanami.

—Entonces ¿por qué me has acompañado hasta aquí? —inquirió.

Itsuka reflexionó seriamente sobre ello.

—Porque somos amigas…

Itsuka nunca se andaba con rodeos; eso era lo bueno de ella. También a Nanami le gustaría serle de ayuda a Itsuka alguna vez, si la ocasión lo requiriese, pero ella misma sabía que no era tan resuelta como su amiga. Al menos, precisamente por el aprecio que le tenía, no había querido ocultarle lo que le había sucedido una semana antes, por increíble que pudiera parecer.

Itsuka había escuchado la historia de Nanami con auténtica estupefacción, pero en ningún momento se había reído o burlado de ella. «¿Y qué puedo hacer por ti?», se había limitado a preguntar Itsuka cuando Nanami terminó su relato. Naturalmente, lo único que esta le pidió fue que la acompañara.

—Sinceramente, cuando me pediste que te acompañara a un lugar que quedaba bastante lejos, pensé que habías pedido hora en el hospital para hacerte un escáner de la cabeza.

—¿Qué?

—¡Estoy de broma! Vamos, es hora de irse. Que se te dé bien la visita y ten cuidado.

¡Hasta luego!

Y, con su habitual aire decidido, Itsuka alzó el arco envuelto en su funda de tela negra.

Ya se alejaba, cuando Nanami la detuvo.

—¡Itsuka!

—¿Sí?

—¡La próxima vez te invito a bollo de carne!

Itsuka enarcó las cejas.

—¡Genial! —exclamó y volvió a girarse para descender las escaleras de la estación.

Nanami permaneció inmóvil durante unos instantes, siguiendo con la vista a su amiga, cada vez más lejos, y, tras devolver el mapa a su bolsillo, puso por fin un pie en aquel distrito lejano y desconocido para ella.

Nanami recorrió la calle comercial, dobló dos esquinas y se introdujo en una tranquila y acogedora zona residencial rodeada de colinas. Ascendió por una calle en suave pendiente, flanqueada a ambos lados por hileras de viejas viviendas de dos alturas y con tejado tradicional de tejas; y, mientras avanzaba, se veía obligada a sortear bicicletas infantiles y utilitarios ligeros, estacionados a duras penas en la estrechez de los márgenes de la calzada, y máquinas expendedoras de bebidas repartidas a lo largo de la acera. Tal vez había un colegio por allí cerca, porque algunos escolares de edad similar a los que había visto en la estación la adelantaron corriendo en pos de un balón de fútbol.

Por fin, se detuvo ante la puerta enrejada de un pequeño edificio de similar arquitectura. De dicha puerta colgaba una placa con una inscripción tallada en madera en la que se leía: LIBRERÍA NATSUKI. Allí había estado una semana antes, pero apenas había tenido tiempo para reparar en el entorno donde se hallaba. Así pues, debía aprovechar aquella nueva visita para admirar la sencilla belleza del lugar, representada, a pie de entrada, por una hermosa jardinera de flores de pascua cuyas hojas de vívido color rojo se dejaban mecer suavemente por la brisa de la mañana, y colmada de un estilo más propio de una tienda de antigüedades que de una librería, en fiel consonancia con el aire sereno y misterioso con que recordaba al joven Rintaro.

Abrió la puerta enrejada y se asomó al interior. No le sorprendió oír una voz calmada, procedente del interior y dirigida a ella:

—Nanami, gracias por venir hasta aquí desde tan lejos.

A continuación, vio a Rintaro, al fondo. Se encontraba de pie, tras un mostrador sobre el que reposaba una caja registradora, en medio de aquel pasaje largo y relativamente angosto que conformaba la librería Natsuki.

—Buenos días —saludó Nanami al tiempo que realizaba una ligera inclinación de cabeza. Levemente nerviosa, miró alrededor. La estrechez de la entrada disimulaba un interior de notable amplitud, que se alargaba considerablemente hacia el fondo, a lo largo de un corredor atestado de gruesas estanterías preñadas de libros hasta el techo. A escasa distancia detrás del mostrador, asomaban los primeros escalones de una escalera que ascendía hasta el primer piso, y era muy posible que Rintaro acabara de descender por ella solo un momento antes.

—¿Qué tal has estado desde aquel día? —preguntó.

Tan atenta suavidad contenía su tono de voz que Nanami se sintió apremiada a contestar.

—¡Perfectamente! Muchas gracias por preocuparte.

—No es nada. Además, me preguntaba si había dibujado el mapa con suficiente claridad para guiarte hasta aquí sin problema, pero, en cualquier caso, tenía la seguridad de que sabrías arreglártelas.

—¡Por supuesto! ¿Por quién me has tomado? Soy estudiante de secundaria, no una cría de preescolar.

La propia Nanami se sorprendió de haber hablado con semejante grado de descaro.

Quizá la acogedora atmósfera creada por Rintaro le había dado seguridad y confianza para dirigirse a él de tal manera. Rintaro sonrió y le ofreció sentarse.

—¿Te apetece un té, Nanami?

Rintaro se dirigía a ella con la confianza con que trataría a un cliente habitual, y con la naturalidad, quizá, de quien acostumbraba a tratar con personas en tan extraordinarias circunstancias como las acaecidas la semana anterior. Así, al menos, lo pensó Nanami.

El agua ya hervía y el muchacho se dispuso a verterla en la tetera.

—Te esperaba a estas horas —admitió.

—¿Cómo? ¿Sabías que vendría hoy?

—Obviamente no podía estar completamente seguro, pero…

Nanami no pudo evitar pensar que aquel chico era un tanto enigmático. Era difícil imaginarlo perdiendo la calma o dejándose sorprender por algo. Y, a buen seguro, Nanami sería también para él una chica algo extraña; una extravagante clienta que, en vez de utilizar la puerta frontal para entrar en la librería, lo había hecho desde la pared situada en el extremo opuesto. Pero lo más intrigante y raro, pensó Nanami, había sido la providencial aparición de Rintaro para salvarles cuando ya todo estaba perdido.

Fuera como fuese, no era el momento de precipitar las cosas, al menos todavía, y hacerle preguntas al respecto. Al fin y al cabo, el muchacho no había hecho sino portarse bien con ella.

Mientras Rintaro servía el té con la habilidad de la costumbre, Nanami echaba un vistazo por el interior de la librería. Tolstói, Hesse, Kafka, Nietzsche… y otros clásicos

de tan elevada categoría se sucedían, uno tras otro, a lo largo de las estanterías. Genios imponentes como Dostoievski y otros más familiares y cercanos a ella, como Natsume Soseki y Yasunari Kawabata. Nanami conocía todos aquellos nombres e incluso había leído alguna de sus obras, pero apenas se había asomado aún a aquella literatura de altos vuelos.

Ver ante sí obras como la *Ilíada*, con sus fastuosas tapas forradas en tela, o los *Cuentos de Canterbury*, con su hermosa cubierta adornada con motivos renacentistas, bastaba para estimular en Nanami el deseo de leerlas. Por otro lado, en *R.U.R. Robots Universales Rossum*, de Capek, o *La montaña mágica*, de Mann, encontraba títulos lo bastante sugerentes como para incitarla a la lectura.

Saltaba a la vista que cada uno de los volúmenes estaba pulcramente colocado en su correspondiente lugar sobre los estantes. La semana anterior, no había podido prestar atención a detalles como aquel, pero ahora que podía admirar la cuidadosa disposición de cada libro, recrearse en la particular belleza de cada volumen y deleitarse recorriendo con la mirada los estantes sentía algo cercano a la emoción.

—Tienes una librería maravillosa, muy bonita —comentó.

—Muchas gracias. La gente suele señalar lo viejos que son los libros o lo extravagante y pintoresco que es el lugar, pero no hay muchas personas que digan que la librería es bonita.

—Lo es.

—Si te interesa algún libro, puedes llevártelo.

Rintaro inclinaba la tetera para verter el té en las tazas y, enseguida, un reconfortante aroma con un leve dulzor flotó en el aire.

—Pero esto no es una biblioteca… —objetó Nanami.

—Tráelo de nuevo después de leerlo. Al fin y al cabo, estás en una librería de segunda mano.

Nanami sonrió. Aquello no era algo que uno pudiera oír a menudo en una librería.

—Tengo la impresión de que sabes mucho de todo —apuntó Nanami.

—¿A qué viene eso?

—Bueno, parece que mantienes una tranquilidad que solo el conocimiento puede otorgar. A pesar de todas las cosas raras que han ocurrido…

—No es para tanto; solo que soy un poco mayor que tú.

Rintaro no se prodigó en explicaciones. Tal vez, no era algo de lo que pudiera hablarse a la ligera. Cuanto mayor sea la precipitación en responder más desacertado será el contenido de la respuesta. Algo parecido al hecho de que, si se apresurara a subir unas escaleras, sin duda le sobrevendría un ataque de asma y se vería obligada a detenerse a mitad de camino. Era solo yendo lentamente, paso a paso, escalón a escalón, como lograba ascender las escaleras con éxito.

—Pensándolo mejor, es posible que llevase largo tiempo esperando —añadió de pronto Rintaro.

Con ágil destreza situó la taza de té frente a Nanami; a continuación, tomó su taza y, tras dar unos pasos, apoyó la espalda contra una de las estanterías.

—Una oscura y fría sensación de vacío va extendiéndose por el mundo. Así lo percibo

—afirmó el muchacho—. No sabría ubicar con exactitud el origen de dicha impresión, pero te aseguro que no es caprichosa.

—¿Una oscura y fría sensación de vacío…? —repitió Nanami en tono

interrogativo.

—No sabría cómo explicarlo, pero tampoco se me ocurre una manera mejor de expresarlo. Sí. Ese vacío poco a poco está nublando el corazón de las personas.

—¿Y crees que es causado por los hombres de rostro gris? —preguntó Nanami casi como en un acto reflejo.

El recuerdo del general flotaba en algún rincón de su cabeza, con su rostro macilento, por el que no parecía correr la sangre, y sus ojos gélidos, como también flotaba el del todos sus secuaces grises que tan lealmente lo arropaban.

Rintaro apretó los labios, miró a Nanami y por fin respondió:

—Hay cosas que tú misma conoces mejor que yo. —Y tras desviar la mirada hacia el contenido de su taza, continuó—: No creas que el paso de los años hace a la gente más sabia. En cierto sentido sí, pero en otro no. Las cosas más importantes de la vida solo se

ven con el corazón, no con los ojos, pero a muchos la edad les va nublando ese órgano.

Por ejemplo, igual que el tiempo les borra a muchos la ilusión que sintieron en su infancia al leer determinado libro, también les hace olvidar aquello que era verdaderamente relevante en sus vidas.

—¿Y tú también has empezado a notar ese paso del tiempo?

—Intento mantenerme alerta para no dejar que me afecte, pero a veces noto, como si de una enfermedad se tratara, el arrastre de ciertos pensamientos extraños, ciertos conceptos…, como por ejemplo que solo vale lo que vende, lo que da beneficio económico, y que ello se aplica también a los libros.

Entreverado en la sonrisa serena del joven, Nanami percibió el sucinto trazo de amargura propio de una persona madura; y entonces, como superpuesto a su rostro, vio el de su padre.

—Pero has venido… —Rintaro elevó la mirada de su taza y volvió a dirigirla a Nanami.

—¿Te refieres a mí?

—Sí. Quizá sea un poco exagerado afirmar que estaba esperándote.

Pero, sin duda, anhelaba encontrarme con alguien como tú. —El joven dejó la taza sobre la mesa y se volvió hacia atrás—. ¿Verdad, compañero?

Nanami contuvo la respiración. Un tenue resplandor azulado iluminaba pálidamente la pared de madera del fondo, y en medio de este, sentado y con expresión desafiante, descubrió a un gato de rayas atigradas.

Bañado por aquella tenue luz azulada y tranquilamente sentado, aquel gato no podía ser sino el mismo que había guiado a Nanami la semana anterior hasta el castillo. Con sus dos puntiagudas orejas triangulares, sus ojos de color jade, sus bigotes horizontales de plata, era tal cual lo recordaba.

—Es un honor volver a verte, Nanami —saludó con la misma voz grave que Nanami guardaba en su memoria.

La joven hizo el gesto de ponerse en pie.

—Por favor, no te levantes —le pidió Tora, inclinando levemente la cabeza—. No es el momento de desperdiciar energías y mucho menos de salir corriendo.

El gato abandonó aquella aura azul y se acercó ella. Nanami respiró aliviada.

—¡Me alegro tanto de verte! —dijo—. Ahora puedo estar segura de que no fue un sueño.

—Lamentablemente no fue un sueño, querrás decir. No es cosa de la que alegrarse. —

Soltó un bufido—. Debo en cualquier caso disculparme por haberte expuesto a semejante peligro. Lo siento.

Nanami sacudió enérgicamente la cabeza.

—No, no. Fui yo quien te rogó que me permitieras acompañarte.

En realidad, ni siquiera se lo había rogado; simplemente se había pegado a él sin opción posible a una negativa. Nanami era consciente de ello y estaba agradecida de que Tora no se lo hubiera reprochado.

Cuando Tora llegó a los pies de Nanami, esta se inclinó hacia él y le

preguntó:

—¿Podrías explicarme qué es eso de que Rintaro estaba esperando que yo apareciera por aquí?

—No es algo que tenga por qué explicarse precipitadamente —replicó el felino, haciendo brillar sus ojos verdes—. Por lo que a mí respecta, esperaba que por fin apareciera alguien de espíritu fuerte. Como ya te dije, eso es lo que requiere involucrarse en una tarea como la de recuperar los libros robados. Pero… todavía no he dicho que ese alguien seas tú…

—Siempre tienes que dar la nota final, ¿eh? —intervino Rintaro.

—Segunda Generación, es un poco pronto para involucrar a esta chica —insistió el gato—. Para empezar, ella vive en un mundo diferente al nuestro y no parece hacerse una idea del asunto.

—¡Habrá que intentarlo! —objetó Rintaro—. ¿O te vas a conformar con ir viendo cómo los libros desaparecen poco a poco?

Ante el reproche, los ojos del gato brillaron con mayor intensidad.

—Voy a decirlo bien claro. No me cabe duda de la formidable fortaleza que alberga esta muchacha en su interior, pero no basta. Al contrario, por sí solo, es peligroso —

argumentó el felino—. Aquel laberinto…, ¿recuerdas?, aquello de agarrar aquel libro a la fuerza y salir huyendo fue una temeridad.

—Pero al menos un libro volvió a su sitio. Hasta entonces, no había habido manera de recuperar uno solo.

Ante la réplica de Rintaro, el gato cerró el hocico.

—Hay cosas que en la teoría funcionan, pero en la práctica no —señaló el joven—. Y

estoy seguro de que Nanami sabe bien que no solo se consiguen con la teoría, sino también con la práctica.

Ambos, Tora y Rintaro, se quedaron en silencio, observándose frente a frente. La mirada del felino era incisiva, pero sus obstinados argumentos habían cesado. El muchacho, sosteniéndole la mirada, insistió en aclarar su opinión:

—Lo que yo pienso —dijo— es que su capacidad excede la simple valentía.

—Bien, bien —pareció conceder el gato—. Valentía, prudencia, audacia… Me gustaría ponerla como ejemplo a aquel estudiante apático y algo retraído de diez años atrás.

—Contra eso no tengo nada que objetar —admitió el chico con una sonrisa tensa. El gato volvió a bufar.

Nanami no llegaba a comprender de qué iba todo aquello, y, a pesar de que había cierto nerviosismo flotando en el ambiente, el diálogo sonaba cordial y surgía de la confianza que ambos se tenían. Además, le producía un cierto cosquilleo saber que conversaban sobre ella con semejante seriedad.

La joven había guardado silencio todo ese tiempo. Dio un sorbo de té y, con la taza caliente entre las manos, se dirigió a Tora.

—En cualquier caso, Tora, no hay duda de que tú viniste a buscarme. ¿No confiabas en la posibilidad de que yo pudiera ser de alguna utilidad en todo este asunto?

—Eres admirable, muchacha —reconoció Tora al tiempo que mostraba cierta estupefacción—. No solo no te han acobardado los peligros de la anterior ocasión, sino que estás esperando continuar con la aventura.

—Bueno…, me incluyo entre las personas que, una vez que han empezado un libro, no pueden dejarlo por la mitad. Ya sea un libro que me resulte difícil o incluso que me asuste, si no lo leo hasta el final nunca sabré qué estaba escrito en él. Es como si, al dejarlo a medias, se esfumara y desapareciera para siempre y por completo la oportunidad de saber qué decía.

—Nunca mejor dicho, porque eso es precisamente lo que está tratando de hacer el general de rostro gris. Él justifica su acción como algo necesario.

—Cierto, sustrae los libros y conserva una buena cantidad de ellos en su castillo.

—¿Y en serio tienes la intención de recuperarlos y traerlos de vuelta?

—Así es. Esa intención tengo.

Nanami depositó en el suelo la enorme mochila que cargaba sobre los

hombros y extrajo de ella un libro. Se trataba de un viejo ejemplar de *La aguja hueca*, nada menos que aquel que había conseguido recuperar de las garras del general.

El gato contempló el libro sin decir una palabra. También Rintaro, con su taza entre las manos, se quedó absorto mirándolo. Después de unos instantes de denso silencio, Tora por fin abrió el hocico.

—¿Por qué estás tan empeñada en ello? ¿De dónde sacas todo ese valor?

Era el turno de Nanami de quedarse en silencio, meditando la respuesta.

—Si quisieras, podrías tomar prestado un libro de aquí, de la librería Natsuki, y podrías quedarte absorta leyéndolo y olvidando todo a tu alrededor, incluido el general y sus fastidiosos discursos.

—¿Y ya no sufriría la persecución de sus soldados de rostro gris?

—Efectivamente.

—No. Me niego. Yo también quiero entrar en acción y volver allí.

El gato entornó los ojos ante el resuelto tono de voz de la joven.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Cómo podría explicarlo…? —Nanami esbozó una sonrisa tensa—. Creo que, si no tomara parte activa en la recuperación de los libros y, simplemente, fingiera no saber ni haber visto nada, me arrepentiría después. He pasado por muchas dificultades y ahora no me voy a quedar de brazos cruzados, justo cuando lo que más me importa está en juego.

—¿Lo que más te importa?

Nanami asintió y puso sus manos sobre *La aguja hueca*, que reposaba sobre la mesa. La lectura de aquel libro le había servido, en multitud de ocasiones, para sobrellevar largas horas de soledad en casa. Incluso recordaba el tacto. No lo consideraba, desde luego, un simple montón de papeles cosidos y encuadernados, sino una especie de amigo que la había librado de la soledad.

—¿No lo he dicho antes? Nunca olvido los libros que han tenido un

significado importante para mí.

Repentinamente, aquel resplandor azulado todavía visible al fondo de la librería cobró mayor fuerza, hasta el punto de que el interior de la librería se iluminó y Nanami, deslumbrada, tuvo que entornar los ojos. Situado a contraluz, el gato era solo una silueta negra inmersa en un manantial de claridad. Entonces su voz grave resonó envuelta en la luz.

—Te necesitamos, Nanami.

Al hablar, sus bigotes de plata destellaron como perlas mecidas suavemente al paso de los haces de luz.

—¿Vendrás con nosotros?

—¡Por supuesto!

—Nos enfrentamos a un enemigo poderoso y no debemos subestimarlo. Vayamos con cuidado y seamos conscientes del peligro que nos aguarda. ¿Estás decidida?

—Lo estoy.

—Bien. Recuerda que uno debe saber siempre dónde pisa y mantenerse sobre suelo firme.

—Pero, cuando uno se queda sin tierra firme bajo los pies, siempre puede aferrarse a la esperanza para no naufragar. En eso, precisamente, consiste la esperanza.

El gato abrió un poco más sus ojos de jade. Junto a Nanami, Rintaro sonreía divertido.

Había presenciado en silencio el intercambio de palabras entre Tora y ella. Por fin, intervino:

—Eso es de Tom Sawyer, ¿verdad? Buena frase.

—Exactamente —confirmó Nanami—. Y, aunque pueda parecer ingenua, *Las aventuras de Tom Sawyer* es, en el fondo, una novela llena de amargura. Y sin embargo… —

Nanami pareció reconsiderar su opinión.

—Sin embargo, está también repleta de optimismo y alegría a partes iguales.

—¡Cierto! ¡Eso es!

—Segunda Generación —dijo Tora, dirigiéndose a Rintaro—, no estoy convencido de que esta vez podamos ir juntos.

Para sorpresa de Nanami, Rintaro asintió con la cabeza.

—¿Cómo que no vamos a poder ir juntos? —preguntó la joven.

—Mira hacia el pasaje de libros —pidió Rintaro.

Nanami se volvió hacia la dirección que le indicaba y lo comprendió. Aquel pasaje alumbrado por el resplandor azulado era considerablemente más estrecho que el que habían recorrido una semana antes. Tenía la anchura suficiente para una persona y por él podrían adentrarse si lo hacían caminando uno tras otro, pero el techo se elevaba a una altura considerablemente menor que la estatura de Nanami y, por tanto, mucho -

menor que la de Rintaro.

—Veo que la fuerza de los libros va debilitándose… y, si bien creo que podríamos atravesar el pasaje con cierto esfuerzo, temo que no sería la opción acertada. No estamos en una competición física. La fuerza física no sirve…, o solo sirve en apariencia.

Rintaro se alejó de la estantería contra la cual había permanecido apoyado y caminó hacia Nanami, que seguía sentada. Al llegar frente a ella, se arrodilló y la miró desde su posición inferior.

—Nanami, no te preocupes —dijo—. Si fuese necesario, se abriría de manera natural otro pasaje por el que podría llegar hasta donde os encontraseis y sacaros del aprieto en el que os hubierais metido.

—¿Igual que hiciste la vez anterior?

—Sí.

Nanami no dudaba de la palabra del muchacho.

—No lo olvides, Nanami. Al otro lado de ese pasaje, solo la fuerza interior y la verdad te proporcionarán la victoria. No debes dejar que el asma suponga un impedimento, como tampoco debes permitir que los gestos displicentes que quizá te dedique de vez en cuando nuestro querido amigo te desalienten —añadió lanzando una rápida mirada a

Tora.

Nanami rio y sus hombros se estremecieron grácilmente al hacerlo. Apuró su taza de té, se puso en pie y se acercó a Tora. Se detuvo frente al pasaje de la luz azulada y se volvió hacia Rintaro. Bajo el cálido resplandor de la lámpara, el muchacho la miraba.

La joven tomó aire y trató de proyectar su voz de la manera más clara posible.

—¡Hasta luego! —se despidió.

La luz azul brilló con mayor intensidad y, en apenas un instante, envolvió a Nanami y a Tora.

Nanami recordaba perfectamente el día que acudió a la biblioteca por primera vez acompañada de su padre. Era tan pequeña que ni siquiera había comenzado todavía a cursar educación primaria. Su padre terminaba temprano el trabajo y pasaba a recoger a Nanami de la guardería. Desde siempre, había sido aficionado a la lectura, y cada noche, al terminar la cena, disfrutaba leyéndole libros de dibujos a Nanami. Cierta tarde, tras recogerla, propuso ir a buscar un libro nuevo a la biblioteca.

El enorme aunque tosco edificio que albergaba la biblioteca, con su particular estructura que lo hacía parecer acurrucado, ya impresionó a la pequeña Nanami desde fuera, pero lo mejor estaba por llegar, en su interior. Una vez dentro, lo miraba todo con muda fascinación.

El amplio espacio y los altos techos y las interminables filas de estanterías atestadas de libros… Aquel silencio tan especial y aquel olor añejo a libro antiguo… Experimentaba por primera vez aquellas sensaciones y ese se convirtió en su mundo, en un mundo extensísimo, inabarcable, que ella, a quien por culpa del asma le estaba vetado corretear por el parque como los demás niños, era libre de explorar tanto como quisiera.

Le tomó tanto cariño al ratoncito Frederick, protagonista del libro del mismo nombre, que a veces se llevaba el ejemplar a la cama, pese a tratarse de un libro prestado. Lo leyó tantas veces que se lo aprendió de memoria. Le encantaba la sonrisa tímida del ratoncillo de campo poeta y aquella historia de la escalera tendida hasta la luna, o aquella otra del reparto de regalos de Papá Noel, o aquella frase —«¿quién es el niño que no duerme?»— que tanto miedo le daba. ¿Qué habría sido de ella si no hubiera conocido aquellas historias gracias a la biblioteca?

Ante la mirada atónita de su padre, cada tres días aproximadamente la niña le instaba a que la acompañara a la biblioteca, y aquella mirada atónita se transformaba en una sonrisa mientras se dirigían en coche al lugar. Allí, siempre le daba la bienvenida un anciano de barba blanca y rostro serio.

—¿Vas a leerte todos los libros de la biblioteca? —le preguntaba el señor Hamura a aquella pequeña niña asmática que iba leyendo, uno a uno, todos los libros de ilustraciones.

No sonreía cuando preguntaba y le imponía tanto respeto a la niña que esta se escondía detrás de su padre, imaginando que aquel hombre que prestaba los libros era un mago malvado, habitante de las mazmorras de un viejo castillo. Poco a poco, fue dándose cuenta de que tras aquella fachada imponente había una persona amable.

A veces, cuando leía con su padre en la mesa junto a la ventana, el anciano bibliotecario se acercaba sin llamar la atención y colocaba un libro nuevo sobre la esquina de la mesa.

Así descubrió *El príncipe feliz* y *El Mago de Oz*, o más tarde, *Charlie y la fábrica de chocolate* y *Las aventuras de Gamba*, o *Ana de Las Tejas Verdes* y *Las aventuras de Sherlock Holmes*.

También, por supuesto, las aventuras de Arsène Lupin.

En sexto de primaria, descubrió *Los tres mosqueteros*, de Alexandre Dumas. Nanami quedó embelesada por lo que allí se narraba e incluso soñaba con las aventuras de Athos y Aramis, y veía nítidamente en sus sueños la bandera que portaban, con sus letras blancas sobre fondo azul.

De tal manera, además de ampliar su mundo, los libros le daban fuerza para enfrentarse a su soledad. Debido a su salud delicada, apenas podía jugar con sus amigas. Por otro lado, su padre estaba cada vez más ocupado y no podía acompañarla a la biblioteca siempre que quería, de manera que a diario vivía sumergida en una soledad difícil de soportar de no ser por los libros. Lo único que la esperaba en casa, a la vuelta del colegio, eran largas horas de silencio. No sabía si aquel era el mejor modo de pasar el tiempo, pero al menos los libros le hacían compañía y aprendía mucho de ellos.

De los tres mosqueteros aprendió la valentía. Del mago de Terramar, la perseverancia y la integridad moral. Phileas Fogg, protagonista de

La vuelta al mundo en ochenta días, y Ahab, el capitán de barco de la novela *Moby Dick*, le enseñaron que cumplir sueños requiere un carácter inquebrantable; y el detective Conan, la importancia de la compasión y del sentido del humor. Los libros eran una luz de esperanza para Nanami y siempre llevaba uno consigo, junto con su medicamento para el asma.

Por esa razón, sentía tan profundamente el deber de recuperar los libros secuestrados, de salvarlos y devolverlos al lugar que les correspondía.

Más allá de la pálida luz azulada, se elevaba el castillo. Nanami apoyó la mano sobre la frente, cual visera, y oteó sus altos muros de piedra. Se dio cuenta de que algo había cambiado en la fortificación, y, fuera lo que fuese, no parecía augurar nada bueno. ¿O se trataba solo de imaginaciones suyas?

Lo cierto era que los muros del castillo se elevaban aún más altos que la primera vez, mientras las banderas grises ondeaban en mayor número, y los soldados grises que lo custodiaban, más que unos pocos vigilantes esparcidos a lo largo de la muralla, parecían todo un escuadrón militar. Por si fuera poco, varias torres se erguían allí donde antes no había ninguna.

—Una vez más, han aumentado su fuerza —dijo Tora.

—¿Una vez más? —preguntó Nanami, sin dejar de mirar el castillo bajo la sombra de la mano—. ¿Quieres decir que, cada vez que vienes, se hace más grande?

—Así es. Sin embargo, los cambios anteriores fueron más modestos, no tan drásticos como ahora —susurró el felino.

—¿Y qué debemos hacer?

—Solo hay dos opciones: entrar por el portón o volar hasta superar la muralla.

—Eso es como no contestar.

—Es broma. Puesto que desconozco la respuesta, me he limitado a decir lo obvio…

Dicho esto, Tora se puso a caminar en dirección al portón del castillo.

—Les interesamos —dijo—, así que no abrirán fuego contra nosotros.

—¿Y si lo hicieran…?

—En ese caso… —Tora alzó la vista—. Tendremos que volver a poner a prueba nuestra velocidad a la carrera.

Sin embargo, nadie disparó, tal como había supuesto.

Los dos vigilantes de inexpresivo rostro gris situados a ambos lados del puente levadizo les ofrecieron una sucinta bienvenida cuando pasaron a su lado.

—Nos dejan entrar.

—Así es.

El interior del castillo también había experimentado cambios llamativos. El suelo de tierra del patio había sido reemplazado por adoquines de piedra sobre los que caminaban los soldados a paso rápido, con sus rostros carentes de emoción. Esto último era lo único que no había cambiado. Los que se alejaban no llevaban nada en las manos, mientras que los que se acercaban desde el fondo portaban grandes cajas de madera que iban sacando del castillo, sin intercambiar palabra alguna entre ellos y con el retumbar de sus pasos como único sonido de acompañamiento.

La hoguera que ocupaba el lugar central del patio se encontraba apagada, y el altar, cubierto de hollín, y la montaña de cenizas eran el único vestigio que quedaba de las llamas.

—¿Ya no queman los libros?

—Eso parece. Es una buena noticia. De haber seguido haciéndolo, esta vez habríamos ardido con ellos.

—¿Es otra broma?

Sin contestar, el gato dirigió la vista a las escaleras que llevaban al interior del castillo.

De allí procedían los soldados que portaban las cajas.

La muchacha y el felino se miraron y comenzaron a atravesar el patio en dirección a las escaleras. Mientras los soldados continuaban saliendo con cajas, un extraño y pesado sonido empezó a reverberar desde el interior.

—La vez anterior, no oímos este sonido, ¿verdad?

—No, no lo oímos. Parece proceder de un motor.

A medida que subían los peldaños, el sonido fue haciéndose más nítido. Era el ruido de algún tipo de maquinaria pesada. Una vez alcanzaron el largo pasillo con la alfombra roja y atisbaron el fondo en busca de la puerta de la sala del general, descubrieron, para su sorpresa, que esta se encontraba abierta de par en par. No había rastro de los dos soldados que custodiaban la entrada.

Nanami se detuvo y respiró hondo para tratar de recuperar el ritmo respiratorio, que se le había agitado levemente. A continuación, reanudó el paso.

—¿Qué habrá ocurrido? —preguntó ante la extrañeza de ver la puerta abierta.

Lo que se llegaba a entrever del interior de la sala también era diferente a lo que habían visto en la ocasión anterior. No solo no había soldados apostados a lo largo de sus paredes, sino que tampoco parecía haber nadie. La esplendorosa lámpara de araña lucía a la mitad de su intensidad, dejando el espacio en penumbra.

Sobre los pedestales de piedra descansaban sendos libros, pero también había otros muchos — *La isla del tesoro*, *El dragón de papá* o los volúmenes de la serie completa de Lupin— desparramados por el suelo.

—¡Qué raro…!

Apenas acababa Tora de susurrar aquellas palabras cuando del fondo de la sala surgió un soldado portando una de las cajas de madera. Nanami adoptó inadvertidamente una postura de alerta, pero el soldado continuó su marcha sin hacerles caso a ninguno de los dos. Nanami dirigió la mirada hacia el lugar por donde había aparecido el soldado y frunció el ceño.

Donde antes se encontraba el lujoso trono, había una puerta que no recordaba haber visto la vez anterior. Al parecer, todos los soldados que transportaban cajas venían del otro lado de aquella puerta, así como el sonido pesado que se oía desde antes. Se percataron entonces de la presencia de un guardián vigilando la entrada.

—¡Así que hay otra sala! —exclamó Tora.

—No nos queda más opción que entrar, ¿verdad?

—Tenemos también la opción de huir, ahora que todavía podemos.

—¿De verdad tenemos esa opción? —Nanami sonrió con ironía.

Tora dejó escapar un suspiro.

—Mira que eres osada… —dijo, e inmediatamente se puso a caminar hacia la puerta.

El guardián de la puerta se dirigió a ellos empleando el tono plano de siempre.

—¿Quiénes son ustedes? Esta es la sala de su excelencia el canciller.

—Hemos venido a ver al canciller —explicó Tora sin inmutarse.

Al instante, el guardián golpeó el suelo con el tacón y se puso firme.

—¡Su excelencia el canciller tiene visita! —anunció enérgicamente, pese a la aparente falta de vitalidad del rostro.

La puerta se abrió lentamente y el ruido del motor aumentó de intensidad. Nanami titubeó. Notó un fuerte olor a aceite y hierro, y abrió los ojos como platos al descubrir el panorama que se desplegaba ante ellos.

Una gran mole de acero de máquinas instaladas en apretada hilera y amontonadas unas sobre las otras, en completo desorden, dominaba el lugar, con sus ruedas dentadas y

engranajes y pistones en plena acción, y eructando vapor al completarse cada ciclo. La alfombra roja, cubierta de polvo y mugre, no se distinguía allí del suelo sucio.

Más que un castillo, aquello parecía una fábrica.

Mientras los soldados de rostro gris, cual operarios industriales, continuaban moviéndose de aquí para allá, una rauda y blanca sucesión de papeles atravesaba aquella ennegrecida confusión de juntas y bisagras, y finalmente se agrupaba en montones que eran volteados, cortados y prensados. Una cinta transportadora los sacaba ya convertidos en libros, y los soldados iban agarrándolos por turnos y depositándolos en las cajas de madera, que procedían a cargar y

llevarse fuera.

Un hombre de aspecto frágil, que vestía traje gris y gorra plana, dirigía las operaciones desde el extremo de la sucia alfombra. Sin brusquedad, se volvió hacia el felino y la muchacha.

—¿Visitantes? ¡Qué raro! —dijo sonriente. Era un joven de rostro agradable.

Aunque compartía con el general el mismo tono agrisado del rostro y del traje, la sonrisa alegre que acababa de esbozar lo diferenciaba de este radicalmente.

El joven se descubrió la cabeza y dio la bienvenida a Tora y a Nanami con una marcada reverencia.

—Bienvenidos a la sala del canciller.

El saludo sonó franco. Tanto que Tora no supo esconder su sorpresa. Al canciller le divirtió la reacción que había causado y sonrió aún más.

—No imaginé que volveríais. Pensé que habíais pasado suficiente miedo la vez anterior, pero no podéis resistiros a la curiosidad.

—¿Nos conoces…?

El canciller soltó una extraña carcajada, provocada, al parecer, por las palabras de Nanami.

—Después del alboroto que montasteis en el castillo, ¿cómo no os iba a conocer? ¡La gran aventura del gato y la joven! Suena bien…

Tanto le divertía al canciller la situación que se tambaleaba mientras empezaba a caminar por la alfombra cubierta de hollín.

Entre todo aquel caótico acopio de máquinas, habían instalado un lustroso sofá tapizado en cuero negro, completamente fuera de lugar allí, y hasta él llegó el canciller para tomar asiento. Tras acomodarse, cruzó sus delgadas piernas.

—Supongo que no os satisfizo el libro que os llevasteis y habéis venido a por más —

comentó.

—No se trataba de nuestra satisfacción, sino de que pertenecía a la biblioteca.

—Ah, era eso. Pues… adelante, llevaos tantos cuanto os plazca. Están en la sala del general. Los que hay aquí no os interesan.

—¿Cuantos queramos…? —preguntó el felino sin ocultar su recelo—. ¿No te importa deshacerte de ellos?

—Era el general, no yo, quien estaba obsesionado con los libros. Yo no los necesito. Pero explicadme, ¿cómo habéis llegado hasta aquí? Los soldados no entienden qué ha podido pasar. Además, no oigo lo que dicen, lo cual es un problema.

El canciller suspiró, se encogió de hombros y seguidamente agitó una mano al aire.

—Bueno, bueno, da igual —dijo—. En cualquier caso, no voy a coleccionar más libros.

Tampoco voy a quemarlos. Lo habréis visto en el patio. El procedimiento del general es muy costoso y requiere demasiado tiempo, así que he decidido abandonarlo y hacer las cosas a mi manera.

Una de las máquinas vomitó vapor como dando la razón al canciller.

Tora y Nanami no salían de su perplejidad. La franqueza en el tono del canciller los llevaba a pensar que todo había quedado resuelto.

—¿A tu manera…? ¿A qué te refieres? —preguntó Nanami prudentemente.

—Nuestro objetivo es evitar que los humanos os acerquéis a los libros peligrosos, y cada uno tiene sus propios métodos para alcanzar dicho objetivo. El del general consiste en recorrer el mundo y recopilar los libros peligrosos para, después, quemarlos. Un método poco eficiente, si se me permite.

»Mi método consiste en crear libros nuevos y conseguir hacer de ellos un éxito de ventas, de manera que los lectores olviden los clásicos, que son los que tienen auténtica fuerza.

El canciller alzó su delgada mano para señalar la máquina o el conjunto de máquinas.

—Os presento mi fábrica de libros nuevos.

Una vez más, como reaccionando a las palabras del canciller, unas ruedas dentadas giraron, la cinta transportadora se estremeció y los pistones resoplaron. Entre chirridos que provocaban dolor de cabeza, la cinta transportadora escupió unos cuantos volúmenes, que se desparramaron por el suelo. Los soldados procedieron a colocarlos en cajas de madera que, enseguida, se llevaron de la sala.

Nanami recogió un ejemplar que había caído a sus pies. Tras hojearlo, se encogió de hombros.

—Está… en blanco —dijo.

Efectivamente, aquello no era más que un montón de páginas en blanco encuadernadas.

—¿Así son todos los libros nuevos?

—Efectivamente.

—Pero si no hay nada escrito en ellos.

—Ah, ¿no? Bueno, eso es lo que hay. El contenido no importa.

Desconcertada, Nanami no supo qué decir.

—Lo importante no es la calidad —explicó el canciller—, sino la cantidad. Debemos inundar el mundo de libros nuevos, para que la gente no encuentre los clásicos. Para que buscarlos sea como buscar una aguja en un pajar.

¿Era una broma? No parecía serlo: el rostro del canciller rebosaba tanta satisfacción como si aquella fuera la idea más genial del mundo.

—El contenido de los libros refleja la condición humana actual. Repitámosles, una y otra vez, la mayor sarta de disparates hasta que se la crean. ¿Lo ves? Los humanos solo obedecéis a lo que os pongan delante de vuestras narices, como borregos. ¿Por qué ibais a buscar los libros clásicos cuando tenéis delante tantas distracciones? Llévate las obras completas de Lupin. Da igual. A nadie le interesan.

El canciller soltó una carcajada y sus ecos resonaron por toda la sala. De pronto, se tapó la boca con la mano, tratando de contener la risa, como si aquella risa estuviera fuera de lugar.

La máquina continuó vomitando libros. A menudo la máquina era más rápida expulsando libros que los soldados recogiéndolos, y los ejemplares permanecían un rato desperdigados por el suelo.

Nanami bajó la mirada hacia aquellos libros. No daba crédito a lo que estaba pasando.

Un pequeño detalle empezaba a emborronar la actitud distendida y alegre del canciller.

La joven trató de indagar en ello y preguntó:

—Pero ¿qué es lo que temes de los libros?

Todavía con la sonrisa impresa en los labios, el joven canciller se quedó inmóvil.

—¿Qué temo de los libros?

—Sí. Has dicho que son un peligro para la humanidad, ¿no? Pues bien, ¿por qué exactamente te parecen un peligro?

La expresión del joven no cambió lo más mínimo. Su sonrisa permanecía inalterable.

—Yo no le tengo miedo a nada. Solo quiero eliminar lo que es perjudicial para la gente.

—Nunca había oído decir que los libros fueran perjudiciales para la gente. Mi padre siempre ha dicho que los libros son una expansión del mundo propio. Sin necesidad de trasladarte, te permiten vivir muchas vidas y conocer muchos mundos. También permiten preservar el saber y familiarizarse con culturas extinguidas.

Recordaba con nostalgia aquellas palabras de su padre, a la luz de la ventana de la biblioteca.

—No es solo un asunto de conocimiento, sino también de ponerte en el lugar de otras personas, de vivir su historia y comprender lo que sienten. La imaginación y esa capacidad para la evocación no deberían perderse.

—¿La imaginación y esa capacidad para la evocación…?

El canciller enmudeció y cierto nerviosismo atenazó a Nanami y a

Tora.

Como si hubiera oído una noticia terrible e inimaginable, el canciller abrió los ojos como platos y se inclinó hacia delante.

—¡Por eso precisamente son perjudiciales! —exclamó.

—¿Por avivar la imaginación y la evocación?

—¡Claro! Ah…, veo que no entendéis nada. ¿Acaso os habéis preguntado qué es la imaginación?

Habló como un profesor que riñe a sus alumnos, como un profesor impaciente que ni siquiera espera oír una respuesta por parte de ellos.

—La imaginación le permite a uno situarse en el lugar del prójimo —continuó el canciller—, empatizar con el débil y echarle una mano si lo necesita.

—¿Y qué tiene eso de peligroso?

Nanami empezaba a perder la paciencia y el canciller la miró, como compadeciéndose de ella.

—Veo que el peligro de los libros ha hecho mella en ti. Has sucumbido a él.

Su tono de voz era el de un profesor que consuela al alumno descarriado.

—El mundo se rige por la supervivencia del más fuerte —prosiguió—. ¿O no lo sabías?

Solo quien vence tiene derecho a la recompensa. Con tu compasión y tu empatía solo conseguirás que alguien se aproveche de ti. La imaginación solo te servirá para autodestruirte, Nanami. En eso consiste su fuerza y en nada más.

A Nanami se le heló la sangre al oír su nombre.

—¿Cómo sabes mi…?

—¿Cómo no voy a saberlo? ¿No recuerdas lo que dijo el general? «Caminamos juntos, somos inseparables», afirmó.

La sonrisa volvió a resplandecer en sus labios. Sin embargo, Nanami se dio cuenta de su falta de calidez. Fue una sensación parecida a la del

vacío que había notado en el pomposo discurso del general. ¿Cómo podían hablar así? Resultaba tan extraño…

Nanami volvió a sentir un escalofrío recorrerle la espalda.

—He pasado mucho tiempo con la gente y he conocido a muchas personas de éxito y a muchos fracasados, y me he dado cuenta de una cosa: la empatía y la compasión son lastres que frenan a las personas. Si te fijaras en las personas de éxito lo comprenderías.

¿Crees que tienen imaginación, creatividad o capacidad de evocación? No, ni un ápice.

Lo que tienen de sobra es determinación y capacidad de decisión para tumbar, sin miramientos, a quien se interponga en su camino. Eso sí. Ellos sí que son libres, gracias en parte a no haber sucumbido a la fuerza de los libros.

El canciller apoyó un codo sobre uno de los lados del sofá y se reclinó cómodamente.

—Lo que menos necesita la gente es creatividad o imaginación, o como quieras llamarlo.

La suavidad con que hablaba estaba preñada de un inusitado grado de vehemencia. Y, como deseando unirse a aquellas palabras, las máquinas resoplaron y se aceleraron, y lanzaron más libros nuevos, y los libros se abrían antes de caer al suelo, mostrando y agitando al aire sus páginas blancas, cual confeti en una fiesta.

—¡Cuidado, Nanami! —gritó Tora—. Sus palabras tienen un fuerte poder de convicción.

—Sí, ya lo veo… —Nanami se pasó la lengua por los labios resecos—. Pero está completamente equivocado.

—¿Por qué voy a estar completamente equivocado? Si prestas atención, te darás cuenta de que hay algo de verdad en mis palabras.

—Lo que dices no encaja. Si tuvieras razón, el mundo sería una lucha constante. Pero yo veo a mucha gente que vive en paz y que desea vivir en paz…

Las máquinas chirriaron al unísono, tratando de ahogar las palabras

de Nanami. El sonido era insoportable.

—Hablas así —suspiró teatralmente el canciller— porque todavía hay muchas cosas que no conoces. —Seguía recostado cómodamente en el sofá, sin inmutarse por nada—. Lo que debería asustarte de verdad de esta sociedad competitiva en la que vivimos no es que se vuelva aún más competitiva y despiadada, sino la fuerza coercitiva que empuja a quienes se niegan a competir a convertirse incondicionalmente en fracasados.

—¿Fuerza coercitiva?

—Sí. Es verdad que uno puede decidir no luchar, no competir. De acuerdo. Pero ello no le libra de tener que hacerlo, no le exime de la lucha. Nadie vive fuera de la sociedad, recuérdalo. Nadie permanece ajeno a ella. Quien decide no competir será tachado de inmediato de fracasado. Para ganarse con creces el privilegio de no competir, antes uno habrá tenido que librar una encarnizada batalla. Esa es la contradicción. ¿Te das cuenta de hasta qué punto puede ser perjudicial usar la imaginación en un mundo así?

La sonrisa del canciller se dulcificó.

—Pero no nos pongamos tan serios —dijo—. Tomémonos las cosas con más calma.

Supongo que, poco a poco, tú también irás entendiendo que la imaginación te roba la fuerza para luchar en el mundo. Tú, siempre tan considerada con los demás, habrás tenido que reprimirte tantas veces… Pero ¿te has preguntado si eres feliz?

El tono de voz del canciller se volvió apenas un murmullo.

—¿Reprimirme…? —preguntó Nanami. No estaba del todo familiarizada con dicha expresión y experimentó una sensación desagradable al repetirla.

—Sí. Por consideración a los demás incluso casi no habrás podido ni respirar a su lado.

Qué agobio, ¿no? Y así, vas hundiéndote. Con cada una de esas acciones o gestos considerados, vas apagándote; vas quedándote sin fuerzas para luchar en el mundo.

»Siempre atenta a los demás, preocupada por el prójimo, pero, ¿sabes qué?, ninguna de esas personas va a acudir en tu ayuda cuando lo

necesites. Deja de limitarte tanto, deja de constreñir tu vida y sé libre. Libérate y piensa solo en ti misma.

—Libérate y piensa solo en ti misma… —repitió Nanami casi como hipnotizada.

Experimentó una oscura sensación en el pecho que le subía hacia la cabeza y que comenzaba a envolverla.

Agitó las manos tratando de sacudirse aquella sensación, pero la oscuridad se extendía y hasta la imagen del gato se diluía. Al momento, se hallaba en una nube gris.

«¡Lo siento, pero no me queda más remedio!».

La voz llegaba lejana y el tono era severo. ¡Era la voz de su padre!

«¡Estoy ocupado con el trabajo y no puedo acompañarte a la biblioteca siempre que quieras!».

En aquella nube oscura, se proyectaba el rostro adusto de su padre.

«Tengo que trabajar para traer comida a la mesa. Si te consintiera todos tus caprichos, no podríamos salir adelante, ¿no lo entiendes?».

Surgió la imagen de un hombre que llevaba una bata blanca. Era un médico. Se acercó a su padre.

«No debería llamar a la ambulancia a las primeras de cambio» —le reprochó el médico.

Se encontraban en una sala de urgencias, de madrugada. El facultativo lanzó una mirada reprobatoria a Nanami antes de volver a dirigirse al padre—. Comprendo su preocupación, pero la ambulancia no es un taxi. Hay cuidados básicos de los que debe ocuparse usted mismo».

Los rasgos del médico fueron desdibujándose y transformándose en los de una profesora de primaria, afectada de cierto nerviosismo.

«¡Nanami, supongo que no quieres convertirte en una molestia para los demás, ¿no? Así que es mejor que te quedes descansando, ¿de acuerdo?».

La sonrisa tensa impresa en la boca y el tono de voz irritante contrastaban con su voluntarioso intento de expresarse con claridad.

«Comprendo tus ganas de participar en el juego, Nanami, pero sabes que si lo haces te puedes poner mala, y al final todos salimos perdiendo».

Tampoco se le permitía nadar en la piscina. Lo importante era, sobre todo, no resultar una molestia para los demás…, no resultar una molestia…

—¿Por qué?

Escuchó aquella interrogación a sus espaldas, como caída del cielo. Nanami se giró de inmediato, pero no encontró a nadie.

—¿Por qué eras tú la única que no podía participar?

En aquella voz reconoció la suya propia. Trató de contestar que ella nunca había pensado así, que nunca se había quejado, pero aquella voz suya la interrumpió:

—¡Olvídate del resto y sé libre para comportarte como te plazca! Tus remilgos solo van a servirte para que te pisoteen.

Nanami permanecía inmóvil, envuelta en aquella nube de oscuridad, envuelta por aquellas palabras que caían desde arriba.

«Qué idea tan desagradable, ¿eh, Nanami? —Aquel envolvente bisbiseo provenía del canciller—. Pero ya es suficiente. Si sigues priorizando a los demás sobre ti, acabarás destrozada. No lo dudes; libérate y piensa solo en ti misma».

Aquel consejo del canciller era como música en los oídos de Nanami. Inspiró hondo para calmar la respiración, que empezaba a agitársele. Al hacerlo, escuchó un silbido procedente de su pecho.

Era un mal presagio, pero nada había que pudiera hacer en ese momento. Sentía el choque del conflicto en su cabeza: ¿debía seguir comportándose como lo había hecho hasta ahora o debía dejar de comportarse de ese modo? Un calor tibio empezó a extenderse desde la punta de sus dedos y la palma de sus manos hasta su pecho. Era un calor que trataba de abrirse paso entre aquella oscuridad que se había instalado en su interior, que trataba de empujarla afuera.

Se llevó los dedos a los ojos y notó una luz, y, desde esa luz, la voz del gato volvía a materializarse.

—¡Nanami!

Nanami volvió en sí. Se encontraba postrada de rodillas, sin fuerza en el cuerpo.

—¡Nanami! ¿Estás bien?

Tora la miraba con gran preocupación. El ritmo respiratorio se le había desbocado, produciendo unos soplos alarmantes.

—¿Eh? ¿Dónde estoy…?

—¡El inhalador! ¡Úsalo!

Nanami obedeció y extrajo de su bolsillo el inhalador. Aspiró de él lentamente.

Las ruedas dentadas volvían a girar entre insoportables chirridos y las nubes de vapor volvían a surgir de un lugar u otro de la gran mole mecánica. Libros nuevos en blanco volvían a salir despedidos y a golpear el suelo al caer.

Aquella nube de oscuridad que la había sumido en un profundo silencio solo parecía un extraño sueño.

—Qué susto me has dado, Nanami. Se te ha puesto un color malísimo. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy mejor, creo…

—Se te puso la cara del mismo color grisáceo que la del canciller.

—Ay, no digas eso, por favor. Es lo peor que podría pasarme.

La joven se llevó las manos al pecho y fue recomponiéndose poco a poco.

—Te desmayaste —indicó Tora.

—Fue como un breve sueño…

Todavía de rodillas, miró hacia el sofá. El canciller no se había movido de allí y mantenía la misma postura con las piernas cruzadas. Sin embargo, la sonrisa había desaparecido y, en su lugar, se había instalado una fría mirada.

—No pensé que recuperarías la consciencia —dijo—. La mayor parte

de la gente sucumbe a mi voz.

—Parece innegable que así sea —intervino Tora. Se había situado delante de Nanami en posición de defensa—. Libérate y piensa solo en ti misma. Suena bien, pero seguir tal consejo tiene sus riesgos.

Nanami se percató del dolor y la rabia que sentía Tora y le acarició la cabeza con mano temblorosa.

El breve tiempo que había permanecido hipnotizada o desmayada había sido suficiente para que el rostro se le cubriera de un sudor frío y el flequillo se le quedara pegado a la frente. Nanami se aferró a su mochila y mostró *La aguja hueca*, que guardaba en su interior. La cubierta del libro destelló, arrojando algo de luz a la penumbra imperante.

—Admiro tu fortaleza —musitó Tora.

—No es mi fortaleza, sino la de los libros.

—No. Eres tú.

Pese a que el tono de voz era incisivo, sus palabras albergaban blandura y calidez; una tibieza que reconfortó el congestionado pecho de Nanami.

—Debemos marcharnos —continuó Tora—. No podemos luchar contra ellos.

—Muy bien.

—Nanami…

—He dicho que muy bien, de acuerdo. Es solo que estoy desconcertada…

—¿Por qué?

Nanami sonrió a Tora. Las lágrimas empezaban a desbordársele.

—Me desconcierta no haberme dado cuenta antes de hasta qué punto he vivido reprimida —dijo la joven—. Creí que había hecho las cosas tal y como debían hacerse, pero… en realidad lo he hecho mal. Mi vida no ha sido más que un fracaso.

Nanami se enjugó las lágrimas. Respiró hondo y enderezó la espalda. El momento en que había quedado inconsciente había sido como una

pesadilla. Había escuchado su propia voz como si de la de alguien ajeno a ella se tratara. Si el gato se refería a su

fuerza para darse cuenta de las cosas, tal vez tuviera razón; tal vez podría decirse entonces que era fuerte.

—Comportarse caprichosamente no está justificado. Todo lo malo que uno llegue a hacer recaerá antes o después sobre uno mismo. Esto está claro.

—Pero no hay tantas personas que piensen así. Todo el mundo engaña alguna vez, miente y pisotea a otras personas. El mundo es así de retorcido. Si no actúas de tal modo, no podrás sobrevivir.

—Por eso palabras como las del canciller resultan tan convincentes para muchos.

Nanami apoyó las manos en el suelo, sin importarle ensuciárselas de hollín y aceite, y se puso en pie.

El canciller la miraba inexpresivo.

—No suena mal eso de hacer lo que a uno le plazca. Pero, si hacer lo que a uno le plazca significa pisotear al otro, entonces vas por mal camino.

Nanami le sostuvo la mirada al canciller, y, justo en ese instante, una de las máquinas se enfrascó en una actividad frenética. Sus pistones vibraban descontrolados, sus resoplidos de vapor parecían exhaustos y sus ruedas dentadas traqueteaban. Los soldados se detuvieron.

El canciller permaneció indiferente.

—¿De dónde sacas esa seguridad en ti misma? —preguntó.

—No lo sé —replicó Nanami—. Pero hay algo que tengo claro: sea lo que sea aquello que desees, necesitarás el apoyo de otras personas para conseguirlo.

—Eso es muy complicado. Y no hay muchas personas que sean así, como tú. Así que estoy convencido de que no te aguarda otro destino más que el de ser pisoteada por los demás.

—Te equivocas.

Nanami había respondido con suavidad, pero el canciller enarcó las cejas.

—Cuando lo he pasado mal, siempre he tenido a mi lado a alguien que me ha echado una mano. Siempre he tenido a alguien que me ha consolado y que me ha acompañado en el tren, e, incluso para emprender esta arriesgada aventura en el castillo, he contado con la compañía de este gato.

Tora dio un respingo, pero Nanami no desvió los ojos del canciller.

—Me lo dijo mi padre hace mucho tiempo: «Hija, no estás sola. Pide ayuda cuando la necesites. No te avergüences. Sabrás devolver esa ayuda cuando llegue el momento».

Su padre había sido su apoyo más importante para superar las limitaciones físicas. Ella no sabía si se le presentaría el momento adecuado para devolver la ayuda recibida, pero sabía lo mucho que le había costado llegar hasta donde había llegado. Sabía, por tanto, que no quería pisotear a nadie. Al contrario, deseaba encontrar personas a las que tender la mano para seguir subiendo junto a ellas.

Un rictus de dolor parecía haberse instalado en el rostro del canciller. Nanami no esperaba aquella reacción en alguien que tan afable actitud había mostrado al principio.

—Esto no lo soporto. —El canciller apretaba la mandíbula—. ¿No veis que solo trato de guiaros? ¿No lo entendéis?

—Eres tú quien no lo entiende. ¿Por qué temes los libros?

—¿Por qué temo los libros…?

Su voz rezumaba angustia y, de pronto, ya no parecía tan seguro de sí. Su rostro gris se crispó y, a continuación, se llevó las manos a la cabeza, incapaz de soportar el dolor.

—Las personas de buen corazón sucumben. Yo mismo lo he visto con mis propios ojos.

Solo sobreviven los malos. El buen corazón de las personas no es más que una vieja reliquia de otros tiempos. Pero es comprensible, porque cada vez somos más y más fuertes.

El canciller se mesaba el cabello y sacudía la cabeza.

—Llevo mucho tiempo comprendiéndolo, pero me doy cuenta de que no lo soporto.

A continuación, empezó a chasquear los dedos de una mano mientras se alborotaba el pelo con la otra.

Inesperadamente, la puerta de la sala del canciller se abrió y los soldados, rígidos como muñecos hasta ese instante, despertaron de su trance y se pusieron de nuevo en movimiento, para formar dos filas a cada lado de la alfombra.

—¡Largaos! ¡Me estáis amargando la tarde! —gritó el canciller a Nanami y a Tora. Acto seguido se encaró con la joven—. No me obliguéis a repetirlo mil veces, ¿de acuerdo?

¡Largaos antes de que se me acabe la paciencia!

El joven canciller ocultaba el rostro en la palma de sus manos, pero entre los dedos se percibía el centelleo de sus ojos. Entonces, Nanami notó que algo se movía lentamente detrás de él, y recordó haber experimentado algo similar con el general. Era algo negruzco a sus espaldas, que Nanami, completamente inmóvil, no podía dejar de mirar.

—¡Vámonos, Nanami! —gritó el gato—. ¡Esto tiene mala pinta!

La joven volvió en sí, pero siguió sin poder apartar la mirada del sofá donde se encontraba sentado el canciller, cuyo cuerpo empezaba a sufrir convulsiones y a retorcerse de dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Hay algo dentro de él —dijo el felino—. Mejor dicho, quizá él sea verdaderamente esa cosa que ahora forcejea por salir. Sea lo que sea, no es momento de hacerse preguntas.

—Pero parece estar sufriendo mucho. ¿Lo vamos a dejar así?

—¿Eh…? —gimió visiblemente sorprendido el canciller—. Pese a todo, ¿te preocupas por mí?

Apretó los dientes con fuerza. El dolor debía de estar consumiéndolo. Sin embargo, Nanami volvió a notar algo que la dejó atónita. Uno solo de los lados de la boca del canciller pugnaba por sonreír. Pero era una

sonrisa extraña, como congelada.

—Nunca me había encontrado con nadie igual. Eres una chica muy interesante —dijo.

Su timbre de voz no tenía nada que ver con el que había mostrado con anterioridad.

—¿Quién…, quién eres? —preguntó Nanami.

—Buena pregunta —respondió él con su sonrisa congelada. El timbre de voz era denso y profundo, la voz de un adulto—. Soy una creación. Es sorprendente… Me sorprende que todavía exista gente con un corazón como el tuyo.

La puerta de la sala del canciller, abierta hasta entonces, comenzó a cerrarse.

—No sé si dejaros ir o reteneros aquí —dijo el canciller con un tono melódico, como si entonara una canción.

El felino hizo una señal de aviso a Nanami y se abalanzó hacia la puerta. La joven corrió tras él. Ambos lograron alcanzar la sala del general. La sala permanecía vacía y Nanami, casi por instinto, se acercó a uno de los pedestales de piedra, reunió todos los libros de Lupin, los introdujo en su mochila e inmediatamente se apresuró hacia la salida.

Mientras corría, miró hacia atrás. Al otro lado de la puerta de la sala del canciller, ya casi cerrada por completo, el canciller seguía retorciéndose en el sofá. Sobre su cabeza continuaba extendiéndose una sombra informe y extraña, indefinible e inclasificable. La joven trató de no pensar más en ello y de poner todas sus energías en correr.

Por fin, ambos, ella y el gato, caminaban serenamente por el pasillo de pálida luz azulada. A pesar del alivio de sentirse a salvo, no hablaban. Algunos cambios que observaban a su alrededor los mantenían pensativos y en silencio.

—Ya llegamos. ¿Te quedan fuerzas para seguir? —preguntó Tora.

Nanami asintió. Sobre sus hombros colgaba la mochila repleta de libros.

—¿Pesa mucho?

—No demasiado. Metí unos cuantos libros, pero no pesan tanto.

Incluyendo *La aguja hueca*, diez volúmenes ocupaban el interior de la mochila.

—No es la fuerza de tus hombros la que sujeta esta mochila, sino la fuerza de tu determinación.

—Creo que el canciller también tiene mucha fuerza interior.

—¿Así lo crees?

—Y, sin embargo, lo hemos visto retorcerse de sufrimiento. Creo que dudaba.

—¿Dudaba…?

—Hace mucho tiempo, leí en un libro que quien olvida el camino de regreso a casa acaba aspirando a convertirse en emperador —dijo entre dientes Nanami—. Tengo la impresión de que tanto el canciller como el general han olvidado su camino de regreso.

Tora no ofreció ninguna réplica a aquellas palabras. Después de caminar un rato, por fin habló en su habitual tono suave.

—Nosotros hemos sido capaces de regresar, aunque por un momento… lo he dudado.

Si el canciller nos ha dejado marchar ha sido gracias a ti, a que has sabido mantenerle el pulso. No es poca cosa lo que has conseguido…

—¿Me estás elogiando? —Nanami sonrió tímidamente—. ¿Sabes? Lo que he hecho no tiene demasiado mérito, porque en realidad no he entendido ni la mitad de lo que el canciller decía.

—Bueno…, mejor.

Sin aflojar el paso, el gato continuó.

—No todo puede expresarse con palabras. Lo que expresamos al hablar no se limita al significado de las palabras, sino que tiene que ver más con nuestra voluntad, con aquello que deseamos expresar. El corazón va por delante. Primero va lo que este quiere expresar y, después, el significado literal de cada palabra. Es obvio. Pero el mundo de hoy funciona al revés. Todo son palabras sin corazón,

discursos férreos y fríos, sin rendijas por las que pueda colarse el espíritu.

—Qué raro. —Nanami contemplaba el lomo del gato, que caminaba levemente adelantado—. Lo que dices es bastante complicado, pero más o menos lo entiendo.

—Llegas a comprenderlo porque he puesto toda mi intención en que lo entiendas. Las palabras son un catalejo. Ellas te muestran lo que es invisible a los ojos. El problema es que también te ocultan lo que es visible. El canciller lo sabe y usa las palabras para manipular. Con sus juegos te impide ver lo obvio. Afortunadamente, tú no olvidaste que más allá de los límites del visor de ese telescopio sigue existiendo el mundo.

—No tiene tanto mérito por mi parte. Soy consciente de haber sido una carga para mucha gente a lo largo de mi vida, y precisamente por eso sé que lo que dice no es verdad. No sé si es muy rebuscado lo que trato de explicar…

Mientras Nanami hablaba, la luz pálida y azulada fue intensificándose paulatinamente.

Por otro lado, a pesar de la dramática experiencia vivida minutos antes, el ánimo de ambos se había calmado casi por completo. Quizá ese también era uno de los efectos positivos de la voz sedosa de Tora. En cualquier caso, la luz se había vuelto tan intensa que Nanami se vio obligada a entornar los ojos.

—Ha llegado el momento de despedirse por hoy —señaló Nanami.

—Eso parece.

—¿Hasta cuándo?

El felino permaneció pensativo durante unos instantes, pero enseguida, con la suavidad que le caracterizaba, dijo:

—Tú has recuperado a tu querido Lupin y el canciller ha dicho que no está interesado en robar más libros. Tal vez no sea necesario continuar con esto.

—Me parece que te equivocas, Tora. Esto no se ha terminado.

El felino se detuvo, pero no se volvió hacia Nanami.

—Vaya… —dijo y fue entonces cuando se giró lentamente hacia ella, en medio de aquel deslumbrante baño de luz.

—Tora, la unión hace la fuerza —dijo Nanami.

Un resplandor de astucia recorrió aquellos ojos verdes como el jade de Tora.

—¿La unión…?

—Esto no ha terminado, Tora. Debemos continuar. ¡Debemos detener los planes de los hombres grises!

Las últimas palabras sonaron lejanas, como si la luz misma se encargara de borrarlas.

Nanami permanecía de pie en un pasillo de suelo entarimado, con viejas estanterías de libros a cada lado y lámparas metálicas colgando del techo, sobre su cabeza. Y sentado en una de las sillas, al fondo del pasillo, esperaba pacientemente Rintaro.

Nanami nunca había visto a su padre tan enfadado. Lo cierto era que, aunque a Nanami pudiera parecerle demasiado estricto, Seiichiro era un hombre ecuánime. Era un hombre paciente y tranquilo. Quizá por eso aceptaba sin rechistar tan largas horas de trabajo, pensaba Nanami.

Pero aquel día estaba muy enfadado, excepcionalmente enfadado. Nanami se había presentado en casa poco después del mediodía, así que no podía ser porque su hija hubiese vuelto especialmente tarde a casa. Era posible, sin embargo, que anduviera ya algo irascible por la vez anterior, aquella en que Nanami sí que se había tomado un tiempo considerable para regresar. Pero la clave del problema no residía en la hora en sí, sino en las sospechas que se habían instalado en los pensamientos de su padre: se suponía que la joven debía limitarse a ir del instituto a la biblioteca y de la biblioteca a casa, y nada más, pero ahora tenía la impresión de que había algo más, de que estaba frecuentando algún otro lugar, en secreto, y en ello radicaba la causa del enfado.

Seiichiro telefoneó a la casa de Itsuka, preocupado por la tardanza de Nanami, que había abandonado el hogar muy temprano aquella mañana. Para su sorpresa, Itsuka no estaba con su hija, sino participando en una competición de tiro con arco.

En ese caso, ¿adónde había ido? ¿No le había asegurado que no saldría sola? ¿A qué venía aquel secretismo? Seiichiro fruncía el ceño y se le acumulaban las preguntas.

Aquel día, Nanami había tomado el tren sola para regresar a casa desde la librería Natsuki. Eso era todo. Pero, a su padre, aquello le había parecido una temeridad inadmisible.

—¡Solo quiero que entres en razón, Nanami! ¡Tu salud es delicada!

La voz resonaba implacable en el modesto espacio de la cocina.

—Que vayas a la biblioteca está bien, o que salgas de vez en cuando con tus amigas.

Pero que me mientas…, que mientas a tu padre… Y que tomes el tren para ir tan lejos…

¡Por ahí no paso!

—¡Perdona, papá, perdona!

¿Qué podía hacer Nanami aparte de pedir perdón?

—¿No te das cuenta de lo ocupado que estoy? ¡No me cargues con más preocupaciones de las que tengo!

—Descuida, papá.

Cabizbaja y con la mirada clavada en la mesa de la cocina, Nanami continuó hablando, en apenas un hilo de voz.

—Papá, ¿nunca vas a tener menos trabajo?

—¿A qué viene eso ahora?

Seiichiro se quedó atónito. La frialdad de su mirada hizo que a Nanami le diera un vuelco el corazón.

—El mundo es una jungla, Nanami, no una fantasía de color de rosa. Ni siquiera trabajando duro tenemos nada asegurado. Y, sin dinero, olvídate de continuar tus estudios en la universidad. Y basta que te despistes un poco para acabar apartada en los márgenes de la sociedad. Y entonces te pisotearán. No hay concesiones, Nanami, no hay concesiones.

La joven experimentó una sensación desagradable. Su padre, ajeno al malestar de su hija, prosiguió.

—Ya estás en segundo curso de secundaria, ¿no? Dime, ¿crees que vas a poder pasarte el resto de tu vida metida en la biblioteca, leyendo libros? Cuando termines tus estudios, estarás tú sola frente al mundo real. Y tendrás que sobrevivir. ¿O es que crees que va a acudir cualquiera a sacarte de tus apuros siempre que lo necesites?

Viniendo de alguien como su padre, a quien le encantaban los libros, a Nanami le dolía oír aquello. Entonces, se percató del origen de la mala sensación que le había sobrevenido: había alguna similitud entre el discurso de su padre y el que habían pronunciado el general y el canciller. No solo había similitudes… ¡Era el mismo discurso! Acabarás pisoteada, tendrás que sobrevivir, nadie acudirá a ayudarte… Era básicamente lo mismo.

Pese al cansancio, la muchacha alzó la vista. Se estremeció. El rostro de su padre se asemejaba al de uno de los hombres grises. No entendía por qué, pero efectivamente su piel había adoptado un color grisáceo.

Un soplo seco resonó en el pecho de Nanami. Le costaba respirar.

—¡Hija! ¿Estás bien? —preguntó su padre, visiblemente preocupado. Pero Nanami no se sintió con fuerzas de mirarlo a los ojos—. ¿Es un ataque asmático? —preguntó—. Tu inhalador, tu inhalador…, ¿dónde está?

Nanami lo extrajo de su bolsillo y aspiró una dosis.

—¿Lo ves? —le reprochó su padre—. Estas son las consecuencias de hacer las cosas a tu antojo. ¿Adónde has ido? ¿Qué has estado haciendo?

La voz de su padre se alejaba… Nanami se llevó las manos al cuello, empapado en sudor frío. Una difusa penumbra empezaba a adueñarse del espacio de la cocina y, allí, en la misma cocina, Nanami creyó ver una figura que vestía un traje gris.

«Soy una creación…». «Caminamos juntos, somos inseparables…». Recordó aquellas palabras, pero ¿qué diablos significaban? ¿No las había oído en aquel otro mundo?

¿Acababa de recordarlas porque a su lado tenía uno de esos hombres grises?

Entre aquellas cuestiones se debatía cuando notó que algo tiraba de ella o la aspiraba; mejor dicho, que le arrebataba todas sus fuerzas y la dejaba vulnerable. Sintió que todo a su alrededor se nublaba y, entonces, se desplomó sobre la mesa.

3

Soy quien prolifera

Hacía mucho tiempo que no tenía que guardar cama por la fiebre. Inmóvil, en el lecho, Nanami pasaba las horas con la vista fija en el techo. Fue desde aquella tarde que regresó sola en tren desde la librería Natsuki.

Aquella experiencia, fuera de casa y llena de tensión, debía de haberla dejado agotada.

Según le explicó su padre después, se había desmayado y había permanecido sin conocimiento, recostada sobre la mesa. También le explicó que, pese a la fiebre alta, no había manifestado ningún síntoma de ataque asmático y, por tanto, no había llamado a la ambulancia. Su enfado amainó de inmediato e hizo lo posible por que su hija se recuperara guardando cama.

Nanami conservaba recuerdos entrecortados de aquella convalecencia. Su padre se había quedado junto a ella todo el tiempo, llegado el atardecer y entrada la noche.

Cuando por fin recuperó el conocimiento por completo, el azul del día se entreveía entre el fino resquicio de las cortinas.

—Perdona, papá. Me he pasado de la raya, ¿verdad?

Seiichiro respiró aliviado al oír a su hija. Su rostro aún mostraba la tensión del enfado del día anterior, pero se había suavizado y los tonos grises se habían esfumado tras una noche entera cuidando de Nanami.

—Hija, ¿tengo algo en la cara?

Nanami negó con la cabeza y se hundió bajo el edredón, tratando de eludir la mirada extrañada de su padre. Era su padre de siempre: un poco severo, pero atento en todo momento a cada gesto de ella; constantemente a su lado cuando le necesitaba.

Se quedó pensativo.

—Mira, no voy a pedirte que me cuentes adónde fuiste ni qué estuviste haciendo. A tu edad es normal tener secretos. Solo te pido una cosa: no hagas nada que te perjudique.

Sabes que tu salud es frágil.

Nanami descubrió solo los ojos bajo el edredón y asintió con la cabeza.

—¿Lo prometes?

Volvió a asentir con la cabeza.

Entonces, reparó en la hora que era. Faltaba poco para el mediodía y, sin embargo, su padre se encontraba junto a ella, vestido con ropa de andar por casa, sin la habitual corbata de los días laborables anudada al cuello.

—¿Y el trabajo?

—¿No querrías que te dejara sola, en tu estado? Me he tomado el día libre.

—¿En serio?

—No te hagas ilusiones, que a lo mejor mañana vuelvo a trabajar, ¿eh? Ya veremos.

Pero al menos hoy me quedaré en casa.

—¿De verdad, papá?

El rostro de Nanami se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja. Ahora no podía separar los ojos de los de su padre.

—No es para tomárselo a la ligera, hija. No te imaginas la cantidad de trabajo que tengo acumulado. Como muy tarde, me gustaría volver a la oficina mañana por la tarde. Así que ¿me harás el favor de ponerte bien pronto?

Nanami hizo un sucinto gesto de asentimiento y volvió a esconder el rostro bajo el edredón, en esta ocasión para ocultar la alegría, que se le desbordaba sin poder remediarlo.

Seiichiro suspiró y, por fin, se puso en pie.

—Papá… —dijo Nanami con timidez.

—¿Sí?

—Lo siento.

Seiichiro frunció el ceño, pero enseguida relajó la frente y meneó la cabeza.

—Está bien, hija.

Su voz sonó cálida. A continuación, se rascó la cabeza y miró hacia la ventana. Entornó los ojos ante la intensa luz que penetraba a través de las cortinas.

—Últimamente, he estado saturado de trabajo. Pero pensaba que debía hacerlo por ti.

Quizá… lo he llevado demasiado lejos.

Nanami era todo oídos. Lo cierto es que no esperaba nada que sonase a confesión por parte de su padre.

—Por eso, precisamente, creo que me irritó tanto que me mintieras y salieras sin mi permiso. Ahora, lo importante es que te pongas bien. Será mejor que tampoco vayas a la biblioteca hasta que estés completamente recuperada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó ella, obediente, y añadió—: En ese caso, ¿me dejarás entrar en tu estudio?

—¿Piensas leer aun estando así?

—¿No puedo?

—No es que no puedas, pero…

—¿Le estás tomando manía a los libros?

Nanami pensó en el mucho tiempo que hacía que no dialogaba de aquella manera con su padre.

Seiichiro parecía dubitativo y Nanami lo miró desde el borde del edredón.

—Es que ayer dijiste que no llegaría a nada en la vida si no hacía más que leer libros.

—¿Dije eso? —preguntó él lleno de perplejidad. A continuación, suspiró—. Sí, puedes entrar en mi estudio cuanto quieras.

—¿De verdad?

—Pero sin pasarse, ¿eh? Tienes que prometerme que descansarás. Si vuelve a subirte la fiebre, no te dejaré leer.

—Lo prometo. —Nanami trató de sonar lo más seria posible.

Lo cierto era que la joven no se encontraba especialmente mal y, aunque lamentaba no poder acudir a la biblioteca, la oportunidad de quedarse en casa y leer tanto como quisiera tenía su propio encanto. Se acurrucó en la cama, dejándose abrazar por una agradable sensación de calor que la llenaba.

De apenas nueve metros cuadrados, el despacho de su padre no era precisamente amplio, pero los libros se apilaban y apretaban en sus estanterías sin dejar hueco. Tenía una mesa y una silla instaladas junto a uno de los rincones, pero raras eran las ocasiones en que trabajaba allí.

Al llegar la tarde, Nanami se trasladó al despacho, tomó asiento ante la mesa y contempló aquella abundancia de libros. Naturalmente, eran libros que su padre había ido acumulando y la mayor parte de ellos contaban con un nivel de dificultad todavía inalcanzable para ella. Seiichiro trabajaba en una sociedad bursátil y muchos de ellos estaban relacionados con su profesión —libros de economía, de política…—, pero abundaban más los de materias distantes, como la filosofía, la literatura, la ética y otros gruesos volúmenes de diversa índole y complejidad notable; todo un majestuoso repertorio de libros que, por alguna razón, la trasladaron mentalmente a aquel lejano castillo mientras los observaba.

Pensó en el canciller y en el extraño aspecto que había adquirido al final de su encuentro, hablándoles, primero, de manera afable; dejándose llevar, después, por cierto enfado, y retorciéndose de dolor al final, hasta echarlos de la sala.

Los ojos de Nanami se posaron sobre uno de los estantes, aquel que albergaba los libros de ilustraciones que había leído de niña. En un extremo, localizó *La aguja hueca*, la novela perteneciente a las obras completas de Lupin, aquella misma que había rescatado de la sala del general.

En la segunda visita, se había llevado las otras nueve. En cuanto llegó

a la librería Natsuki, el peso de todo aquel conjunto de volúmenes volvió a ser el normal y a recaer sobre los hombros de Nanami con toda su gravedad. Los dejó en la librería. Todos menos uno: *La aguja hueca*. Su intención era, en cualquier caso, pasarse de nuevo por allí cuando se encontrara mejor y, junto con *La aguja hueca*, devolver los diez volúmenes a la biblioteca.

Aquel plan, sin embargo, solo solucionaría una pequeña parte del problema. Todavía quedaba una buena cantidad de libros en la sala del general y seguramente otros muchos en las otras estancias del castillo.

El gato también había advertido de la necesidad de detener a los hombres grises. Y, además, estaban aquellas frases a las que Nanami no encontraba ningún sentido y que no se quitaba de la cabeza: «Caminamos juntos, somos inseparables» y «Soy una creación». Se las había repetido a Rintaro aquel día en la librería, pero este, después de meditar durante unos instantes, se había limitado a decir que necesitaba más tiempo.

Nanami decidió pedirle a su padre que la acompañara a la librería Natsuki en cuanto se recuperase. Quizá Rintaro diera con alguna idea importante, pero no le apetecía volver a salir sola, así que iría con Seiichiro. Aunque no sabía cómo se las arreglaría para explicárselo a su padre, se sentía confiada en poder hacerlo, sobre todo tras la actitud conciliadora de este aquella misma mañana. Tal perspectiva positiva le dio fuerzas.

—En cuanto me ponga bien, iremos a la librería Natsuki —dijo Nanami en voz alta, como para sellar su decisión. La situación requería tomar decisiones rápidas.

Nanami echó un vistazo por las estanterías en busca de algún libro que leer, con la idea de atreverse tal vez con alguno de los gruesos volúmenes, aunque también seducida por la nostalgia de los libros de ilustraciones. Esa noche se acostaría pronto, pero tendría todo el día siguiente para leer. Además, su padre estaría con ella, por lo menos hasta el mediodía. Con esos pensamientos, Nanami no pudo evitar que una nueva sonrisa aflorara en sus labios.

Pero aquella noche no pudo dormir, quizá porque había dormido hasta el mediodía. Ya era más de medianoche y no había pegado ojo.

Se incorporó al notar cierta agitación en el pecho, preguntándose a

qué podría deberse.

Miró entre las cortinas. Llovía. El frío de la noche, unido a la lluvia y a la débil luz de las farolas, creaba un ambiente desolador.

Se levantó para beber agua y salió al pasillo, pero se detuvo en seco. Enfrente tenía las escaleras que conducían a la planta baja, a la derecha la habitación de su padre y, a continuación, el estudio. Por el estrecho resquicio de la puerta salía un tenue haz de luz.

Se preguntó si su padre estaría allí, aunque enseguida desechó la idea: la luz que se filtraba hacia el pasillo no se correspondía con la luz blanca de la lámpara del estudio.

Se acercó caminando de puntillas hasta la puerta del estudio y la empujó con suavidad.

Como esperaba, su padre no estaba allí; en su lugar, una pálida luz azulada bañaba el interior. Nanami conocía aquella luz.

Como invitando a Nanami a entrar, la luz tembló.

—Pero ¿por qué aquí? —se preguntó entre susurros.

A diferencia de las anteriores ocasiones, la luz no marcaba el inicio de ningún pasillo. El estudio mantenía sus cuatro paredes intactas. Lo que emitía la luz era el ejemplar de *La aguja hueca*, instalado en el extremo de uno de los estantes.

Alargó la mano para tocarlo y, entonces, oyó una voz familiar.

—Disculpa que aparezca por aquí a estas horas…

Era la voz grave y sedosa de Tora. Nanami se giró de golpe y, bajo la estantería opuesta, halló la figura del felino. Después de lo vivido los días anteriores, no le pilló por sorpresa. Tampoco se alegró: Tora no parecía el mismo. A pesar de que sus puntiagudas orejas y sus ojos de jade eran los de siempre, el pelaje estaba alborotado y respiraba agitadamente. Parecía extenuado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nanami.

—Algo horrible. Los hombres grises han puesto en marcha la última fase de su plan.

Un tono de gran preocupación recorría su voz, y Nanami reparó en que una zona de su pelaje estaba chamuscada.

—Pero ¿qué te ha ocurrido?

—No hay tiempo para explicaciones, pero necesito que me prestes tu fuerza.

Era la primera vez que alguien le pedía encarecidamente que lo ayudara.

—Nanami, nunca quise meterte en este lío, pero en este momento eres la única persona que puede desbaratar sus planes.

—¿Cómo? ¿Los planes de quién? ¿Del canciller, del general?

—Tanto el general como el canciller son solo manifestaciones particulares de un amplio problema de la naturaleza humana. Para ellos, tú representas a quien no encaja en sus esquemas. Los has asustado y quieren acelerar la última fase.

Tora meneó la cabeza.

—No, no quería involucrarte en esto, Nanami, pero te necesitamos. —Miró fijamente a la joven—. Necesito tu fuerza.

—Comprendido —contestó ella sin dilación y de manera firme y decidida.

Tora abrió los ojos cuanto pudo.

—¿Te sorprende mi respuesta? —preguntó Nanami frunciendo el ceño.

—No. Es solo que me ha traído buenos recuerdos.

—¿Buenos recuerdos?

—Sí. Hubo una vez en que un niño tuvo que prestarme su fuerza para proteger y cuidar los libros; un niño al que yo, erróneamente, había tomado por débil y apático, pero que era valiente y generoso. Aunque era tan distinto a ti, me recuerdas a él, por extraño que parezca.

Los ojos se le habían humedecido de emoción. No era habitual que los sentimientos le afloraran de manera tan intensa.

Naturalmente, Nanami desconocía aquello a lo que Tora se refería, pero tuvo la impresión de conocer al joven que había mencionado.

—No sé si podré estar a la altura de ese chico del que hablas. Me temo que no —dijo—.

Y, por mucha voluntad que le ponga, siempre he tenido una salud frágil.

—¡No te eches atrás ahora! ¡Esa fuerza de voluntad tuya, pura y honesta, es precisamente la mejor arma para salir victoriosos en esta misión! ¿Por qué crees que nos encontramos en la biblioteca? Ahora lo entenderás. No fue por casualidad. Fue porque yo sabía que tenías la fuerza necesaria para salvar los libros. Yo provoqué nuestro encuentro.

—Desde el principio supe que no había sido por casualidad —repuso Nanami y soltó una leve risita.

La mirada siempre impasible de Tora pareció estremecerse y, entonces, bajó la cabeza lentamente.

—Gracias por todo, Nanami.

Fue un agradecimiento hondo, sin un ápice de la acostumbrada actitud algo irónica del felino.

—Bien, ¿y qué debemos hacer? No veo ningún pasillo por aquí —dijo la joven.

—Lo hay —replicó Tora, apuntando con la mirada detrás de sí.

Nanami no comprendió el gesto, pero enseguida se dio cuenta de que detrás de él se abría un agujero del tamaño de un gato, demasiado pequeño para ella.

—Es muy pequeño…

—Es nuestra última oportunidad. La fuerza de los libros ha disminuido hasta las últimas.

—Pero ¿cómo voy a acompañarte?

—La biblioteca…

Nanami permanecía atónita.

—¿La biblioteca?

—Sí. Allí hay muchos libros. Tantos que todavía reúnen fuerzas suficientes como para mantener abierto el pasillo de otras veces. Recuerdas el lugar de entrada, ¿verdad?

—Lo recuerdo. Pero no son horas de… —Nanami dirigió la mirada al reloj colgado en la pared. Naturalmente, aún era noche cerrada—. La biblioteca no abre las veinticuatro horas del día.

—No importa. Podrás entrar —aseguró el gato. Miró con convicción a la sorprendida y un poco incrédula Nanami—. Solo lo entenderás cuando llegues. Veo que tienes dudas al respecto, ¿eh?

Nanami negó con la cabeza.

—Hace un mes, las habría tenido… A estas alturas, no.

—¡Perfecto! En ese caso…, ¡adelante! ¡No hay tiempo que perder!

—Puedes confiar en mí. Pero no hagas las cosas por tu cuenta, ¿de acuerdo? —Tomó el rostro del gato entre sus manos.

El lastimoso aspecto del felino no dejaba de inquietar a Nanami. Parecía completamente consumido, como si fuera a tragárselo la nada más absoluta en cualquier momento.

Tora confió su peso a las manos de Nanami y miró a la joven a los ojos. Nanami dijo:

—Espérame en la biblioteca.

Tora asintió débilmente con la cabeza, entre las manos de Nanami.

De pronto, se oyó una voz proveniente del pasillo de la casa.

—Nanami, ¿hay alguien ahí?

Era Seiichiro.

Tora guiñó un ojo a Nanami.

—Te espero. Eres mi última esperanza —susurró antes de desaparecer por el diminuto corredor, justo en el momento en que la puerta se abría.

Nanami se puso en pie a tiempo para ver a su padre, en pijama, entrar en el estudio. La luz pálida y azulada se había apagado y al estudio apenas llegaba cierta claridad del exterior, a través de la pequeña

ventana situada sobre las estanterías.

—Pero ¿qué haces levantada a estas horas?

Seiichiro ahogaba un bostezo y oteaba, malhumorado, a un lado y otro del estudio, sin dar con nada fuera de lo normal.

—Estás a oscuras y… ¿hablabas con alguien?

Buscó el interruptor y encendió la luz. Nanami entornó los ojos ante la súbita luz de la lámpara.

—Una cosa es que te gusten los libros, hija, y otra muy distinta es que estés levantada a estas horas de la noche, cuando ni siquiera aún te has recuperado. ¿Qué te propones?

—Lo siento, lo siento…

—¿Te parece normal? A mí, no.

Ante el nuevo enfado de su padre, Nanami se quedó paralizada. No, no era normal, obviamente, pensó Nanami. Nada de lo que había pasado durante la última semana había sido normal: ni hacerse amiga de un gato que habla, ni atravesar un pasaje de pálida luz azulada para enfrentarse a unos hombres de rostro grisáceo. En cualquier caso, aunque nada de aquello fuera normal, no podía volverle la espalda.

De pie, en el centro del estudio, Nanami apretaba los labios y, sonrojada, miraba a su padre. Él, con el rostro tenso, le devolvía la mirada.

—Nanami…, ¿qué ocurre?

—Papá, quisiera pedirte una cosa —se atrevió por fin a decir la joven, con las manos apretadas sobre el pecho.

Seiichiro intuía que algo no iba bien.

—¿Qué tienes? ¿A qué viene esa cara de preocupación?

—Sé que para ti esto no tendrá sentido, pero necesito ir a la biblioteca.

La perplejidad que reflejó el rostro de Seiichiro solo era proporcional a su deseo de entender lo que su hija acababa de decirle. Parpadeó dos

veces, tres veces, y dijo:

—Por supuesto que sí, hija mía. En cuanto estés bien, iremos los dos juntos, igual que antes.

—No, no puedo esperar a ponerme bien.

—¿No puedes esperar? Pero si, tal vez, mañana ya…

—Nada de mañana. Ahora.

Su padre no replicó.

—Pensarás que me he vuelto loca —continuó Nanami—, pero es importante. Si no voy ahora, todo estará perdido.

—Nanami… —Seiichiro estaba estupefacto—. Eso es imposible.

—Papá, sé que es absurdo, pero…

—Vale, un momento. Explícame qué está sucediendo y, entonces, veremos…

—Te lo explicaré. ¡Te lo aseguro! Pero ¡ahora no hay tiempo! ¡Cada minuto cuenta!

—¡Basta de tonterías! —zanjó Seiichiro. El sueño se le había ido por completo y ahora, profundamente marcadas las arrugas del ceño, solo estaba contrariado. Muy contrariado—. Primero me mientes y haces que me preocupe, y ahora esto, ¡en plena noche! ¿Te parece bonito? Sí…, ya sé que he estado demasiado volcado en el trabajo, y te he pedido perdón por ello. Pero creo que te estás tomando demasiadas licencias…

—Lo sé, papá. Comprendo tu preocupación, pero…

—Pues si la entiendes…

—Pero me han pedido ayuda. —La voz firme de Nanami reverberó en el estudio.

La sorpresa hizo enmudecer a Seiichiro. Fue entonces cuando Nanami se dio cuenta de que aquella conversación no iría a ninguna parte. Comprendió el enfado de su padre y lo inverosímil de sus propias palabras.

Su hija asmática no solo volvía tarde a casa, sino que también tomaba

el tren para ir sola a un lugar considerablemente alejado de casa y ahora insistía en salir a altas horas de la noche.

Su padre tenía razón, pero…, pero no podía quitarse de encima la imagen de Tora, su cuerpo maltrecho y su mirada cansada y suplicante, además de aquella área quemada de pelo. No se hacía la más remota idea de qué podría haberle ocurrido, pero sin duda había sido algo serio.

—Un amigo me necesita…

—¿Un amigo?

—Papá, ni siquiera yo entiendo qué está pasando. Pero un amigo mío necesita mi ayuda. Tú mismo me lo decías: espero que te conviertas en una mujer que sepa tender la mano cuando alguien lo necesite a su alrededor.

Seiichiro captó la vehemencia de su hija y la escuchó con atención, sin interrumpirla.

—Me decías que las personas no somos islas incomunicadas, que necesitamos el apoyo de los demás, y que, incluso si no nos damos cuenta, dependemos de mucha gente. Me recordabas la cantidad de veces que he necesitado ayuda y me decías que, por eso, uno debe ser agradecido y tender la mano cuando sea necesario. Y que te gustaría que yo lo hiciera.

El significado de aquellas palabras parecía diluirse poco a poco. Había transcurrido tanto tiempo desde la última vez que le había oído decir aquello a su padre que no se explicaba cómo podía recordarlo.

Con el rostro circunspecto, Seiichiro escuchaba en silencio. Alzó la vista al techo y la bajó a sus pies. Se llevó una mano a la frente y, después, meneó la cabeza lentamente.

—Nanami —dijo por fin como si hablar le hubiera supuesto un esfuerzo—. No vas a salir de casa.

—Pero, papá…

—No vas a salir y no hay más que hablar —gruñó y abandonó el estudio.

Nanami permaneció inmóvil, rodeada de silencio. La lluvia arreciaba al otro lado de la ventana. La biblioteca no quedaba a demasiada distancia de casa, pero aventurarse a salir bajo la lluvia no sería sencillo. Y, además, debía eludir la vigilancia de su padre.

«Eres mi última esperanza», había dicho el gato antes de ocultarse, dejando aquellas palabras resonando en la cabeza de la joven, que, llena de angustia, se mordía los labios.

Su padre abrió de nuevo la puerta del estudio y Nanami temió que insistiera en hacerla volver a la cama. Sin embargo, al girarse hacia él, vio que llevaba puesta una chaqueta y que del brazo izquierdo colgaba su abrigo verde claro.

—La biblioteca, ¿no? —dijo con voz agotada. En su mano derecha brilló algo. Eran las llaves del coche.

Nanami no daba crédito a lo que estaba viendo.

—¿Seguro que te encuentras lo suficientemente bien para ir? —preguntó Seiichiro.

Nanami asintió con la cabeza, sin salir de su estupor, incapaz todavía de pronunciar palabra alguna.

—¿No decías que no había tiempo que perder? ¿A qué esperas para vestirte?

—¿Papá…?

—Afuera llueve, así que ponte el abrigo y no olvides el inhalador.

El rostro de su padre se distorsionó tras la veladura de lágrimas que brotaron en los ojos de Nanami.

—Esta niña… —Su padre meneó la cabeza una y otra vez—. Ay, esta niña…

Y le puso el abrigo sobre los hombros a Nanami.

Su padre guardó silencio durante los cinco minutos que duró el trayecto en coche, entre calles desiertas de gente y de tráfico. En ningún momento insistió en que su hija le diera explicaciones de lo que estaba sucediendo.

En cuanto dejaron el coche en el aparcamiento adyacente, Nanami observó una suave luz al otro lado de la entrada, una luz que

continuaba hacia el interior de la biblioteca, haciendo visible un pasillo que parecía temblar imperceptiblemente. El pasillo, con espacio apenas para permitir el paso de una persona, era aún más estrecho que aquel que había visto en la librería Natsuki.

Sin tiempo que perder, Nanami se desabrochó el cinturón de seguridad y se puso el abrigo.

—Hija, no puedo acompañarte, ¿verdad? —dijo Seiichiro desde el asiento del conductor. Seguía tan confundido como al principio.

Nanami se preguntó qué estaría pensando de ella.

—No creo que la mayoría de los padres fuera capaz de hacer esto: traer a su hija a la biblioteca a altas horas de la madrugada —continuó él en un tono sereno a la vez que

mantenía la mirada puesta en la entrada de la biblioteca— y despedirse de ella con una sonrisa.

Nanami guardó silencio. Sin saber qué añadir, Seiichiro volvió la mirada al frente, al parabrisas golpeado por cientos de miles de gotas de lluvia, y, finalmente, susurró:

—No somos islas. —Era lo que Nanami había dicho unos minutos antes, en el estudio—

. Mamá siempre lo decía.

—¿Mamá?

—Sí. No sé por qué has dicho lo mismo que ella solía decir. Qué recuerdos me trae…

Fue como si la hubiera oído a ella misma decirlo, y entonces tuve la impresión de que me comunicaba que debía escucharte.

Nanami contenía la respiración para no perderse ni una sola de aquellas palabras de su padre.

—Tu madre era como tú. Un poco débil físicamente, pero con un gran corazón. Ella siempre decía que nos necesitábamos los unos a los otros, que la única manera de superar las dificultades del día a día era dándonos apoyo los unos a los otros, y que si lo estabas pasando mal nada de malo había en pedir ayuda, porque esa ayuda podría ser

devuelta de un modo u otro.

Nanami no sabía que su madre decía aquello. Desde su fallecimiento, su padre no solía hablar de ella.

—Quizá ya no haya tanta gente que piense igual —continuó Seiichiro —. Ahora parece que lo normal es pensar solo en uno mismo, y creo que yo también me he comportado de manera egoísta y que no he sabido apreciar todo lo bueno que tú me das, Nanami, cada día.

El coche se hallaba a resguardo de la lluvia, bajo el techo del aparcamiento, de cuyo borde se desprendía una ininterrumpida cortinilla de gotas.

—El mundo va cambiando poco a poco. Es natural. Pero hay algunas cosas que nunca deberían cambiar. Cosas muy importantes que no deben perderse y que se encuentran en los libros. Por eso tu madre y yo queríamos que leyeras, que te aficionaras a la lectura.

Aquel discurso de su padre había pillado por sorpresa a Nanami. Por esa razón guardaba silencio mientras contemplaba el movimiento de las hojas de los arbustos mecidas por la lluvia, como si bailaran un vals.

—Si se lo hubieras pedido a tu madre, ella te habría traído aquí a la primera, sin cuestionarse nada.

Se volvió hacia Nanami con una sucinta sonrisa.

—Prométeme una cosa, Nanami. De vuelta a casa, me explicarás todo lo que ha pasado,

¿de acuerdo?

Nanami asintió con la cabeza.

—¿Te has acordado de traer pañuelos de papel, por si acaso?

Aquello era lo de menos, pero Nanami asintió de nuevo con la cabeza.

—¿Y el inhalador?

Nanami sonrió.

—Ni que fuera a emprender un largo viaje.

—No importa la distancia…

Las manos aferradas al volante, Seiichiro suspiró.

—Vamos, Nanami. No pierdas más tiempo. —Le temblaba la voz—. Y regresa lo antes posible, ¿quieres? Estaré esperándote aquí.

Nanami movió enérgicamente la cabeza, de arriba abajo, y salió del coche.

Se detuvo ante la entrada del edificio y se volvió para mirar atrás. Su padre había salido del vehículo y permanecía de pie, a su lado.

La joven agitó las dos manos en señal de despedida.

—¡Papá, te quiero!

Y acto seguido y sin más dilación, desapareció por el estrecho pasaje.

El pasadizo alumbrado por la pálida luz azulada conducía más allá de la puerta de entrada a la biblioteca, dejaba atrás el vestíbulo y el mostrador de préstamos, ascendía por las escaleras y alcanzaba la sección de literatura francesa, y, por fin, tuvo ante ella aquel corredor flanqueado por estanterías enormes, por el que se había internado con el gato una semana antes.

Nanami corrió adelante sin dudarlo. Era realmente extraño que ningún síntoma asmático hubiera hecho aún su aparición.

Como en la ocasión anterior, una deslumbrante luz iba envolviendo el lugar a medida que se avanzaba, y, cuando Nanami pensó que debía de faltar poco para llegar, se elevó ante ella, todavía distante, la silueta del castillo.

Enseguida se percató de los diversos cambios acaecidos en la estructura de piedra del edificio. Ahora, su muralla parecía alargarse a derecha e izquierda, sin solución de continuidad, e incontables torres se alzaban, muchas más que la vez anterior, dándole al castillo el aspecto de una gran fortaleza. Toda una hilera de banderas grises, en densa sucesión, orlaba una amenazadora serie de cañones grises que asomaba por debajo.

Pero lo que le hizo tragar saliva a Nanami no fue tan notable incremento de las capacidades defensivas del castillo, sino el humo y las llamas que surgían aquí y allá, desde diversos puntos del edificio.

¡El castillo estaba ardiendo! Era un incendio de tales dimensiones que una capa negra de humo, teñida de destellos rojizos, llegaba a cubrir el cielo por entero. A veces, Nanami podía sentir en su rostro una brisa caliente proveniente de allí, y el olor a chamuscado que esta portaba.

Nanami se quedó paralizada, con la vista fija en el portón de entrada. Sobre el puente levadizo, la esperaba Tora, enmarcado en el fulgor de las llamas a sus espaldas.

Juntos cruzaron el puente levadizo sin intercambiar una sola palabra de saludo y atravesaron la muralla. El interior había cambiado y estaba constituido por un intrincado laberinto de pasajes de suelo y muros de piedra que el gato, ligeramente adelantado a Nanami, recorría sin ninguna vacilación.

En ocasiones, se intensificaba el olor a humo y el aire llegaba preñado de calor, o se oía el crepitar del fuego, pero, al momento, todo ello se alejaba de nuevo. A veces, se

cruzaban con soldados de rostro gris que corrían de un lado a otro, inexpresivos como siempre.

La altura de los muros impedía ver las llamas, cosa que no resultaba precisamente tranquilizadora, pero dejaba ver el cielo, que se iba tornando cada vez más negro y rojizo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nanami.

—Han sido los hombres grises. Ellos han prendido fuego al castillo. Su intención es quemarlo.

Resultaba increíble. El gato, en cualquier caso, continuaba caminando decididamente.

—Su plan inicial era tomarse más tiempo para acabar con los libros del mundo, pero las circunstancias han cambiado. Hubo algunos imprevistos y el principal fue que apareciste tú.

Tora guiaba a Nanami, eligiendo qué bifurcación tomar. De vez en cuando, ascendían algunos escalones. La sensación de calor en el aire aumentaba.

—Muchas personas han visitado este castillo hasta ahora. Casi todos

sucumbieron a la mentalidad imperante aquí, al piensa solo en ti mismo.

—Y acabaron olvidándose de los libros…

—Efectivamente. Quienes olvidaron los libros cosecharon importantes éxitos tras su regreso a la sociedad. Perdieron su creatividad y su capacidad para imaginar y se armaron de crueldad. Engañaron, extorsionaron e izaron la bandera de la libertad sobre el cadáver de sus víctimas; todo según los planes de los hombres grises. Pero apareciste tú. Tú eras diferente.

Una ráfaga de aire caliente los sorprendió al doblar una esquina. Allí, por fin, se abría el espacio: se encontraban frente al patio del castillo. Como la vez anterior, el altar central permanecía cubierto de ceniza y hollín, pero, a diferencia de aquella, las llamas volvían a adueñarse de él, como en la primera ocasión. Eran llamas terribles. Varios soldados de rostro gris cargaban con cubos de agua mientras otros deambulaban desperdigados, sin rumbo fijo, y algunos más contemplaban, absortos, las llamas.

Esquivando las chispas y las pavesas flotantes, caminaron en dirección a la escalera de piedra.

—Yo me limité a no hacer caso de lo que me decía el canciller. Nada más… —gritó Nanami.

—Eso sobrepasó sus límites de comprensión. Y no solo no tuviste miedo, pese a las amenazas, sino que te permitiste el lujo de llevarte algunos libros.

—Me parece lo normal, lo que cualquiera habría hecho en mi lugar.

—Te resististe a las palabras embaucadoras del canciller. Incluso te atreviste a negarlas en sus propias narices. Hiciste tambalear su confianza en sí mismo. Y, por tanto, hiciste tambalear los cimientos de su propia existencia. No me extraña que se retorciera de aquella manera…

Tora alcanzó los primeros peldaños de la escalera de piedra y se volvió hacia Nanami.

—Y, por si fuera poco, te mostraste preocupada por él.

A continuación, alzó la vista hacia lo más alto de las escaleras y comenzó a subir, escalón a escalón, en un desolador panorama de

temblorosos resplandores rojos proyectados sobre bruma negruzca.

—Ese hombre quería ganarte para su causa y el tiro le salió por la culata. Entonces, tomó una decisión: tendrían que actuar con mayor rapidez aún.

Al alcanzar el final de la escalera, el felino se giró lentamente y Nanami sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Desde aquella altura, se divisaba la inmensa e inabarcable extensión de las llamas. Era imposible saber cómo habían llegado hasta allí.

La laberíntica y descomunal estructura del castillo, sus cientos de torres de variados tamaños, erigidas más allá de donde alcanzaba la vista, las columnas de humo, las llamas, las banderas todavía ondeantes mientras el fuego las consumía, los estandartes aventados por las corrientes de aire, los efluvios de materia carbonizada, el viento abrasador que quemaba las mejillas… Todo ello conformaba una realidad dantesca.

—Cada una de esas torres guarda todavía libros en su interior, libros robados. El canciller pensó que confiscar los libros bastaría para hacerles perder toda su fuerza, pero después se impacientó. Pensó que no sería suficiente, así que decidió quemar el castillo y no dejar ni rastro de los libros.

—¡Debemos hablar con él!

—Sí.

La alfombra roja se alargaba pasillo adelante. Mostraba, aquí y allá, pequeñas quemaduras producidas por las chispas y las pavesas que la habían alcanzado; y desparramados sobre esta, a lo largo de todo el corredor, había un sinfín de libros blancos, aquellos libros blancos que el canciller fabricaba. Debían de haber sido abandonados mientras eran transportados. Si el fuego alcanzaba aquel lugar, sería sin duda el final completo del castillo.

Tras recorrer el pasillo, entraron en la sala del general, que mostraba un aspecto aún más desolado que la vez anterior. La alfombra estaba deshilachada, la lámpara del techo medio desprendida y cubierta de telas de araña, y los libros de los pedestales de piedra llenos de polvo. Habían transcurrido solo unos días desde la primera visita, pero parecía que hubieran sido diez años: el olvido parecía ser más devastador que el paso del tiempo.

Tora y Nanami continuaron caminando. Habían llegado demasiado lejos como para abandonar. Dejaron atrás la sala del general y se adentraron en la del canciller.

Tampoco había nadie, y las máquinas que habían visto tan dinámica y frenéticamente en marcha la ocasión anterior no solo no funcionaban, sino que además parecía imposible que volvieran a hacerlo. Estaban completamente destartaladas: los pistones partidos, las ruedas dentadas desencajadas, la enorme prensa desprendida y vencida a un lado. Sucias hojas de papel se habían quedado pilladas por todas partes, entre distintas piezas de la maquinaria, y por el suelo, bajo las máquinas, reposaban restos de libros con sus páginas blancas hechas jirones, arrancadas y destrozadas. Obviamente, el canciller tampoco se encontraba allí, con su sonrisa cínica estampada en los labios.

Parecía el recuerdo de un sueño y no alguien con quien hubieran conversado en realidad.

Sin embargo, Nanami no podía quedarse allí quieta. Tenía un presentimiento. Siguió la sucia alfombra roja hasta donde debería encontrarse el sofá negro donde se había sentado el canciller, pero el sofá, tal y como esperaba, había desaparecido. Su ausencia dejaba a la vista una puerta, flanqueada por un guardián de rostro gris.

—¿Quiénes sois? —preguntó el guardián—. Esta es la sala de su majestad el rey.

—¡Venimos a ver al rey! —dijo Nanami enérgicamente.

El guardián taconeó e hizo un saludo militar.

—¡Su majestad el rey tiene visita!

Nadie repitió el anuncio. Solo la voz de ese único guardián reverberó en un eco que fue apagándose poco a poco, y la puerta se abrió lentamente, envuelta en silencio.

Una amplia sala surgió ante ellos, al otro lado de la puerta. También la alfombra roja se hacía más ancha una vez traspasado el umbral y se extendía mucho más allá. Gruesas columnas de piedra blanca se ubicaban a intervalos regulares, a ambos lados de la alfombra, y se elevaban para sostener un techo de bóveda. A la altura de la cabeza, las columnas estaban provistas de sendas antorchas encendidas que, si bien realzaban el color rojo de la alfombra, dejaban sumido el resto en la penumbra. Esa misma penumbra impedía ver el alcance de la sala, sus dimensiones reales. Flanqueando la alfombra, se divisaban

montones y más montones de libros nuevos. Su blancura establecía un macabro contraste con el rojo sangre de la alfombra.

—Bienvenidos a la sala del rey.

La voz reseca retumbó en la quietud de la sala. Sobre una tarima elevada unos centímetros del suelo, había un extraño sillón blanco. Se trataba de un austero trono de piedra blanca cuyo respaldo medía varios metros de alto. Un hombre de traje gris se encontraba sentado en él.

Nanami continuó caminando de frente, sin la más leve vacilación.

Quien allí estaba sentado era un hombre de complexión ancha y considerable altura. No era ni el general ni el canciller. Por su aspecto físico, parecía bastante joven a primera vista, pero una mirada más atenta localizaba arrugas en las mejillas y alrededor de los ojos. Transmitía un aire respetable. Nanami ahora comprendía, sin embargo, que tal impresión exterior de respetabilidad no tenía por qué corresponderse con un interior también respetable.

—Bienvenida, Nanami —le dijo a la joven, que iba acercándose más al trono.

El rey ofrecía a Nanami una amplia sonrisa. Su actitud era superficialmente agradable, pero Nanami supo captar en él un fondo corrupto. La joven se fijó en más detalles: el

traje se encontraba en mal estado, con señales de haberse chamuscado levemente, y sus zapatos tenían manchas de hollín. Una gorra plana descansaba en el suelo, a sus pies.

No había ningún guardaespaldas a su lado, pero sí montones de libros nuevos desperdigados alrededor del trono. Las sombras que arrojaban las antorchas temblaban como si fueran olas.

—Te esperaba, Nanami. Sabía que ni las llamas ni el humo te harían desistir. —Si bien la situación parecía divertirle, su rostro gris mostraba señales de cansancio.

—No voy a abandonar los libros aunque todo arda.

—¿Tan importantes son?

—Sí. Pero no se trata solo de los libros. Os recomendaría, a ti y a los soldados, huir.

El rey frunció el ceño, fingiendo miedo.

—Veo que no entiendes nada, pequeña —dijo. Esta vez, su expresión fue de contrariedad. Se aflojó el nudo de la corbata y continuó—: Antes de que vinieras, estaba seguro de todo. Estaba dispuesto a todo por ayudar a la humanidad, y quienes me siguieron lograron el éxito.

Con una complicada maniobra, se quitó la corbata y la arrojó al suelo.

—En cualquier caso, yo no he lanzado ninguna orden. ¿No queréis más libertad? ¿No queréis distracción y diversión? Vosotros mismos lo habéis pedido. Yo me he limitado a poner mi granito de arena para hacer realidad vuestros deseos; y, sin embargo… —se lamentó—, sin embargo, vienes a por mí…

—No sé lo que te ha hecho pensar así, pero… la gente no es como crees. No toda, al menos. Desde luego, las personas que tengo a mi alrededor no lo son.

—Qué ingenua… Cuántos pájaros tienes en la cabeza. Ya verás… Sigue así y acabarás pisoteada.

El rey miró compasivamente a Nanami.

—Tienes que hacer lo que te plazca, enriquecerte y entregarte al placer. Es el signo de nuestro tiempo: vive como te plazca. Esto es a lo que hoy día se llama «libertad», y, una vez que la idea se haya extendido lo suficiente, ya no habrá vuelta atrás. ¿No ves que cada día me hago más fuerte?

La voz del rey resonaba con vigor en la amplitud de la sala, produciendo un eco que fue apagándose poco a poco.

—La gente débil, entre la que te encuentras, no pone nada de su parte por entenderlo.

Pero ya te irás dando cuenta… Nos encontramos en ese tipo de sistema, un sistema que ya tiene vida propia, que se ha independizado del ser humano. Y así, convertido ya en el deseo mismo, en el «vive como te plazca», ese sistema va fagocitando a los individuos que lo componen.

Aquellas palabras comenzaban a superar la capacidad de comprensión

de Nanami.

—Señor rey —dijo de pronto el gato, a los pies de la joven—. Le noto desesperado. ¿Por qué?

—¿Desesperado? —Meditó un instante sobre aquellas palabras—. Tal vez tengas razón.

Soy una creación del ser humano y camino junto a él; siempre hemos sido inseparables…, así que sé todo lo que pueda saberse del ser humano y he sido testigo de su transformación a lo largo del tiempo.

—No. Mi experiencia me dice lo contrario —intervino Nanami, desafiante.

El rey esbozó una sonrisa.

—Bien, pequeña. ¿Cuál es esa experiencia, si se puede saber? —Y, con gesto exagerado, alzó la vista al alto techo—. No falta mucho para que esta sala sea engullida también por las llamas, y lo mejor sería que salierais de aquí y os olvidaseis de los libros, ¿no crees? Llévate algunos volúmenes, de paso. De todos modos, la mayoría va a ser pasto de las llamas.

—Tengo un plan —replicó Nanami—. No podría hacer nada yo sola, pero puedo contar con la ayuda de otros.

—¿De qué otros? —Como si hubiera oído una expresión incomprensible, el rey inclinó la cabeza, extrañado.

—Tú y los soldados. Todos juntos podemos cargar con los libros y sacarlos fuera del castillo. Y, de paso, además de salvar los libros, nos salvaremos nosotros también.

El rey permaneció inmóvil, completamente estupefacto durante unos instantes, con la boca entreabierta y el torso inclinado hacia delante.

Era la primera vez que Nanami observaba una expresión de semejante sorpresa. Y no solo el rey, también el gato, a sus pies, la contemplaba con los ojos abiertos como platos.

—Tú…, tú…

El rey tartamudeaba, conmocionado, y miraba a un lado y a otro.

—Tú…, ¿qué…, qué diablos estás diciendo?

—Digo que uno está limitado y que la única manera de superar la limitación es uniendo fuerzas. No me voy a ir de este lugar dejando aquí los libros ni dejándote a ti. Lo que quiero decir es que nos necesitamos los unos a los otros. No hay otra…

El rey seguía mirando a Nanami con la boca abierta. Por fin, después de unos segundos, volvió a reclinarse sobre el alto respaldo. Los hombros comenzaron a temblarle levemente, y, poco a poco, aquel tembleque fue intensificándose. Finalmente, mirando en dirección al techo, estalló en una carcajada enloquecida. Se apretaba el vientre con las manos, sin poder contenerse, mientras sufría espasmos por todo el cuerpo, y su risa se disgregaba en ecos que la hacían parecer un canto coral.

—Ja, ja, ja, qué graciosa eres, Nanami, ja, ja, ja.

Trataba desesperadamente de contener la risa y, cuando por fin lo consiguió, susurró unas palabras. Le temblaban los hombros, expresión de las carcajadas que todavía pugnaban por salir. Por fin sus susurros se hicieron audibles.

—Hubo una vez…, hace mucho tiempo…, que conocí a alguien como tú.

—¿Hace mucho tiempo?

—Por aquel entonces, yo era un eslabón en la cadena entre otras personas. Me refiero a que trabajaba en asuntos administrativos. Y recuerdo cuando los medios pasaron a ser más importantes que el fin, cuando los papeleos y los trámites se convirtieron en un objetivo en sí mismos, y la confianza entre las personas fue desapareciendo y todos empezaron a pensar en nada más que en sus intereses. Fue hace mucho tiempo…

Mantenía la mirada fija, perdida en el infinito.

—Nanami, tendrías que haber venido antes…

La voz se le entrecortaba.

Justo en aquel instante, algo se movió a sus espaldas. Nanami se puso rígida. Era esa cosa negruzca que ya había visto antes, en sus anteriores visitas al castillo, tanto en el general como en el canciller.

—¡Eso! —exclamó Tora.

Fuera lo que fuese, «eso» también habitaba dentro del rey. Transformado por completo en aquello, el rey alzó la cabeza.

—Qué felices recuerdos… —dijo. Pero era una voz plana, hueca, sin entonación.

Aquello que se había adueñado del rey miró a Nanami como si lo hiciera a través de ojos de cristal y, una vez más, ella notó, cual mano gélida, un escalofrío recorrerle la espalda—. Y qué joven tan valiente eres, Nanami —añadió.

El rey, «aquello», se puso en pie lentamente, y Nanami tuvo la fuerte impresión de que aquella acción bastaba para hacerle sentir una fuerte presión en el cuello.

—¿Quién…? —preguntó Nanami sin apenas fuerzas para hablar—. ¿Quién eres?

—Te daré una tercera pista —dijo él entre dientes mientras se acercaba lentamente a una de las dos antorchas ubicadas a ambos lados del trono. Era del tamaño de un brazo y la llama ardía vivamente.

—Soy quien no obedece ley natural alguna.

Agarró la antorcha y se volvió a Nanami, que no pestañeaba.

—Soy quien prolifera —anunció en tono grave. La llama de la antorcha alumbró una de sus mejillas, como lamiéndola. Una nueva carcajada se le escapó antes de continuar—: Huir todos juntos, portando los libros… Una idea verdaderamente increíble. Por aquel entonces, quizá te habrías salido con la tuya, pero ya es demasiado tarde.

El rey dio unos pasos ante el trono, sujetando la antorcha en una mano.

—Hagamos una apuesta, Nanami.

El felino se interpuso entre la joven y el rey.

—¡Cuidado, Nanami! —gritó.

—Tranquilo —repuso ella.

El rey parecía disfrutar del espectáculo.

—Eres muy fuerte, sí —dijo—. Pero no tienes nada que hacer contra mí. ¿Sabes por qué?

Porque vosotros sois quienes me alimentáis.

—¿Qué te propones?

El ambiente se había enrarecido palpablemente. El rey dio de nuevo unos pasos delante del trono y agarró la otra antorcha. Con una en cada mano, volvió a girarse hacia Nanami y Tora.

—Al tiempo que yo gano fuerza, el mundo se hace más próspero. En realidad, se hace más próspero solo en apariencia, porque yo venceré y reinaré. Contemplad el paisaje desolado, mirad a la gente maltrecha y herida. Ese es el mundo en el que la fuerza de los libros se extingue.

—¡No, nunca será así!

Las palabras de Nanami sonaron con auténtica determinación y claridad. La joven no tenía intención de ceder un ápice.

El rey, sin embargo, parecía satisfecho.

—Estás convencida de la fuerza de los libros, ¿verdad?

Nanami asintió con la cabeza. No había nada que temer. Comparada con los soldados de rostro gris, podría parecer que no tenía opciones de victoria, pero ella era testigo de su propia vivencia: ella sabía que las personas no son islas.

—Asombroso —replicó el rey, sonriendo maliciosamente.

Nanami tuvo la impresión de que aquel ser negruzco, parapetado bajo el cuerpo del rey, asomaba su rostro. La joven empezó a tener dificultades para respirar.

—Presta atención —dijo el rey en tono divertido.

Soltó las antorchas, que cayeron atraídas por la fuerza de la gravedad. Golpearon los libros desparramados por el suelo, produciendo un sonido seco. Los libros se prendieron y sobre las páginas en blanco

bailaron las llamas, proyectando una luz anaranjada a los pies del rey.

Una nueva carcajada del rey resonó en los oídos de la aturdida Nanami.

—¿Por qué…? —preguntó la joven.

—Quería mostrarte la supuesta fuerza de los libros —dijo entre carcajadas enmarcadas en los reflejos temblorosos de las llamas, que empezaban a prender en los bajos de su traje gris—. No le des más vueltas, Nanami. Los débiles están condenados a ser fagocitados por los fuertes. Cuando por fin entiendas esto, podrás desplegar toda tu fuerza. En eso consiste nuestra apuesta.

Mientras las llamas ascendían por su cuerpo, el rey extendió los brazos.

—¡Atrévete a luchar por la supervivencia!

Por fin, el fuego lo envolvió por completo y comenzó a extenderse por toda la sala, alcanzando, uno a uno, los montones de libros dispersos a ambos lados de la alfombra, como una serpiente venenosa de intenso color rojo.

El felino lanzó un grito, pero Nanami no lo oyó. Las llamas habían cobrado una gran intensidad y envolvían los pedestales de piedra blanca.

—¡Nanami!

Era la voz de Tora. Aunque por fin podía escucharla, la joven se había quedado paralizada.

—¡Huyamos, Nanami! ¡Este hombre es el perfecto ejemplo de lo peor del ser humano!

—Pero…

—¡No hay tiempo que perder!

Nanami miró a Tora y se encogió de hombros.

Cada lado de la alfombra era un mar de fuego y las llamas empezaban a alcanzar la puerta de entrada a la sala. Nanami se volvió, pero donde antes se encontraban el rey y el trono no quedaba rastro ni de uno ni del otro.

—¡Corre, Nanami!

Impulsada por el grito del gato, la joven salió finalmente de su estupor y se lanzó a la carrera. Cuando lograron salir, Nanami se detuvo en seco: el fuego también se había adueñado de la sala del canciller. Se extendía como por un lecho de aceite y asomaba entre las ruedas dentadas de las desvencijadas máquinas, que lanzaban chirridos de dolor entre el crepitar de las llamas.

—¡Rápido, Nanami!

El ruido circundante ahogó la voz de Tora. La estructura de la prensa de acero empezaba a perder su verticalidad y a inclinarse peligrosamente a un lado, entre desagradables chasquidos y chillidos.

Justo cuando Tora se lanzaba para empujar a Nanami, la estructura se volcó y se estampó contra el suelo, quedando hecha un amasijo de hierro y vomitando una ráfaga de viento caliente que los alcanzó a ambos.

Tendida en el suelo, entre espesas nubes de humo, Nanami trató de ponerse en pie, pero no conseguía moverse. Tosía y se sujetaba el hombro izquierdo. Por fin, pudo apoyar las manos e incorporarse. Junto a ella, en el suelo, reposaba una barra de hierro que le había golpeado la cabeza. Se puso en pie y tragó saliva. Había sido un golpe fuerte. Al menos, había conseguido moverse.

Aturdida por el impacto, miró a su alrededor y pronto descubrió al gato, atrapado entre la estructura de la prensa y algunas ruedas dentadas. Nanami trató de acercarse a aquel pequeño cuerpo encajado entre hierros, pero tampoco resultó fácil: debía meterse entre barras de hierro que habían empezado a calentarse por efecto del fuego. Nanami avanzó sin apenas sentir dolor.

Lo alcanzó y lo tomó en sus brazos.

—¡Tora! ¡Despierta!

Pero el cuerpo de Tora colgaba inerte entre los brazos de Nanami. Debía de haberlo golpeado, también a él, una barra de hierro. Tenía una gran área de pelaje quemado en un costado.

—¡Despierta, por favor! ¡Tora!

—Vale, vale… —dijo el felino en un hilo de voz apenas audible.

—¡Estás vivo!

—Sí, estoy vivo. De momento… —Pese al sentido del humor de la respuesta, la voz le temblaba—. Nanami, no puedes quedarte un segundo más. ¡Huye! ¡Rápido!

—No voy a dejarte aquí, Tora.

—No vas a poder escapar conmigo en brazos. ¡Huye!

Tora miró a su alrededor con sus ojos de jade apenas abiertos. No vio más que el esqueleto de una multitud de máquinas. Tan solo un estrecho hueco entre hierros y ruedas dentadas, entre humo negro y llamas, posibilitaba la salida.

—¡Corre, Nanami!

—¡No voy a dejarte!

—Me alegro de oírte decir eso…, pero, si es fruto de la desesperación, será mejor que lo olvides y huyas.

—Pero ¡no puedo!

—Tranquila.

Tora sonrió débilmente. Normalmente, era Nanami quien trataba de tranquilizar al gato. La joven intentó sonreír, pero no pudo.

—Tora, ¿por qué me dices eso? Ahora no sé qué hacer…

—Sé que no tiene sentido… —contestó Tora, con el mismo hilo de voz apenas audible—

, pero, aunque no tenga sentido, debes recuperar la esperanza.

Nanami se quedó perpleja.

—De eso se trata, Nanami.

Tora sonrió y, acto seguido, perdió el conocimiento.

La joven mantuvo la calma y no se puso a gritar donde no había nadie que pudiera acudir en su ayuda. En primer lugar, comprobó que todavía respiraba; en segundo lugar, volvió a sostenerlo con firmeza

contra su pecho. Miró a su alrededor.

Obviamente, allí no había nadie. Había perdido la orientación y no podía localizar la salida: lo único que veía era hierro, humo y fuego.

El calor empezaba a asfixiarla. Los ojos le picaban y las manos se le habían tiznado de negro; seguramente, tendría el rostro cubierto de hollín.

Avanzó entre los hierros con el gato en brazos, pero enseguida llegó a un callejón sin salida. Dio media vuelta y avanzó en dirección contraria, pero las llamas no tardaron en cerrarle el paso.

—Debo recuperar la esperanza… —repitió con voz seca.

Buscó otra salida, pero volvió a encontrarse con el paso cerrado. Lo intentó de nuevo.

Cada vez que fracasaba, notaba cómo su esperanza se apagaba un poco más, y cómo una desesperanza fría y pesada iba abriéndose paso a sus pies.

«Debo recuperar la esperanza…», pensaba.

De pronto, se percató de que, un poco más allá, revoloteaba una mariposa de brillantes colores, que, sin inmutarse, movía sus alas de encantadores rojos, azules y amarillos entre el humo y el aire caliente.

Nanami no se preguntó qué podría hacer allí una mariposa, ni tampoco pensó que pudiera tratarse de una alucinación: se limitó a aceptar la calma y el alivio que le proporcionó, suficientes para continuar adelante, y fue tras ella. La siguió, inclinando su cuerpo bajo barras de hierro e introduciéndose entre armazones doblados. Entre las llamas, buscó la salida y no se detuvo cuando, de pronto, perdió de vista la mariposa.

Un chirriar más fuerte y profundo comenzaba a sentirse. Daba la impresión de que era el castillo en su conjunto el que se tambaleaba y amenazaba con colapsar.

Nanami continuó caminando mientras trataba de que el temor de quedarse encerrada no la atenazara. Continuó y continuó, pero aquella amalgama informe de barras de hierro, pistones y ruedas dentadas destrozadas parecía no tener fin.

No encontraba la salida por ningún sitio. Nanami se mordió los labios al tiempo que ajustaba la posición del gato en sus brazos. Las lágrimas se le desbordaban.

Justo en ese momento, vio una sombra. Era una sombra pequeña que se acercó corriendo, entre hierros y llamas, y se detuvo ante ella. No era la mariposa esta vez, sino un ratón. Pero lo que le dejó a Nanami sin respiración durante un instante no fue la sorpresa de que un ratón salido de la nada se detuviera ante ella, sino descubrir que ese ratón tenía algo que le resultaba familiar: un pelaje azulado y un rostro somnoliento.

El ratón la miraba como si esperara que ella dijera algo. Por fin, cayó en la cuenta.

—Tú…, tú…

El ratón sonrió.

—Tú… ¿eres Frederick?

El ratón, levemente azorado, se incorporó sobre sus patas traseras, se llevó las manos al pecho e hizo una reverencia.

Nanami conocía bien aquel gesto. Entonces, el ratón señaló hacia la derecha y movió la cabeza arriba y abajo.

—¿Quieres que vayamos en esa dirección?

El ratón asintió con la cabeza.

—¿Hay una salida por ahí?

Pero el ratón ya se había puesto en marcha antes de que ella terminara la pregunta y, con gran agilidad, esquivó todos los obstáculos hasta salir del campo de visión de Nanami. Agachada, la joven se internó por el mismo camino, sosteniendo con cuidado a Tora contra su pecho.

Enseguida, se encontró ante una oquedad alrededor de la cual no había llamas. Se internó por ella y atravesó una zona rodeada de hierro y piezas de maquinaria en difícil

equilibrio, a punto de desmoronarse. No mucho después, el espacio se amplió y pudo caminar erguida.

Dejó atrás el laberinto de máquinas deslavazadas, pero ante ella se

encontró un panorama desolador de paredes y columnas derribadas y de piedras esparcidas por el suelo. Aunque no sabía dónde se encontraba, al menos hasta allí no había llegado el fuego.

Por fin, reparó en la lámpara de araña, hecha añicos en el suelo.

—Estoy en la sala del general —susurró, y, como respondiendo al susurro, una luz suave se encendió y alumbró unos metros por delante de ella.

La luz parecía indicar el camino de salida entre aquellos escombros y provenía de varios libros que estaban tratando de ayudar a Nanami: *Veinte mil leguas de viaje submarino*, sobre uno de los pedestales, a punto de caer; *La isla del tesoro*, medio enterrado por escombros; *Moby Dick*, hecho mil pedazos…

Más allá, siguiendo con la mirada el rastro de la luz, se encontraba la gran puerta que comunicaba con el corredor. El área despejada de escombros se abría allí y dejaba espacio suficiente para un cuerpo menudo como el de Nanami, incluso cargando a Tora.

Así pues, la joven corrigió la posición del felino en sus brazos y reanudó la marcha, esquivando pedazos de la lámpara de araña, apartando con el pie ladrillos y subiéndose a algunos montones de escombros, para sortearlos.

Antes de atravesar la puerta, medio derruida, se detuvo y se volvió para echar un vistazo a sus espaldas, a los libros que habían alumbrado su camino.

—Gracias —dijo.

Y se agachó para pasar bajo el dintel caído y continuar por el corredor hacia el patio del castillo. No había tiempo para distracciones: los soldados grises llegaban desde distintos puntos del edificio para agruparse en la entrada principal. Algunos subían por las escaleras y otros se internaban en el pasillo procedentes de las escaleras que daban a este. Los había también que surgían desde detrás de las columnas.

No parecía importarles que las llamas empezaran a rodear el castillo también desde fuera, porque toda la confusión y todo el nerviosismo se desarrollaban en el interior del recinto.

De pronto, un soldado se percató de la presencia de Nanami, inmóvil junto a un montón de escombros. El soldado lanzó una voz de aviso y apuntó con su fusil a la joven. Esta reaccionó parapetándose tras el montón de escombros. Al instante, se oyó el sonido fulminante de un disparo. A ese primer disparo, le siguieron más y más, que hacían saltar por los aires pedazos de escombros.

—Se ha escondido —dijo uno de los soldados.

—¡Debemos atraparla, son órdenes del rey! —gritó otro con aquella voz característica, sin modulación ni expresividad.

Las voces se sucedieron y sus ecos rebotaron contra el techo alto y llegaron a Nanami, envolviéndola desde todas las direcciones.

La joven no se movió. Apretaba a Tora contra su pecho y se acurrucaba tanto como podía. Los soldados eran muchos e iban armados. A Nanami no se le pasaba por la cabeza salir de su improvisado escondite.

«Debo recuperar la esperanza», se dijo. Con el felino entre sus brazos, repitió aquellas palabras como si de un mantra se tratara.

Cada vez oía más cerca el sonido de las pisadas de los soldados, marcando un ritmo que le recordó los golpeteos mecánicos de las máquinas en funcionamiento, en la sala del canciller.

«Debo recuperar la esperanza».

Inmóvil como una piedra, alzó la vista como suplicando ayuda. Ante ella, surgió un rostro gris.

—¡La he encontrado! —gritó con su voz monótona un soldado de rostro gris.

Con la misma regularidad maquinal de pistones y ruedas dentadas, los soldados levantaron sus armas y apuntaron a la muchacha. Tuvo la impresión de que aquella maniobra se había desarrollado de manera sorprendentemente lenta. Apretó con fuerza los ojos, sin soltar a Tora.

Entonces, se oyó un estallido. Y otro, y otro más. Eran disparos. Se sucedían como una ráfaga uniforme.

Nanami contuvo la respiración y abrió lentamente los ojos. El soldado gris que la había descubierto yacía en el suelo, inerte. Ahora, tenía ante sí a un hombre de estatura considerable, que sujetaba una larga

espada. Atónita, Nanami vio cómo el hombre enfundaba la espada y, a continuación, se arrodillaba y sonreía entrecortadamente.

—¿Estás bien?

Otros hombres acudieron de inmediato y rodearon a Nanami, en actitud protectora. No eran soldados de rostro gris, sino hombres con atuendo azul brillante, una espada a la cintura y un mosquete en la mano. Una cruz blanca, bordada al pecho, destacaba sobre el fondo azul.

Nanami creía tener un vago recuerdo de todo aquello. Aunque pudiera parecer extraño, conocía aquel emblema.

—Los mosqueteros… —murmuró Nanami.

El hombre asintió, sonriente.

A pesar de que iban armados con mosquete y espada, sus ademanes eran afables y elegantes.

—Por los pelos, ¿eh? —dijo el hombre, pero rápidamente desvió la mirada hacia la entrada. Al final de la alfombra roja, se había instalado una tropa de soldados—.

¡Porthos!

—Mosqueteros, ¡a formar! —dijo el aludido, un hombre de gran tamaño cuya contundencia impulsó a todos a obedecer. En un abrir y cerrar de ojos, se habían colocado en formación militar, con los mosquetes en posición de disparo.

A la orden de Porthos, sonó un estampido. Acababan de disparar sus mosquetes, todos a la vez, y, acto seguido, varios de los soldados de rostro gris ubicados al otro lado del pasillo cayeron al suelo.

—Nanami, estás bien, ¿verdad? —dijo el hombre alto, sin prestar atención a la actividad de sus compañeros—. Perdona que hayamos llegado tan apurados de tiempo. Por lo que veo, al menos, te encuentras bien.

—Pero ¿me conocéis?

—Naturalmente. Por eso hemos acudido en tu ayuda.

—¿Cómo es posible?

Se oyó un silbido cortante y una bala le rozó la mejilla al hombre. Se volvió justo para ver a uno de sus hombres desplomarse en el suelo.

Más soldados de rostro gris se congregaron en la entrada del edificio. Los mosqueteros se parapetaron tras montones de escombros, pero los soldados grises les superaban en número.

—¡Hagamos algo, Porthos!

—¡Imposible! ¡Son muchos más que nosotros!

Porthos, el hombre de complexión fuerte, se apostó junto a Nanami. Contrariado, chascó la lengua mientras recargaba su mosquete.

—¡Cada vez vienen más! La cosa pinta mal…

—No es momento de lamentarse, Porthos. Tengamos paciencia.

—¡Lo sé! Athos, ¿qué sugieres entonces?

Mientras el mosquetero de gran tamaño disparaba por un hueco de los escombros, otro mosquetero más cayó por un disparo, tras una columna.

Nanami se encontraba paralizada e incapaz de pronunciar palabra alguna. Aun así, a pesar del grave peligro que los acechaba, el mosquetero de alta estatura no dejaba de sonreír.

—Ahí lo tienes, Nanami. Incluso nuestro valiente Porthos empieza a verlo oscuro. No podemos quedarnos aquí.

Señaló con el dedo índice hacia la izquierda. Allí, oculta tras una columna, se divisaba una escalera de caracol.

—¡Corre hacia allí! —ordenó—. ¡Nosotros nos atrincheramos aquí!

—¿Qué? —Nanami negó con la cabeza—. No, no puedo huir y dejaros a vosotros, después de haber venido hasta aquí para salvarme.

—Eres muy valiente, joven. No te gusta elegir el camino fácil de la huida —replicó y esbozó una sonrisa cómica—. Pero no tienes por qué preocuparte por nosotros. Si quedas a salvo, habremos cumplido con nuestra misión, y no tendremos más que temer.

—¿Cómo?

—Deja que te lo explique. Al rey solo le importas tú. Una vez que estés a salvo, no tendrá nada que hacer y dejará de molestarnos a nosotros. Además, esto forma parte de nuestro estilo. Cuando nos vemos amenazados, nos desperdigamos.

Las balas silbaban alrededor, pero allí nadie perdía la calma. Nadie parecía temer el peligro. Doblegarse ante la amenaza no formaba parte de su manual de comportamiento.

—Pero… —Nanami se esforzaba por encontrar las palabras adecuadas —. Pero fui yo quien os hizo venir. ¿Cómo voy a huir, dejándoos aquí?

—Debes salir de aquí —intervino el mosquetero de tamaño imponente, y, bajo su poblado bigote, se dibujó una sonrisa sin parangón.

—Este hombre tiene razón, Nanami. Debes salir del castillo lo antes posible, y para eso precisamente hemos venido nosotros: para que puedas salir.

—Cuidado con este. Es todo un caballero —dijo el hombre grande, riendo por la nariz.

El aludido frunció el ceño.

—¿Qué le voy a hacer si me gustan las mujeres?

—Hay que tener agallas para reconocerlo, Porthos. Estampémosle esa frase en la cabeza cuando termine todo esto.

Mientras bromeaban entre ellos, respondían al fuego enemigo.

—Si vas a usar una bala en balde, pásamela a mí, que estoy en las últimas de municiones.

Nanami permanecía perpleja, sin terminar de entender la situación. Lo único que comprendía era que todo aquello estaba sucediendo para protegerla a ella.

Entonces, tuvo ganas de llorar, pero también sabía que aquel no era momento para sollozos, e hizo todo lo posible por contener las lágrimas. Recolocó a Tora en sus brazos e inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

El alto sonrió satisfecho mientras el grande, detrás de él, guardaba el

mosquete y desenvainaba la espada. Los demás mosqueteros hicieron lo mismo. Sonrientes y sosteniendo la espada en una mano, miraron a Nanami.

—Adelante, Nanami. Huye.

Le dieron un empujoncito en la espalda. La joven salió del escondite y los mosqueteros le cubrieron la retirada.

Las balas seguían silbando mientras Nanami corría hacia la escalera de caracol. Tuvo la impresión de que alguien caía detrás de ella, pero no miró para comprobarlo.

Por fin, alcanzó la escalera y se dio cuenta de que guardaba cierto recuerdo de ella.

Resultó ser la misma por la que subió con Tora en su primera visita al castillo. En aquella ocasión, el felino la había guiado. En esta, lo llevaba ella entre sus brazos.

«Debo recuperar la esperanza», se dijo una vez más, repitiendo aquellas palabras como si de un mantra se tratara, mientras hacía acopio de fuerzas para empezar a subir los escalones.

De pronto, un sonido reseco recorrió su garganta y notó cómo una corriente de aire frío le pasaba por el cuello. Había empleado todas sus energías en salir del laberinto del amasijo de hierros, en superar los escombros, en esquivar las balas y en correr tanto como pudieran sus piernas, de modo que era lógico que su cuerpo se resintiera. Lo malo era que la aparición de una crisis asmática en aquel instante echaría por tierra todos sus esfuerzos anteriores.

«Debo mantener la esperanza».

Tras ella, abajo, se oyó el golpeteo de unos pasos sobre los peldaños. Era un sonido rítmico y mecánico, que cada vez se escuchaba más cerca. Naturalmente, no era el caminar de los mosqueteros.

Una mezcla de sentimientos se apoderó de ella. ¿Era miedo? ¿Era dolor? ¿O tristeza, quizá? De lo que sí estaba segura era de que su pecho cada vez hacía más ruido y que la respiración empezaba a agitársele y cada vez le costaba más respirar. Las piernas le pesaban.

«Debo mantener la esperanza».

Nanami se detuvo. Necesitaba su inhalador. Lo buscó en el bolsillo al tiempo que sujetaba a Tora. Lo encontró y se lo llevó a la boca. Pero la mano le temblaba y, al hacerlo, se le resbaló y cayó sobre los escalones. Un ruido seco sonó al golpear la piedra, y a este le siguió una sucesión de golpeteos al rebotar y precipitarse escaleras abajo.

Nanami palideció de horror mientras el dolor de la garganta se intensificaba cada vez más.

«Debo mantener la esperanza».

No le quedaba ni un ápice de fuerzas en el cuerpo, de manera que no tuvo más remedio que permanecer inmóvil.

—¡No te rindas!

La voz resonó desde lo alto de la escalera.

Nanami alzó la mirada y lo que encontró al final de la escalera la dejó perpleja. Allí había un soldado de rostro gris e inexpresivo, como el de los demás, y ojos de mirada fría, como de cristal.

A pesar de tratarse de un soldado como cualquiera de los otros, Nanami tuvo la intuición de que algo lo diferenciaba, aunque no supo qué exactamente.

—¡Es pronto para rendirse! —continuó el soldado, en tono adusto.

De manera mecánica e inexpresiva, le extendió el brazo derecho. Nanami se agarró a su mano y este tiró con fuerza de ella hacia arriba.

—Lo que te quita la energía no es el asma, sino la desesperación y el miedo —dijo él en el habitual tono monótono.

Apenas había terminado el soldado de hablar cuando Nanami notó una ráfaga de aire caliente en sus mejillas y un olor a humo. Algunas pavesas flotaban en el aire.

Alcanzado el final de la escalera, Nanami miró hacia abajo y vio a los soldados congregarse como hormigas bajo la muralla. Se preguntó si seguían órdenes del rey. Lo único que parecía importarles era atrapar a Nanami. El fuego, cada vez más intenso, no les importaba lo más mínimo. Así pues, seguían llegando de diversos puntos y agrupándose frente a la entrada del edificio principal.

—¿Y los mosqueteros?

—No te preocupes por ellos. Están bien. Ahora, trata de concentrarte en ti misma e intenta continuar.

Aquel soldado de rostro gris era, en apariencia, igual que los otros.

—Nanami, ¿sabes dónde se encuentra la salida? —preguntó.

La joven señaló con la mirada la muralla. El panorama se teñía de rojo a medida que las llamas se extendían y crecían. Entre estas se entrevía, de tanto en tanto, una de las torres. Por fin habían alcanzado el lugar por donde ella y Tora habían huido del castillo en su primera visita.

—¡Esa torre…!

—¡Sí! ¡En esa torre se encuentra la puerta que da al pasadizo que te sacará de aquí!

—Pero está rodeada de fuego.

Los soldados de rostro gris alcanzaron el final de la escalera, poniendo fin a la discusión sobre la torre. El soldado que estaba ayudando a Nanami adoptó una posición de defensa y con un ágil movimiento le propinó un codazo a uno de los soldados, enviándolo escaleras abajo. Lo mismo al segundo soldado. Y, así, entre gritos de dolor, los soldados fueron cayendo uno tras otro por las escaleras.

—El tiempo apremia —volvió a hablar el soldado, con notable calma —. Ahora solo resta que seas capaz de atravesar corriendo las llamas y el humo hasta alcanzar la torre.

A pesar de la suavidad del tono, su voz rezumaba energía y cada vez encajaba menos con la frialdad del rostro gris, inexpresivo como una máscara.

—¿Y tú? —preguntó Nanami.

—Me quedaré aquí, vigilando. De momento, los que han caído por la escalera no nos molestarán más.

—No voy a dejarte. No voy a permitir que nadie más se quede atrás mientras yo me salvo.

El soldado se quedó atónito.

—Todos luchan por mí —continuó Nanami—, y solo yo salgo ilesa…

—Eres una buena persona, Nanami. Mereces salir de aquí.

—Tú también me conoces. ¿Quién eres? ¡Me gustaría que me acompañaras!

El soldado respondió con asombrosa tranquilidad.

—Estaré a salvo. También los mosqueteros y el gato que llevas en brazos. Escúchame, Nanami: si tú sales ilesa de este castillo, todos nosotros estaremos bien.

Sorprendentemente, el soldado acarició el pelo de Nanami, cubierto de hollín y de arena procedentes de los escombros.

—Nanami, eres admirable.

—Yo… —Nanami carraspeó—, yo… te reconozco.

Se oyeron algunos disparos. Quizá la voz de Nanami había llegado hasta los oídos de los soldados agrupados abajo, junto a la puerta. El soldado empujó a Nanami contra el suelo.

Los disparos continuaron. Nanami, a cubierto, contempló el rostro gris del soldado.

Algunas palabras pugnaban por salir de su boca y, dada la importancia de lo que se disponía a decir, solo se atrevió a emplear un tono de susurro.

—Eres el genio de los disfraces.

El soldado frunció el ceño y devolvió la mirada a Nanami.

—Eres Lupin, el gran ladrón de guante blanco que se infiltra en cualquier lugar y acude en ayuda de quien se encuentre en peligro.

El soldado se encogió de hombros y sonrió tímidamente. La inexpresividad de su rostro se disolvió en aquella sonrisa inocente.

—Me rindo —dijo—. Has acertado. Ya veo que tienes dotes de detective, ¿eh?

Justo en ese preciso instante, más soldados volvieron a aparecer por la escalera. Lupin agarró el mosquete del primero de ellos y, volteándolo en un ágil movimiento, lo golpeó con la culata, empujándolo de nuevo

escaleras abajo. Y, así, repitió la acción una y otra vez más, haciendo caer, uno tras otro, a todos los soldados escaleras abajo.

—Esto es como un bucle eterno —murmuró entre dientes mientras se sacudía el polvo de los hombros. Entonces, miró preocupado hacia la parte baja de la muralla—. El problema es que pronto tendremos aquí al grueso de la tropa.

Después de arrojar fuera de la muralla el mosquete que había quitado a uno de los soldados, el ladrón de guante blanco hizo un gesto a Nanami para que echase un vistazo hacia abajo.

Una enorme multitud de soldados se había congregado en el centro del patio. Allí había acudido a tropel un gran grupo de jinetes a caballo que dispararon a la vez. A continuación, desenvainaron sus espadas y cargaron contra los soldados grises. El pánico cundió entre ellos y trataron de huir de manera caótica, dirigiéndose a todas partes.

Nanami reparó en una hermosa bandera que ondeaba al viento, resplandeciente.

Llevaba bordada una cruz blanca sobre un fondo azul.

—Pero si es…

Era la bandera que tantas veces había aparecido en sus libros favoritos. No solo era hermosa, sino que transmitía sentimientos de valentía y orgullo.

Lupin se puso la mano en la frente a modo de visera y entornó los ojos.

—Por fin, ha llegado la caballería de los mosqueteros. ¡Y en gran cantidad!

Mientras los señalaba, iban llegando más desde fuera del castillo, enarbolando la bandera de la cruz blanca sobre el fondo azul. Y un escuadrón más; y otro, cada uno con sus correspondientes banderas. Si bien no era un ejército completo, sí daba al menos la impresión de que quienes componían cada unidad habían sido elegidos minuciosamente. La tropa de soldados de rostro gris que se presentó allí con urgencia cayó sin ofrecer demasiada resistencia, desbordada y sin recursos para dar respuesta a tan sorpresiva acometida.

Sin embargo, viendo lo que se les venía encima, otras tropas de soldados grises se reorganizaron. Eran muchos y, sin duda, no sería fácil derrotarlos. Aunque unos cayeran, siempre aparecían otros, llegados desde cualquier rincón del castillo.

Toda la fortaleza se había convertido en un auténtico campo de batalla.

—Bien… —El ladrón de guante blanco apoyó su mano en el hombro de Nanami—.

Pronto será tu turno. Estos soldados salen en multitud de cualquier parte, como si fueran infinitos. Puede que llegue el momento en que acorralen a los mosqueteros, por muchos que estos sean también.

—¿Quieres decir que debo irme dejando aquí todo este desbarajuste?

—No exactamente —respondió él negando con la cabeza—, porque lo que harás será despejar el camino para los demás.

Una bala silbó muy cerca, pero no se asustaron. Nanami había comprendido lo que le correspondía hacer. A pesar de ello, todavía no sentía el impulso de ponerse en marcha.

No conseguía detener la fuerza de los sentimientos que acudían a ella como un torrente.

Naturalmente, tampoco era capaz de expresar nada por medio de palabras.

Cuando, por fin, parecía que la joven estaba a punto de hablar, Lupin se puso el dedo índice sobre los labios en señal de que guardara silencio.

—Nada de gracias —dijo el hombre—. Nosotros, todos los demás, somos quienes debemos darlas.

Nanami obedeció y guardó silencio.

Ambos contemplaron de nuevo la devastación a su alrededor: el feroz fuego devorándolo todo y las densas columnas de humo elevándose, las estructuras derruidas y las torres apenas entrevistas tras las llamas.

Era un panorama terrible y, sin embargo, los pies de Nanami no se movían. No había llegado sola hasta allí.

Una vez más, a sus espaldas, oyeron el rítmico sonido de las pisadas

de los soldados en su ascenso por las escaleras.

—Ha llegado el momento, Nanami. Debes irte —anunció el hombre con determinación—. ¡Corre tan rápido como puedas!

La joven sujetó con fuerza a Tora contra su pecho y se adentró, corriendo a toda velocidad, en las llamas.

En algún momento había dejado de llover. Entre las nubes se desparramaban haces de luz de luna que cincelaban, con claros y sombras, el aparcamiento frente a la biblioteca.

No debía de hacer viento, porque el agua de los charcos se mantenía inmóvil como un espejo de reflejos dorados. También bajo los canalones y junto a los parterres había pequeños charcos llenos de diminutas luces titilantes, como monedas de oro arrojadas por un adinerado paseante.

El coche del padre de Nanami se encontraba en el mismo lugar donde habían aparcado, pero la luz y la quietud le daban un aspecto distinto. Tanto que Nanami se preguntó si no habría ido a parar a un mundo paralelo diferente.

Todavía con su amigo entre los brazos, la joven se volvió. La pálida luz azulada que había marcado el camino de regreso había desaparecido cual niebla con el sol de la mañana. Y donde se hallaba el final o comienzo del pasillo, solo se levantaba ya, cerrada a cal y canto, la puerta de cristal del edificio de la biblioteca.

—Nanami.

Era la voz de su padre. Nanami se giró hacia el coche.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Habían sido largas horas o solo un abrir y cerrar de ojos? Lo cierto era que Seiichiro se encontraba de pie, junto al vehículo, tal como lo había dejado.

—¿Estás bien? —preguntó acercándose a su hija.

Nanami asintió con la cabeza.

—¿Qué tal el asma? ¿No te ha ocurrido nada? ¿Te encuentras perfectamente?

Las preguntas se sucedían una tras otra mientras Seiichiro abría los

brazos y abrazaba con efusividad a su hija.

Nanami se encontraba bien. Ni su ropa ni ella misma habían sufrido el más pequeño rasguño, y aquella carrera entre las llamas quedaba lejos en la memoria, como el recuerdo de un sueño.

Pero había una diferencia con respecto a cuando se adentró por el pasillo de luz azulada y pálida: eso tan importante que llevaba entre sus brazos.

—Papá…

La joven se lo mostró a su padre.

Era un libro, un viejo libro de cubierta rozada en sus bordes y desgastada, e incluso levemente quemada. Tenía unas ilustraciones interiores que se habían conservado en perfecto estado. En una de ellas, se veía un gato cuyos ojos verde jade miraban al lector desafiantemente.

—¿Y este libro? —preguntó Seiichiro.

—No lo sé. Cuando he querido darme cuenta, lo tenía entre mis brazos.

—Pero si este es… —El padre de Nanami no parecía dar crédito a lo que estaba viendo—. Es un libro ilustrado que te regalé hace mucho tiempo. Te encantaba… Creí que lo habíamos perdido.

—Lo recuerdo bien. Lo hojeé tanto que desgasté los bordes de las páginas.

Seiichiro lo observaba con perplejidad. Cuando por fin fue capaz de reaccionar, se volvió a su hija y la miró de frente.

—¿Qué ha pasado? Me lo contarás, ¿verdad?

—No vas a creerme.

—Bueno, aunque así sea…

Nanami miró a su padre a los ojos. No se había esperado aquellas palabras.

—Hija, aun a riesgo de que no me crea lo que vayas a contarme, estoy

deseando saber cómo ha regresado este libro a tus manos. ¿Has buceado por el fondo de los océanos, visitado la cara oculta de la luna o viajado años luz hasta la estrella Sirio? Estoy dispuesto a escuchar lo que sea.

La amplia sonrisa de su padre le trajo recuerdos a Nanami. Era la sonrisa que siempre mostraba cuando la acompañaba, de muy niña, a la biblioteca. Esa misma voz profunda le había leído las aventuras del capitán Nemo y las hazañas del conde de Montecristo, en aquel lugar junto a la ventana, bañado por la luz del sol.

Las lágrimas afloraron en los ojos de la joven. Esta vez, no se esforzó por reprimirlas y dejó que rodaran por sus mejillas.

—Eh, eh, ¿te parece este lugar adecuado para llorar? —advirtió su padre en tono de broma e inmediatamente volvió el rostro y dirigió la vista a los charcos titilantes.

—¿Lo ves? Ahora vas a llorar tú, papá…

Y las voces de ambos flotaban y se diluían en la serenidad de aquella noche.

4

Soy quien pregunta

La nieve cubrió suavemente la ciudad.

Era mediados de diciembre y la primera nevada había llegado con cierto retraso respecto a lo habitual. Las calles, llenas de luz, se abarrotaban de paseantes y de niños que correteaban. La primera nevada había sido lo bastante mansa como para que todos se alegraran de su venida.

—¡Cuánta luz hay fuera! —dijo Nanami.

—Es curioso —confirmó Rintaro, levantando la vista de la caja registradora—. Cuando pensamos en la nieve, nos viene la imagen del frío del invierno, pero fíjate qué luminosidad hay. Y la temperatura es bastante agradable.

A la vez que hablaba, presionaba las teclas con agilidad. Un cliente había llegado poco antes y había adquirido unos libros. *Enseñanzas de Confucio*, rezaba el título de un fino volumen con cubiertas de color apagado, mientras que el otro era una edición de *La rama dorada* en dos volúmenes cuidadosamente presentados en una caja de letras doradas. El comprador era un hombre de mediana edad, con el aire digno y elegante de un académico.

—¿Quieres un poco de té?

Nanami asintió con la cabeza y Rintaro puso una cazuela con agua sobre la estufa. Era la primera vez que la encendía aquel invierno y Nanami contemplaba las llamas sentada en una silla contigua.

Solo se oía el suave crepitar del fuego de la estufa y las voces alborozadas de los niños que pasaban, de tanto en tanto, delante de la puerta.

—¿Vendrá tu padre a buscarte esta tarde? —preguntó Rintaro al tiempo que sacaba dos tazas del armarito trasero.

—No, hoy vuelvo en tren —contestó la joven, negando con la cabeza —. Antes debo pasarme por la biblioteca para devolver un libro.

—¿Estás segura?

—Debo acostumbrarme. Mi padre me ha dado permiso y ha insistido en que, si necesito ayuda, no dude en pedirla.

Rintaro colocó las dos tazas sobre el mostrador.

—Se ha vuelto más comprensivo contigo… —observó.

—Al menos, ha empezado a hacer concesiones. —Nanami rio azorada, sorprendida por sus propias palabras.

Nanami colocó en el estante el libro ilustrado que había llevado entre sus brazos aquella noche, al salir de la biblioteca, cuando le relató a su padre lo sucedido. Omitió las partes en las que se había enfrentado a un mayor peligro y reelaboró la historia para dotarla de un tono de aventura. Se le dio bien hacerlo.

Seiichiro escuchó, sumido en la sorpresa, la perplejidad y, a veces, el enfado que le producían determinados pasajes del relato de su hija. Al final, suspiró desconcertado y presionándose las cejas con los dedos. «¿Qué me está contando esta hija mía? Si su madre viviera, sabría aconsejarla mejor que yo», pensó mientras trataba de sonreír.

Aunque evitó preguntar nada, Seiichiro le pidió a Nanami que, pasara lo que pasase, confiara en él, que hablara con él sobre cualquier asunto que la preocupara y que nunca se expusiera al peligro ella sola. A cambio, él se desprendería de parte de la cantidad de trabajo que normalmente tenía y así dispondría de más tiempo libre para estar con ella.

—No se trata de dejar el trabajo, pero sí de cambiar mis prioridades —dijo, y, mientras le contaba eso a su hija, la joven lo miraba en silencio y lo escuchaba con atención.

Por fin, como para dar por terminada la conversación, Seiichiro le hizo un guiño a su hija y añadió:

—Una cosa más. ¿Me permitirás acompañarte de vez en cuando a la librería Natsuki?

Nanami se puso de pie de un salto, llena de alegría, y se dio un golpe en las rodillas con el borde de la mesa.

Había devuelto la serie completa de Lupin a la biblioteca. Por su parte, el anciano Hamura admitió, tras algunas pesquisas, que faltaban libros, según lo indicado por Nanami.

—Pero es normal encontrar determinados libros en los estantes y es normal no encontrarlos otras veces, ¿no crees? —dijo el anciano.

Si lo decía en broma o en serio, Nanami no pudo asegurarlo, pero esta vez no le importó. Quizá estaba madurando. Desde luego, habían comenzado a producirse muchos cambios en su vida.

—Aquí tienes tu té —ofreció Rintaro.

La delicada taza de cerámica brillaba a la luz de la estufa. Mientras la joven la tomaba en sus manos, una multitud de pensamientos le cruzaron por la cabeza: el inmenso castillo, el fuego, aquellas máquinas de hierro y acero destrozadas, y aquel hombre…

—Te has quedado pensativa —dijo Rintaro—. ¿Estás recordando lo que pasó?

—De repente, me han venido algunas imágenes. Es extraño…; a pesar del peligro vivido, me encontré con gente a la que me alegro de haber conocido.

—No es necesario que le des tantas vueltas —interrumpió Rintaro al tiempo que tomaba su taza—. Lo importante es que le ganaste la apuesta al rey. Y que regresaste a casa sana y salva. Y que devolviste aquellos libros.

—Tienes razón. Sin embargo… —Nanami contempló las ondas en la superficie del té—.

¿Qué crees que significa: «Soy quien prolifera»? Es una expresión extraña que me produce bastante desasosiego.

Los ojos de Rintaro se entornaron tras el cristal de las gafas.

—Fue el rey quien dijo que no se sometía a las reglas naturales, ¿no?

—¿Estás pensando en algo?

—No sé si lo que voy a decir es correcto, pero… —Rintaro se detuvo y dio la impresión de que trataba de elegir las palabras adecuadas para expresar lo que pretendía transmitir—. Todo lo que hay en el mundo va deteriorándose con el tiempo: el hierro se oxida, las manzanas se

pudren, los seres vivos envejecen. Incluso construcciones inexpugnables como los castillos se caen si se descuidan.

»Lo mismo les sucede a nuestros corazones si no les prestamos atención. El paso del tiempo acaba llevándose nuestros sentimientos y nuestras emociones.

—¿A esa ley natural se refería?

—Depende del punto de vista desde el cual se mire, pero el ser humano no está exento de esa regla o ley natural. Sin embargo, hay una sola creación humana que no cumple la regla y que, lejos de deteriorarse, va adquiriendo más fuerza con el paso del tiempo, algo que aumenta y… prolifera.

De pronto, Nanami recordó aquel castillo, más grande en cada ocasión que lo visitaban.

—La imagen que el rey debió de hacerse de ti era la de una jovenzuela que no dice más que barbaridades. Él, sin embargo, crece y crece, y aplasta y retuerce lo que encuentra a su paso.

—Pero ¿eso existe…?

—Sí —afirmó Rintaro con seguridad.

Nanami tuvo la impresión de que hablar de «eso» había bastado para que la temperatura del interior de la librería descendiese.

—Entonces…

—No debemos llegar a conclusiones precipitadas —indicó Rintaro prudentemente—.

No tengo pruebas que demuestren nada, y hay cosas que desconozco, pero esa sustancia que crece y se desarrolla por su mera existencia lleva en sí cierta contradicción… Se diría que su existencia sirve para compensar algo… Pero no tengo nada claro esto último.

Más que hablarle a Nanami, Rintaro había comenzado a pensar en voz alta. Nanami lo contemplaba desde el otro lado de la estufa. Naturalmente, no había esperado oír una respuesta clara y precisa por su parte, pero, en cualquier caso, Rintaro hablaba con pausa y meditaba pacientemente cada palabra, tratando al menos de ser lo

más preciso posible. No buscaba atajos ni se conformaba con lo primero que acudiese a su cabeza.

«Las palabras son un catalejo —le había dicho Tora en una ocasión—. Ellas te muestran lo que es invisible a los ojos. El problema es que también te ocultan lo que es visible».

Quizá tuviera razón. Tal vez, en el momento en que uno convierte algo en palabras, corre el riesgo de excluir una gran cantidad de cosas; tal vez el mundo, en su totalidad, no se someta tan fácilmente a las palabras.

—¿Eh? Otro cliente. Qué raro.

Nanami levantó la vista ante la sonoridad de aquella voz femenina a tiempo para ver surgir, de la escalera trasera, una mujer de pelo corto. La joven se llevó un pequeño susto y Rintaro se apresuró a dar explicaciones.

—Es Sayo, mi mujer. ¿No os conocíais?

Nanami se había quedado perpleja.

«¿Su mujer?», dijo para sí.

—Acaba de pasar un mes en Europa —explicó Rintaro—. Es traductora. Volvió ayer.

—Pero, entonces ¿estás casado?

No pudo evitar la pregunta, aunque un instante después le pareció un poco impertinente tanto la pregunta como el tono en que la había hecho, y cerró la boca apretando los labios con fuerza.

—Yo también estoy encantada de conocerte —intervino la mujer con una sonrisa amistosa y sin un ápice de malicia—. Bueno, a decir verdad, es raro que alguien como Rintaro, tan volcado en los libros, haya sacado tiempo de alguna parte para conquistarme.

—Eh…, no, no. ¡No quería decir eso! —negó Nanami al tiempo que agitaba la cabeza con fuerza.

La mujer le tendió la mano.

—Soy Sayo Natsuki. Mucho gusto. Rintaro me ha hablado de ti.

Nanami se apresuró a estrechar aquella mano elegante.

—Nanami Kosaki.

—Pero llámame Sayo, no por el apellido.

A continuación, tomó la taza que Rintaro había dejado sobre el mostrador y probó un sorbo de té.

—Ay, quema… —dijo y separó de inmediato la taza de los labios con un ademán que a Nanami se le antojó muy simpático.

Rintaro esbozó un tierno gesto de disgusto, como riñéndola. Sayo dejó la taza donde estaba y se volvió a Nanami.

—Está bien que pidas consejo a Rintaro, pero hazlo con moderación. Lo digo porque, aunque en general se puede confiar en él, piensa demasiado y les da tantas vueltas a las cosas que a veces se enreda y se pierde en sus ideas. Y eso de nada sirve.

Sayo tomó asiento ante una perpleja Nanami y la miró a los ojos.

—Lo sé todo —prosiguió—. Has corrido innumerables peligros y has regresado a salvo.

Eso es lo más importante. Lo demás ya lo aprenderás con el tiempo.

—¿Con el tiempo?

—Sí, el tiempo adecuado es fundamental. El té, si se enfría, no está bueno. Pero si está demasiado caliente, quema.

Sayo rio suavemente.

—La temperatura adecuada es vital. Para alcanzarla, debes esperar… mientras echas un vistazo a los libros de las estanterías, por ejemplo.

Nanami también rio levemente, en respuesta a la risa de Sayo.

El tono de voz de Sayo era atento y cuidadoso con Nanami, sin rastro alguno de alarde ni prepotencia, y pronto la joven empezó a comprender por qué ambos, Sayo y Rintaro, habían podido coincidir para formar una pareja, y cómo se complementaban en su manera de pensar, un tanto diferente.

—Ya que estás aquí, llévate prestados algunos libros. Deja que Rintaro te aconseje.

Aunque…, no sé…, cuidado con lo que te recomiende. A veces, son auténticos mamotretos.

—Ya está con lo de siempre… —murmuró Rintaro, pero Sayo ignoró el reproche.

Pronto, también Nanami se dejó envolver por aquella cálida y distendida atmósfera.

—Sayo —dijo—, ¿tú también conoces a ese misterioso gato?

Nanami se sorprendió de su propia osadía, pero algo le decía que Sayo había conocido al gato. Sayo rio con ganas.

—Por supuesto. Ese gato tan seguro de sí mismo y tan inteligente… ¡Es todo un personaje!

Con la taza entre las manos, Nanami se inclinó ligeramente hacia delante y preguntó:

—¿Crees que volveré a coincidir con él? No pude agradecerle su ayuda y compañía ni despedirme de él, después de todo por lo que pasamos.

Rintaro rio de manera extraña y Sayo se giró.

—¿A qué viene esa risa?

—Perdonad. Es que una vez yo también hice esa pregunta. Se la hice a él mismo. Le pregunté si volvería a coincidir con él.

—¿Y qué te contestó?

—Dijo que eso era una idea caduca, pasada de moda.

Nanami abrió los ojos como platos.

—¿Qué opináis? —continuó Rintaro—. Yo se lo preguntaba en serio y él se burló de mí.

Pese al tono crítico, se veía en sus ojos el aprecio que le tenía. Nanami recordó a Tora y la particular expresión de su rostro cuando hablaba de cierto joven, y, por extraño que pudiera parecer, cayó en la cuenta de que guardaba cierta semejanza con la de Rintaro en aquel mismo instante.

—En fin, no creo que volvamos a verlo. Y no pasa nada si así termina

sucediendo.

Cumplió con su misión y ya está.

—¿Su misión?

—Bueno, nunca habló claramente de ello. Tenía un carácter quisquilloso y, como guía en el laberinto, era bastante torpe, la verdad. Ni siquiera como gato tenía especial gracia.

Rintaro se detuvo y, tras un breve momento, continuó.

—No te preocupes si deseas transmitirle algo, porque seguro que ya está enterado, que le ha llegado de algún modo.

Nanami asintió y no hizo más preguntas. Si algo sacó en claro de aquello, fue que ambos sabían bastante más que ella.

—Las cosas importantes hacen que todo lo que ves a tu alrededor se vuelva importante

—intervino Sayo.

—¿Todo?

—Sí, las personas y los objetos. Y también las relaciones entre objetos, y cosas abstractas como las palabras y el tiempo; las cosas que amas, aquellas en las que se ha quedado prendido tu corazón. De alguna manera, ellas actuarán recíprocamente y cuidarán de ti, del mismo modo que tú cuidas de ellas. De lo que haya allí donde pongas tu corazón se alimentará tu corazón.

Sayo guardó silencio y Rintaro tomó el relevo.

—Y por eso precisamente hay que tener cuidado. Si uno está en contacto con corazones torcidos, el suyo acabará torciéndose también.

Nanami asintió de nuevo con la cabeza.

—Lo recordaré.

Sayo sonrió y Nanami sorbió de la taza de té e inspiró el reconfortante aroma del té de mezcla *earl grey*.

Ligeros copos de nieve continuaron cayendo por la tarde. A pesar de la

suavidad de la nevada, poco a poco la calle había ido cubriéndose de un manto blanco.

Rintaro propuso acompañarla hasta su casa. Nanami le dio las gracias, pero rechazó la oferta. Estaba decidida a aprender a valerse por sí misma, y por supuesto no estaba dispuesta a que aquella leve nevada le impidiera caminar hasta la estación, tomar el

tren, apearse en la parada de destino y acercarse a la biblioteca a entregar el libro que debía devolver. Todas aquellas acciones eran sencillas y rutinarias para la mayor parte de la gente, pero para Nanami eran pequeñas aventuras.

Se encontraba bien físicamente, y con buen ánimo, y disponía de un nuevo inhalador, bien guardado en su bolsillo. En definitiva, estaba preparada para emprender el viaje.

Abrió el paraguas bajo los copos de nieve y caminó despacio, con cuidado. En la estación, subió y bajó escaleras, y se detuvo para descansar cuando lo creyó conveniente. Le sorprendió la gran cantidad de gente que había en el tren, pero, aunque tuvo que hacer todo el trayecto de pie, llegó sin problema a la parada de destino.

La biblioteca no quedaba lejos. Atravesó una zona residencial y llegó con la puesta de sol. Le bastaba con entregar los libros en el mostrador del vestíbulo, pero decidió tomarse un respiro en el lugar habitual de la primera planta, allí donde solía sentarse a leer. En el castillo, tuvo la impresión de poder moverse con mayor ligereza, pero, en cualquier caso, ambas eran circunstancias incomparables.

La primera planta se encontraba sumida en el más completo silencio. No había ni un alma, ni siquiera la anciana que a veces se encontraba allí. Aunque, en el fondo, era el panorama habitual y no la consecuencia del mal tiempo.

Se asomó a la ventana y comprobó cómo los tejados oscuros de la ciudad habían ido cubriéndose de blanco, dando al ambiente una luminosidad inusual a las cinco de la tarde en invierno. Aún había algunos niños en el patio del colegio de enfrente, disfrutando de sus juegos entre gritos de jolgorio. Si continuaba nevando, al día siguiente podrían hacer muñecos de nieve.

Nanami apoyó los codos sobre la mesa y alzó la vista a las gruesas nubes preñadas de nieve. «¿Seguirá nevando sin parar?», se preguntó.

No había observado nada extraño a su alrededor. Los huecos como dentaduras melladas se habían cubierto de libros. Había algunas zonas vacías, aquí y allá, pero no más de lo normal en cualquier biblioteca, como habría dicho el señor Hamura.

—Vaya…, ¡qué bien! —susurró con cierta sorpresa, tal vez tratando de calmar la zozobra que sentía en su interior.

Ya lo había dicho Sayo: hay preguntas para las que uno no va a hallar respuesta, por muchas vueltas que les dé, y, para tomar un delicioso té, solo hay que esperar al momento oportuno.

«Y ¿qué hago con la nieve? ¿Debo esperar a que pare?». El problema era que tenía todo el aspecto de continuar nevando, y que, por tanto, cada minuto que pasara haría más difícil caminar por las aceras.

Miró distraídamente a su alrededor, y entonces se percató de algo. Pensaba que estaba completamente sola en la biblioteca, pero creyó ver una sombra un poco más allá.

Era un hombre de considerable estatura y se encontraba de pie frente a la máquina expendedora ubicada junto al ascensor. En ese instante, en aquella quietud inerte y estanca que llenaba todo el espacio de la biblioteca, Nanami oyó el tintineo seco y metálico de una moneda al ser insertada por la ranura de la máquina y, a continuación, el golpe amortiguado de una botella que caía.

Como si de un imán se tratara, Nanami se quedó mirando fijamente la espalda de aquel hombre, que se inclinaba en ese momento para agarrar la botella con una mano y, acto seguido, el cambio con la otra. Caminó pesadamente entre el área de lectura y las grandes estanterías.

Nanami contuvo la respiración. El hombre llevaba puesto un traje gris y una gorra plana del mismo color. Pausadamente recorrió las secciones de literatura, filosofía, historia…

Finalmente, se detuvo frente al panel que decía: ECONOMÍA y miró hacia la zona de lectura en la que se encontraba Nanami. Comenzó a andar hacia ella. Nanami se mantuvo inmóvil, sin despegar la vista del hombre.

Se situó frente a ella, al lado opuesto de la mesa, dejó la botella de plástico de té frío sobre el tablero y se quitó la gorra.

—Está libre, ¿verdad? —preguntó, señalando la silla.

Nanami reconoció aquel rostro gris e inexpresivo en el que no se adivinaba sonrisa alguna, ni señal de disgusto o de cansancio.

Las manos de Nanami se aferraron al libro que tenía sobre la mesa. Después, alargó la mano derecha como invitación a que se sentara.

El rey separó la silla de la mesa, se sentó y cruzó las piernas cómodamente. Colocó una a una, sobre la mesa, las monedas que traía en la mano y, a continuación, empujó la botella de té hacia Nanami.

La joven no se movió. El hombre la miró con aquellos ojos carentes de emoción y dijo:

—Es té rojo. Pero creo que no te gusta.

—Según el día y el lugar.

—Vaya —susurró él sin preocupación alguna por la respuesta, e inmediatamente se puso a juguetear con las monedas, sosteniéndolas entre los dedos.

—¿Por qué has venido…? —se atrevió a preguntar Nanami.

La voz no le temblaba. Mantuvo el cuerpo erguido y una tranquilidad que a ella misma le sorprendió. Hasta ese momento solo se había enfrentado a los hombres de rostro gris dentro de los confines del castillo. En todo caso, tanto al enfrentarse con el general como al hacerlo con el canciller o con el rey, en las tres ocasiones había encontrado el mismo rasgo común de vacío, opacidad y oquedad. Ahora, volvía a encontrarlo en un escenario que ella conocía muy bien. Aquel era su terreno. La biblioteca era su castillo, por expresarlo de algún modo.

Afuera, nevaba y aún se oían las alegres voces de los niños. Así pues, Nanami se hallaba ante una intromisión de lo inusual en el contexto de lo ordinario.

—¿Por qué he venido…? —El rey desvió la mirada hacia la ventana—. No lo sé. Lo que sí sé es que conseguiste huir de las llamas de una manera asombrosa. Así que supongo que me gustaría conocer un poco más sobre ti.

—Veo que tú también has salido ileso.

—Simplemente, porque no puedo extinguirme. Ya te lo dije: soy quien prolifera —

repuso y dio un suave golpe con una moneda sobre la mesa, como si moviera ficha, produciendo de paso un leve y seco sonido—. ¿Puedo preguntarte cómo te las arreglaste?

—Entonces, para eso has venido…

El rey no contestó, pero dio un nuevo golpecito con la moneda sobre la mesa.

—Conozco a los humanos. Tienen esperanzas, deseos, y emplean una fuerza descomunal en hacer realidad esos deseos. Hay quienes dicen que lo que define al ser humano es el conocimiento. Se equivocan, obviamente. Sí, el conocimiento es el padre de la técnica y de la invención, pero una persona de conocimiento no apretaría el gatillo de un fusil contra uno de los suyos. No lo haría precisamente por eso, por tener conocimiento y ser una persona sabia.

»Es obvio que, en general, los hombres sabios son pocos y que lo que mueve al ser humano no es el conocimiento. Pero no me malinterpretes. No estoy diciendo que esto me parezca mal. La mejor y mayor arma del ser humano es ese deseo sin límites. Por él pisotean a quien se les ponga delante, matan a sus hermanos… Es ese deseo lo que ha impulsado el desarrollo del ser humano y el responsable último de sus descubrimientos, y lo que le ha empujado a su grandeza.

Hizo sonar de nuevo la moneda.

—Pero, a ese mismo ser humano —prosiguió—, la desesperanza y la desgracia lo sumen en un pozo. Así de frágil es. Las personas independientes no sobreviven entre las llamas.

—Y tú has vivido entre ese tipo de personas, ¿verdad?

—Sí, nunca he salido de ese ambiente.

El rey volvió a golpear la mesa con la moneda. Se mantenía inexpresivo, pero, a oídos de Nanami, el golpe de la moneda contra la mesa sonaba a grito de dolor.

Por fin, Nanami lo comprendió: el rey había venido a buscar algo.

Al contrario de la ocasión anterior, ahora no trataba de convencerla de nada. Intentaba encontrar su propio camino, y para ello había

venido a buscarla. Quería saber y tenía preguntas que hacerle.

Nanami respiró profundamente y dijo:

—Creo que las personas con las que has vivido habrían sido incapaces de superar esa prueba.

Aquellas palabras afloraron a sus labios de manera casi inconsciente.

—¿Las personas con las que he vivido?

—Sí, las que están llenas de egoísmo. En eso llevas razón: quienes no miran por los demás son más fuertes en apariencia. Pueden pisotear a cualquiera sin que ello les produzca dudas ni remordimientos, sin preguntarse si están haciendo bien o mal las cosas. Pero, en realidad, son frágiles…

—¿Por qué?

—Porque están solos.

El rey guardó silencio.

—Porque no recibirán ayuda cuando se encuentren en medio de las llamas —continuó Nanami.

Como copos de nieve que caen suavemente, las palabras acudían a ella sin esfuerzo alguno. No eran fruto de consideraciones teóricas ni de una reflexión metódica, pero representaban lo que ella deseaba expresar, sin más.

—Lo necesario para escapar de la vida no es hacer las cosas al antojo de uno, ni siquiera recurrir a conceptos abstractos como conocimiento o deseo. Y, por supuesto, objetos como los mosquetes y todas aquellas máquinas embadurnadas en aceite son completamente inútiles.

—¿Qué es, entonces, lo que hace falta? —preguntó el rey.

—La respuesta no es sencilla. No creo que pueda expresarse en palabras.

—¿Leer libros, tal vez?

El rey la observaba con su mirada de cristal y Nanami se la mantuvo, sin responder. El hombre de rostro gris permanecía inmóvil.

—Estás convencida de lo que dices, ¿verdad?

La ausencia de toda emoción en su rostro impulsó a Nanami a responder con total seriedad.

—Los libros han tocado el corazón de muchas personas y les han dado fuerza. Esa fuerza fue lo que me sacó de allí. Así lo sentí y así lo siento.

—No sé, no sé. Los libros hacen débiles a las personas. Las vuelve consideradas, empáticas, solícitas… De ahí surgen las dudas, la vulnerabilidad y la servidumbre, y, con ello, se estrechan las opciones del ser humano y se reducen sus posibilidades de éxito.

—Hay cosas más importantes que el éxito.

Los ojos del hombre no se inmutaron.

—No digo que no esté bien tener éxito —prosiguió Nanami—. A lo que me refiero es a que hay cosas más importantes. Y esa es, por ejemplo, una de las enseñanzas de los libros. Tender la mano a quien necesita ayuda y escuchar a quien no tiene voz es, desde luego, más importante que acumular dinero. Es algo que quizá sea difícil argumentar de manera lógica, pero para eso están los libros: para aprenderlo.

»Quizá hoy día ha dejado de ser obvio, pero lo era en otros tiempos. Era obvio para todo el mundo. Si leyeras libros, lo sabrías.

—Como dices, mucha gente lo ha olvidado, pero yo diría que es porque se dieron cuenta de su inutilidad.

—No. Si algo te dan los libros es fuerza.

—¿Por ejemplo?

—Los libros te enseñan a no perder la esperanza, a no estar solo. Te enseñan a escapar de las llamas y a buscar la salida.

A Nanami le vino a la cabeza la imagen del pequeño ratón gris, de las banderas azules con la cruz blanca y del avispado ladrón de guante blanco. Y, naturalmente, de aquel desafiante gato…

Lenta y pausadamente, el hombre de rostro gris alzó la vista hacia el techo. Parecía muy atento a lo que decía la joven.

—Yo misma lo oigo todos los días en el instituto: vivid a vuestro aire, expresaos como os venga en gana y triunfad en la sociedad. Creo que es la peor enseñanza que puede darse.

Nanami reposó ambas manos sobre el libro que tenía ante sí, encima de la mesa.

—El problema es que resulta complicado explicar por qué creo que se trata de una idea completamente equivocada. Supongo que es difícil porque se trata de una sensación, una intuición, más que de algo que pueda argumentarse con lógica.

La joven bajó la vista al libro.

—Por eso es bueno leer, porque leer ayuda a captar aquello que no puede argumentarse lógicamente. ¿Qué deriva tomará el mundo si cada cual piensa solo en uno mismo? Los libros clásicos te ayudarán a plantearte la cuestión: ¿qué es lo que te importa realmente, acumular dinero o ser feliz?

—¿Por qué no los dos?

—Supongo que no es posible. Los cuentos infantiles suelen plantear la disyuntiva de tener que escoger entre el baúl de joyas grande o el pequeño.

La voz suave de Nanami reverberaba en el espacio silencioso y vacío de la biblioteca en el que parecía haberse detenido el tiempo.

—Sin embargo… —El rey volvió a recoger las monedas en su mano—. Yo ya me he hecho demasiado grande, tanto que puedo aplastar a los humanos de un soplido. Los humanos ya no pueden zafarse de mí. El caos que represento es tan grande que el más mínimo roce basta para que cualquier ser humano sea arrastrado dentro de mí.

Su rostro impenetrable seguía sin mostrar nada, ni rabia ni burla.

—Llevo conviviendo con los humanos desde hace milenios.

Algo oscuro comenzó a elevarse desde los pies del hombre de rostro gris.

—¿Milenios?

A los pies de Nanami también empezaba a extenderse aquella niebla opaca, que le produjo una impresión similar a la que había

experimentado en el castillo. Sintió frío.

—Primero fueron conchas a la orilla del mar. Estas llegaron a manos de la gente, que empezó a tallarlas, a intercambiarlas y a acumularlas. Y quienes ponían sus manos sobre mí iban cambiando, porque cada vez querían acumular más y más.

Desde fuera de la ventana ya no se oían las voces de los niños. Había oscurecido y Nanami se encontraba todavía allí sentada, enfrente de aquel hombre.

El aire parecía haberse enfriado y enrarecido, y la mandíbula de Nanami se tensó. Sabía que si permanecía allí, quieta, era porque no estaba sola.

De pronto, el hombre gris pareció sufrir unas leves convulsiones. Aquel hombre de gran estatura empezó a contraerse y, de pronto, se asemejaba al general, para adoptar poco después los rasgos del joven canciller y, a continuación, los de una huesuda anciana de espalda encorvada de cuyos pies borboteaba un líquido similar al lodo.

—El cambio fue pequeño al principio —continuó—, pero fue acrecentándose con el tiempo y envolviéndolo todo, hasta convertirse en lo único que la gente anhela. Yo entrego mi fuerza allí donde esté y prolifero allí donde me acumule. Cuanta mayor presencia tenga en un lugar, más aumento en ese lugar, despertando, por tanto, aún más el deseo de la gente. Y, para acumular más, no dudan en mentir, en engañar, en herir y hasta en matar.

Sumida en la oscuridad, la anciana se retorcía y se contorsionaba, y Nanami la veía simplemente como una enferma aquejada de terribles dolores.

—Aquello que sin intención de aumentar se ve arrastrado a hacerlo comienza sufriendo estas convulsiones. Una pequeña riqueza la administra cualquiera, ¿verdad? Pero si la riqueza se agranda y se hace enorme… Eso ya requiere sacrificios. Y a eso la gente lo llama «crecer». Dicen que es «crecimiento», cuando no es más que «proliferación». Y

cuanto más tienen, más quieren.

»Hay quienes alertan del peligro, naturalmente. Advierten de que no se puede «crecer»

indefinidamente. Pero quienes más tienen acallan esas voces débiles. Es lógico. Su fuerza consiste precisamente en «proliferar».

La anciana hizo el ademán de agarrar algo en el aire con su mano huesuda y angulosa.

—¿Qué hacen, por tanto, los humanos? ¿Crecer? ¡Qué estupidez! Eso no es más que un espejismo, la ilusión más absurda en la que uno pueda caer. La riqueza no es absoluta,

sino relativa. Cuanto más rico sea uno, más pobre será otro. La gente hace como si no se dieran cuenta de esto, aunque es obvio que lo saben. Y, precisamente porque lo saben, también saben que no les queda más remedio que engañar, robar y extorsionar al otro, y aferrarse a lo que sea para acumular riqueza. Cada vencedor en esa lucha acumula un pantano de pobreza a sus pies. Y esa barbaridad, esa brutalidad, se comete en nombre de la libertad, de ese…: «Haz lo que te dé la gana».

La anciana contempló a Nanami con una mirada hueca y opaca, que ocultaba tras de sí sus grandes secretos mientras la densa oscuridad, capaz de engullirlo todo, se extendía.

Una fina película de sudor empezaba a cubrir la frente de Nanami. No tenía nada que replicar a aquel monólogo desplegado por la anciana. Asimismo, tampoco había esperado aquel desarrollo de los acontecimientos.

—Todavía eres una niña —le reprochó la anciana, pero su voz seca se había vuelto gruesa e intimidatoria. La anciana de cuerpo menudo, acurrucada sobre la silla, se había transformado en el general—. Por eso no entiendes lo que digo. Todavía te faltan muchas cosas por conocer.

—Pero tú has venido a hablarme, ¿no? A hablarme a mí, que no sé nada…

Nanami trataba de calmar su respiración mientras los contornos del general se emborronaban e iba surgiendo ante ella la imagen del canciller.

—Sin duda, los libros te otorgaron la fuerza necesaria para huir del fuego —dijo el canciller—. Ahí está lo interesante. Tal vez, la fuerza de los libros contribuye en efecto a cambiar algo.

Había urgencia en aquel tono de voz.

—Tú también, Nanami, sentirás la llamada de la ambición. ¿Tendrás los libros a tu lado para socorrerte cuando ocurra? ¿O buscarás en ti misma, te dejarás llevar por el capricho y desearás más y más…?

—Si eso llegara a suceder… —Aterida por el frío, Nanami apretaba las manos y, como si tratara de zafarse de aquella oscuridad, dijo por fin —: Vuelve, si eso llegara a suceder.

Inmediatamente, las palabras se diluyeron en aquel entorno oscuro. La imagen del canciller se hacía difusa y a veces parecía el general, a veces el rey…, también una mujer joven y, después, un hombre joven, y, entre temblores, vuelta a empezar.

Ante un interlocutor cambiante, Nanami invocó todas sus fuerzas para no caer en la desesperación.

—Si yo cambiase, vuelve, por favor, y grita. Grítame que abra los ojos y me comporte como es debido.

Nanami sabía que lo que estaba diciendo era un disparate, pero no encontraba ninguna otra respuesta posible. Cuando continuó, Nanami alzó la voz.

—Comparada contigo, que has visto tantas cosas, no soy más que una ignorante. Ni siquiera entiendo todo lo que me estás contando. Pero no por eso voy a darte la razón.

Así que solo me queda pedirte una cosa: si cambio, vuelve aquí y grítame.

La densa oscuridad no se movía un ápice. Frente a la joven apenas había ahora una sombra indefinida, semioculta tras un telón de niebla, pero Nanami tenía la fuerte impresión de que varios de aquellos seres inclinaban la cabeza para oír hasta el último detalle.

Había perdido la noción del tiempo. De pronto, volvía a tener sentado frente a ella al rey de rostro y traje gris. La miraba con calma. Era la primera vez que Nanami veía aquella mirada en él. Pensó que en ese momento la estaba mirando verdaderamente, por vez primera.

De nuevo, la joven alzó la voz.

—No voy a abandonar los libros, pero, si lo hiciera, regáñame, ¿de acuerdo? Dime:

«¿Qué diablos haces? Tú fuiste la que una vez salió ilesa de las llamas del castillo. ¿Por qué te comportas así ahora?». ¡Repróchamelo a gritos! Dime: «¡Compórtate!».

Nanami desconocía una gran cantidad de cosas, pero también tenía muy claras otras: sabía que incluso las cosas que creemos más seguras y en las que más fe tenemos se pueden romper en mil pedazos, de un momento a otro, si no las cuidamos.

Por ejemplo, su padre, la persona más maravillosa del mundo, había estado a punto de perderse a sí mismo en el trabajo. También había captado la aspereza en la mirada de su profesora, supuestamente simpática, o la expresión exasperada del médico de urgencias. Quizá no había mala intención en ninguno de ellos, pero era una señal de lo fácil que podía ser extraviarse, solo por el mero hecho de vivir.

Sin embargo, no todo estaba perdido. Siempre que hubiera alguien cerca, existía la posibilidad de redención.

—Lo peor es perderse uno mismo, perder el espíritu, el corazón. Y, sobre todo, no tener nadie a tu lado que te lo haga saber. No tener a nadie que te diga: «¡Cuidado, no te has portado bien con esta persona!». Es decir, lo peor es estar completamente solo.

»Aun así, ¿cuántas personas no habrá en el mundo que van quedándose solas sin siquiera darse cuenta?

»Yo tengo muchos amigos que me llamarán la atención cuando deban hacerlo. Amigos como tú.

Un ápice de sorpresa se reflejó en los ojos del rey.

¡Era la primera emoción mostrada por un hombre de rostro gris!

—Por si no lo has oído, voy a repetirlo una vez más. También tú formas parte de mis amigos. Por eso es mi deber decírtelo: ¡cuidado, no te estás portando bien!

La niebla de oscuridad seguía rodeándolos a ambos. El rostro gris del rey no había variado, pero aquella dureza y tirantez de sus facciones parecía ir diluyéndose, casi imperceptiblemente.

El hombre desvió los ojos de Nanami y se miró la mano en la que sostenía el puñado de monedas. Las depositó suavemente sobre la mesa y, junto con el sonido producido por estas, la niebla se fue aclarando y la oscuridad evaporando. La biblioteca volvía a ser la de

siempre.

El rey permaneció inmóvil y Nanami no dijo nada. Con su silencio guardó respeto al rey, que mantenía la vista baja, puesta en las monedas. Contempló a aquel ser que había atravesado milenios hasta llegar allí.

«El corazón se queda prendido en todo», había dicho Sayo. Y así era.

No solamente se quedaba prendido en los libros. No solo en las cosas materiales, también en las palabras y en los conceptos. También estos tenían fuerza para mover los corazones. «Si uno está en contacto con corazones torcidos, el suyo acabará torciéndose también», había afirmado Rintaro.

El rey había estado entre los hombres desde tiempos inmemoriales, había recorrido el mundo y cambiado de apariencia, pero siempre se había mantenido pese al paso del tiempo, surcando el mar de los deseos y de las ambiciones humanas.

—Qué extraño… —susurró el rey, sin que esa vez se produjera la fría reverberación tras sus palabras. Sí pudo percibirse, sin embargo, una levísima modulación en su voz—. A veces, me he encontrado a gente como tú, gente que se resiste a la desesperanza…

Suspiró y alzó la vista a Nanami. Esta le devolvió la mirada. Aún era imposible adivinar qué estaba pasando por la cabeza del rey.

—No lo olvidaré —dijo el rey—. Lo importante no es lo que se ve. Lo importante es lo que se guarda en el corazón.

Entonces, se puso en pie. Tomó la gorra de encima de la mesa y se la puso. Introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un objeto pequeño, que dejó sobre el tablero.

—Es tuyo. Te lo dejaste en el castillo —señaló.

Nanami dio un respingo. Era el inhalador. Se le había caído en la escalera de caracol, todavía medio lleno.

El hombre se giró y se alejó caminando lentamente, sin despedirse. Y Nanami contempló su figura, perdiéndose de vista entre las sombras de las enormes estanterías, hasta que se apagó el sonido de sus pisadas y todo volvió a quedar sumido en la más completa quietud.

A través de la ventana, de nuevo se veía la nieve sobre la ciudad.

EPÍLOGO

Así terminó todo

Desde la ventana de la biblioteca se divisaban algunos muñecos de nieve. El invierno había dado comienzo con aquella nevada tardía que se prolongó a lo largo de un buen número de días, entre algún que otro descanso, hasta que, finalmente, se puso a descargar fuerte cierta noche, por sorpresa, y continuó al día siguiente, dejando la ciudad completamente cubierta de un grueso manto blanco.

Las máquinas quitanieves hicieron acto de presencia aquí y allá, y, aunque su trabajo fue útil en la calzada de las calles, las aceras quedaron sumidas en sinuosos montículos de nieve casi imposibles de transitar. Los árboles de Navidad que adornaban algunos jardines habían quedado cubiertos hasta la mitad y la parpadeante iluminación típica de dichas fechas se antojaba un fantástico espejismo de colores entre aquella blancura.

Pese a tener la novela *La luna y seis peniques* abierta frente a ella, Nanami no leía, sino que contemplaba la nevada. Las noticias meteorológicas habían anunciado que a media tarde cesaría de caer nieve. Aunque acertaran y efectivamente dejara de nevar, ya podía decirse sin temor a equivocarse que había sido la mayor nevada de los últimos tiempos.

Nanami acostumbraba a mirar por la ventana a diario y estaba disfrutando de lo lindo con aquel espectáculo excepcional.

—¿Qué lees?

La pregunta procedía del bibliotecario, el señor Hamura, que recorría en ese momento las mesas de lectura. Nanami levantó el libro para mostrarle la cubierta.

—Ah, *La luna y seis peniques*. La obra maestra de Somerset Maugham. Buena elección.

—Por supuesto. Me la recomendaste tú.

El señor Hamura ladeó la cabeza un tanto desconcertado, pero no pareció darle importancia.

—Maugham fue un escritor de primer nivel y también muy buen crítico. Su excelente ensayo *Diez grandes novelas y sus autores* es prueba de ello.

—Es la primera vez que oigo hablar de ese libro. Por favor, recuérdamelo de nuevo más adelante. Creo que me gustaría leerlo, pero no ahora.

— *Cumbres borrascosas* es una de las diez novelas analizadas.

Aunque hablaba con algo de aspereza, su tono de voz delataba cierta diversión.

—Si no te importa, cuando termines de leer *La luna y seis peniques* acércate al mostrador.

Puedes pasarte de tanto en tanto, cuando no estés ocupada —añadió mientras ya se alejaba y dejaba atrás las mesas de lectura, siempre con ese aire agrio que no se quitaba de encima, pese a ser un hombre cumplidor y dedicado a su trabajo. Desde luego, no era inferior a Maugham en su oficio: lo sabía todo de la biblioteca.

Aquel día, había un número mayor del habitual de lectores en la biblioteca, quizá por la simple razón de que con la nieve cubriendo la ciudad no quedaban muchos lugares a los que ir.

No había desaparecido el anciano de su vista todavía cuando ante ella apareció otra figura familiar: Itsuka.

—Nanami, perdona, llego tarde.

Itsuka se acercaba a paso rápido al tiempo que agitaba una mano. Excepcionalmente, aquel día no traía consigo el arco. Llevaba puesto un abrigo grueso y una cartera a la espalda.

—¡No veas la que está cayendo!

Sobre su pelo y sus hombros habían quedado prendidos algunos copos de nieve.

Nanami colocó el marcapáginas en *La luna y seis peniques*.

—¡Casi me parece estar viviendo dentro de un libro! Como esto siga así, el tren va a dejar de funcionar.

—Pues es un problema. —Nanami cerró el libro.

—Nanami, ¿puedes caminar con esta nieve? —preguntó Itsuka a la vez que colocaba la cartera sobre una silla.

—Sí, sin ningún problema.

—¿De verdad?

—Bueno, ¿quieres ir a la librería Natsuki o no?

—Pues… —Itsuka lo pensó durante unos instantes—. Oye, pero no creo que pueda ver a ese gato que habla, ¿no?

—¿Qué estás diciendo? ¿Desde cuándo los gatos hablan?

—Pues qué decepción…

Mientras conversaban, Nanami fue guardando en su cartera el libro y los lapiceros que tenía sobre la mesa. Habían quedado en ir aquel día a la librería Natsuki.

«Hagamos una fiesta de Navidad», había propuesto Rintaro el domingo de la semana anterior. Nanami no estaba acostumbrada a recibir invitaciones de ese tipo. Rintaro había pronunciado aquellas palabras en el transcurso de una conversación en la librería Natsuki, y Nanami, acostumbrada a vivir recluida en su mundo de libros, apenas había sabido asociar significado alguno a aquel anuncio en un primer momento.

—Sayo y yo siempre pasamos la Navidad tomando té y una porción de tarta. ¡Hagamos algo diferente este año!

Una librería de segunda mano y una fiesta de Navidad eran dos conceptos que, en principio, no iban de la mano. Sayo, que se encontraba quitando el polvo a las estanterías, se percató de la extrañeza de Nanami.

—La Nochebuena es un momento muy especial para Rintaro y para mí —dijo con un tono de misterio.

Nanami enrojeció.

—Sayo —intervino Rintaro—, ¿qué estás diciendo? ¿No ves que tiene trece años?

—¡Pero si es verdad! —protestó Sayo—. Es una fecha muy importante

para nosotros.

—¿Especial, especial…?

—¡Claro que sí! Fue cuando te decidiste a hacerte cargo de esta vieja librería de segunda mano.

Rintaro enmudeció. Sayo se acercó a Nanami y le susurró en el oído:

—También es el día en que decidí que quería comprometerme con él.

Percatándose de que la aclaración había dejado aún más azorada a Nanami, Rintaro lanzó una ligera mirada de reprobación a Sayo, aunque esta no se dio por aludida.

Nanami tuvo la impresión de haber hecho un descubrimiento: Sayo tenía bien controlado al reflexivo Rintaro.

Fue entonces cuando les preguntó si su amiga Itsuka podía acompañarla a la fiesta.

Aceptaron gustosos. Más tarde, tras regresar a casa, le pidió permiso a su padre y este se lo concedió bajo la condición de que, a la noche, iría en coche a buscarla. Así, todo quedó listo. Nanami tenía ante sí una nueva aventura.

Pero, ante la expectativa de una nueva experiencia, Nanami pasó la semana anterior llena de nervios y de intranquilidad. Además, todavía no había tenido tiempo para organizar en su cabeza lo sucedido aquella tarde en la biblioteca, antes de volver a casa después de haber pasado el día en la librería Natsuki. Había una gran cantidad de cosas que deseaba preguntar a Sayo y a Rintaro, pero todavía no sabía cómo hacerlo.

Así pues, llegó el día, y, con la cabeza todavía hecha un lío y llena de pensamientos, tomó el tren con Itsuka rumbo a la librería Natsuki, para asistir a la fiesta de Navidad.

Entre tanta confusión, Nanami decidió tomarse un respiro y dejar de pensar. Sayo había dicho algo como que había cosas que solo llegaban a aprenderse con el paso del tiempo.

«La temperatura adecuada es vital. Para alcanzarla, debes esperar… mientras echas un vistazo a los libros de las estanterías, por ejemplo», había dicho.

—¿No abulta demasiado tu cartera? —preguntó Itsuka.

Nanami dirigió la mirada a su cartera.

—Es por los libros. *Solaris*. Este es de aquí, de la biblioteca. Y aquí tengo *Vida de Beethoven* y *Sanshiro*, que los tomé prestados en Natsuki.

—¿Estás leyendo tres a la vez?

—Bueno, son de temas que no tienen nada que ver entre sí. Uno es de un astronauta, otro de un músico y el tercero de un estudiante universitario. Ah, y este: *La luna y seis peniques*, sobre un pintor. Lo acabo de coger de una estantería.

Itsuka escuchaba atónita la entusiasta explicación de Nanami.

—Bien, entonces devuélvelo a su estantería y nos vamos.

—¡Ahora mismo! —dijo alegremente Nanami al tiempo que se ponía en pie.

No le bastaba con leer los libros uno detrás de otro; siempre acababa haciéndose con uno nuevo antes de haber terminado el anterior. Era una pequeña manía. ¡Eran tantos los libros que se moría de ganas de leer!

La luna y seis peniques pertenecía a la sección de literatura inglesa, de manera que Nanami se adentró hacia el fondo, entre las estanterías, mientras Itsuka se quedaba al tanto de sus cosas, junto a la mesa. Puesto que había encontrado el libro ese mismo día, antes de que llegara su amiga, Nanami no tuvo ningún problema en localizar el lugar donde debía dejarlo.

—Hecho —dijo tras colocar el libro en su lugar correspondiente e iniciar el camino de vuelta al área de lectura.

De pronto, se detuvo ante la sección de literatura francesa. Sin querer, había mirado hacia el final del largo pasillo. Allí se encontraba, como siempre, rodeado de estanterías y con su aspecto normal, sin ninguna pálida luz azul que alumbrase la entrada de ningún pasaje de viejas y descomunales estanterías.

Todo permanecía dentro de la más estricta normalidad. Ante ella, tenía las obras completas de Baudelaire, flanqueada por otros libros, y

no se apreciaban huecos donde no debía haberlos. Nanami tocó el lomo de los libros.

Nada se salía de lo habitual. Nada extraordinario había sucedido una vez que el hombre del traje y de rostro gris se había alejado caminando lentamente entre las estanterías, pero algo sí había cambiado en su corazón. Lo que había cambiado era simplemente que ahora sentía mucha más curiosidad por aprender y por saber cosas nuevas. Pero sentía el pálpito de que no le bastaría con sentarse en la biblioteca y abrir un libro ante sí para saber de esas cosas, sino que tendría que aventurarse a salir de la biblioteca para aprenderlas. Quería, al menos, entender la mitad de lo que el hombre de rostro gris había dicho, y para ello tendría que salir de ese mundo en que se sentía cómoda y arropada. Sí, sabía que tendría que salir.

Mientras pensaba en ello, dirigió la vista hacia abajo, al suelo del fondo del pasillo.

Allí había un gato, un gato atigrado con orejas triangulares y ojos de jade, de hermoso pelaje y bigotes de plata; y estaba sentado con aire digno.

Nanami no se sorprendió. Mantuvo la mano quieta, reposando sobre los lomos de los libros, y devolvió la mirada al gato. Lo contempló durante unos instantes.

—¿Qué tal hoy? —preguntó Nanami del modo más natural.

—De guardia, como siempre —contestó el felino con su voz grave habitual, al tiempo que meneaba suavemente la cola—. Sin novedades. No tienes por qué preocuparte por si faltan libros.

—Me alegro. ¿Todo bien, entonces?

—Así es. Todo bien.

Se miraron mutuamente durante unos instantes y, al poco, Nanami esbozó una sonrisa.

—Creí que no volvería a verte. —La voz le tembló levemente—. Rintaro dijo que, una vez que dabas por cumplida tu misión y finalizados tus asuntos, no tenías especial interés en dejarte ver de nuevo.

—Es que me queda un asunto pendiente… —respondió Tora.

—¿Un asunto pendiente?

—Sí. Darte las gracias.

—¿Eh?

—Aquel día me salvaste. Me sacaste del fuego y todavía no te lo había agradecido. Si salí de aquel trance, fue gracias a ti.

Nanami se sintió incapaz de contestar nada. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y todos sus esfuerzos se dirigieron a reprimirlas. Sabía que debía contestar algo así como «gracias a ti» o que «la ayuda había sido mutua», pero lo único que logró expresar fue lo siguiente:

—No sabes lo mal que lo pasé después de que perdieras el conocimiento. Fue horrible.

—Trató de sonreír. Le costaba mantener firme la voz.

Tora asintió pomposamente con la cabeza.

—Imagino lo peligroso que tuvo que ser. Pero nunca te rendiste, nunca tiraste la toalla.

Gracias a que no perdiste la esperanza, conseguiste salir de allí, conmigo en brazos.

Pero quien se sentía verdaderamente agradecida era Nanami. Era ella quien había sido salvada por Tora y no al revés, porque, si había aprendido a no rendirse, había sido gracias a él. No se atrevía a expresarlo así, en voz alta, porque le daba la impresión de que sonaría a falsa modestia.

Sintió deseos de abrazarlo. Pero sabía que, si hacía el gesto de acercarse, el gato se marcharía de inmediato, así que decidió no moverse de donde estaba.

—No te preguntaré si nos volveremos a ver.

—Buena decisión. A los seres humanos les encantan las palabras vanas.

El felino se incorporó sobre las cuatro patas e hizo el gesto de marcharse. Nanami trató de detenerlo.

—¡Me alegro de haberte visto!

Esas palabras lograron su propósito. Tora se detuvo y miró a la joven.

—Cuídate —dijo.

—Gracias. Pero… —Nanami vaciló un instante y enseguida continuó — si me necesitas, no dudes en llamarme. Estaré preparada.

A Tora debió de sorprenderle aquel ofrecimiento, porque abrió un poco más los ojos verde jade. Transcurrido un momento, sonrió y, con un ágil movimiento, desapareció entre las estanterías, y el lugar se quedó como antes de encontrárselo. Como era de esperar, Tora no se había despedido antes de marcharse.

—Nanami, ¿ocurre algo?

Era la voz de Itsuka, que la llamaba desde el área de lectura, levemente alertada por la tardanza de su amiga.

—Ya voy —contestó Nanami.

Antes de regresar junto a su amiga, volvió a echar un vistazo al fondo del pasillo, pero, obviamente, Tora ya no estaba allí. Aun así, la joven proyectó la voz hacia ese lugar y dijo:

—¡Si me necesitas, no dudes en llamarme!

Acto seguido, Nanami giró sobre sus pies y corrió a las mesas de lectura. Itsuka sostenía su cartera en alto, con una mano.

Había dejado de nevar. La ciudad lucía con lustre su capa de nieve y Nanami, con los ojos entornados por la blanca claridad, caminaba con decisión mientras la nítida luz del invierno bañaba sus pies.

Después de *El gato que amaba los libros*, un fenómeno originado en Japón que ha conquistado y sanado el corazón de millones de lectores, llega una novela que nos brinda un nuevo e inolvidable homenaje a la palabra escrita.

Una historia entrañable y esperanzadora sobre una joven llamada

Nanami que deberá enfrentarse a sus miedos para salvar aquello que más ama: los libros. No obstante, no estará sola en su aventura, sino que la acompañará Tora, un sabio gato que sabe mucho de la increíble magia de la literatura.

Una lectura con un irresistible sabor japonés que sobre las historias que amamos y lo que estamos dispuestos a hacer para defenderlas.

Sosuke Natsukawa (Japón, 1978) es médico y escritor. Con más de tres millones de ejemplares vendidos de sus novelas, ha sido galardonado con el Premio de los Libreros de Japón y el Premio Shogakukan de Ficción.

El gato que amaba los libros (Grijalbo, 2022) lo confirmó como autor best seller en Japón y se convirtió en su carta de presentación para los entusiastas editores de más de treinta países.

[1] *Ham* significa «jamón». Es uno de los muchos préstamos lingüísticos del inglés presentes en la lengua japonesa. *(N. del T.)*.